

A circular frame made of tree branches frames a misty forest scene. Sunlight filters through the trees, creating a soft, golden glow. The text 'TENEBRIS' is centered within the frame.

TENEBRIS

MÓNICA BENITEZ

TENEBRIS
MÓNICA BENÍTEZ

Copyright © 2021 Mónica Benítez
Todos los derechos reservados

Todos los derechos reservados. Ninguna sección de este material puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio sin la autorización expresa de su autora. Esto incluye, pero no se limita a reimpresiones, extractos, fotocopias, grabación, o cualquier otro medio de reproducción, incluidos medios electrónicos.

Todos los personajes, situaciones entre ellos y sucesos aparecidos en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas o sucesos es pura coincidencia.

Safe creative: 2006144418747

<https://monicabenitez.es>

Twitter: @monicabntz

ÍNDICE

[Capítulo I](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Capítulo XXI](#)

[Capítulo XXII](#)

[Capítulo XXIII](#)

[Capítulo XXIV](#)

[Capítulo XXV](#)

[Capítulo XXVI](#)

[Capítulo XXVII](#)

[Capítulo XXVIII](#)

[Capítulo XXIX](#)

Capítulo I

Eiver

—¡Zaiguer! —lee nuestro adalid en voz alta y fuerte tras sacar un papel de la urna.

Sonrío, Zaiguer es un chico fuerte y muy capaz de defenderse, a su lado, quizá logre sobrevivir un par de días.

—¡Y por último...! —grita metiendo la mano en la urna de las chicas.

—¡Me presento voluntaria!

Mi voz suena por encima del silencio y de la inquietud que produce siempre este momento. Todos se giran hacia mí con asombro, lo que aumenta mi ritmo cardíaco al sentirme el centro de todo.

—¿Qué demonios haces? —susurra mi amigo Brano a mi lado—¿te has vuelto loca?

—Tengo que encontrar a mi padre y a mi hermano—murmuro notando como me late el corazón con fuerza.

—¿Quién ha hablado? —pregunta el adalid.

—Yo, Eiver—contesto hecha un mar de nervios y también cagada de miedo.

—Acércate—ordena bajando de lo que él llama el pedestal. Aunque no es más que una enorme roca plana que sobresale de la tierra.

Todos los aldeanos se hacen a un lado para abrirme camino hasta él, que me espera con una sonrisa de labios finos y rectos que no sé descifrar, mirándome con sus profundos ojos negros y ese pelo grisáceo y brillante que tapa parte de su futura calva.

—Pudiste presentarte voluntaria hace meses, ¿por qué ahora? ¿Es que hay algo que nos ocultas?

Como era de esperar, se muestra desconfiado, típico del hombre que nos gobierna.

—No, señor—respondo con el corazón encogido—antes no estaba preparada, ahora sí.

—Ya—se ríe con ironía—¿A qué te dedicas?

—Herborista, soy herborista.

Me mira con el ceño fruncido mientras un silencio sepulcral nos rodea esperando su respuesta, ahora mismo siento pánico, antes esto era voluntario, cada semana dos personas se ofrecían para salir al otro lado de nuestros muros en busca de algún lugar donde trasladar nuestro asentamiento, nuestros recursos de agua se agotan, tres de nuestros cinco pozos ya están totalmente secos, si no encontramos ese lugar pronto, no solo pasaremos sed, también pasaremos hambre.

Al principio era así, gente voluntaria la que se ofrecía, pero tras varias semanas viendo que nadie regresaba, los voluntarios dejaron de aparecer. Después de una corta reunión entre el adalid y los miembros del consejo, se tomó la decisión de incluir los nombres de todas las personas a las que ellos consideran prescindibles en dos urnas, una con los hombres y otra con las mujeres, y cada semana dos nuevas personas son elegidas para lo que todos consideran una misión suicida.

—Nos sobran herboristas, lo cual te hace prescindible, ve a descansar, saldréis al

amanecer—ordena dando la selección por concluida.

Brano me coge del brazo con fuerza y me arrastra por todo el campamento hasta llegar a nuestro árbol, ese en el que tantas veces hemos reído y llorado juntos, donde nos hemos consolado el uno al otro. Él es mi mejor amigo, mejor dicho, mi único amigo teniendo en cuenta que aquí la amistad es un lujo que muy pocos se permiten, lo primero es la supervivencia, y si para ello tienes que traicionar a un amigo, se hace. Brano y yo no pensamos así.

—¡Estás loca, joder! —grita iracundo—¿cómo se te ocurre? Eres herborista, no sabes cazar, no sabes defenderte, ni siquiera sabes utilizar el cuchillo. No durarás ni una noche ahí fuera.

—Me las apañaré.

—¿Te las apañarás? Dime una cosa, ¿qué harás si algún salvaje de los asentamientos vecinos te ataca? ¿O los moradores y los caníbales? ¿Te defenderás con una planta? —pregunta mordaz, lo que me deja sin respuesta a la espera de que se calme.

Por fin se sienta junto al tronco, encoge las rodillas y se las abraza mientras me observa intentando descifrar lo que pasa por mi mente.

—¿Por qué? —susurra.

—Ya lo sabes—contesto sentándome a su lado—tengo que encontrar a mi padre y a mi hermano.

Brano suspira derrotado, sabe que nada me hará cambiar de opinión, y aunque lo consiguiera ahora ya es tarde, nadie puede retractarse de una decisión así.

—Nadie ha vuelto, Eiver, más de setenta personas han salido ya ahí fuera y ni uno solo de ellos ha vuelto, sabes que mi padre también está entre ellos, pero tenemos que aceptar que están muertos.

—Me niego a pensar eso, quizá un lugar habitable donde cavar pozos está mucho más lejos de lo que pensábamos...

—Los primeros partieron hace nueve meses, nadie puede caminar tan lejos sin toparse antes con el bosque oscuro de Tenebris, por no hablar de que antes se habrán tropezado con varias comunidades de salvajes, con moradores, caníbales... Salir ahí fuera es un suicidio y lo sabes.

La piel se me eriza y un nudo de pánico aterriza en mi pecho para quedarse, pero siento que es lo que debo hacer.

—¿Y qué más da? Ya has oído al adalid, soy prescindible, mi nombre está en esa urna y tarde o temprano hubiese salido, solo he adelantado los acontecimientos.

—Eso no lo sabes, quizá entre tanto hubiesen encontrado una solución.

—¿Qué solución? —le corto—el agua se acaba, la mitad de los cultivos están secos, las raciones diarias son cada vez menores, si no nos matan ahí fuera, acabaremos muriendo de sed o matándonos entre nosotros por las últimas gotas de agua aquí dentro.

—Si me hubieses dicho tu mierda de plan te hubiese acompañado.

—Lo sé, por eso no tenías que saberlo, aquí estás a salvo, Brano, estudias medicina, tu nombre jamás entrará en esa urna—sonrío.

—Ya, pero olvidas que el agua se acaba—sonríe también.

—Alguien encontrará un nuevo asentamiento, estoy segura.

Sería muy heroico afirmar que ese alguien seré yo, pero no será así, Brano tiene razón, mis posibilidades de sobrevivir ahí fuera son muy pocas, por no decir ninguna.

—Toma, llévate esto—dice entregándome su brújula.

—Ni hablar, no puedo aceptarla, era de tu abuelo y sé lo que significa para ti.

—Escúchame, la vas a aceptar—ordena colocándola en mi mano—aquí la misión siempre es la misma, todos los que salen ahí fuera son enviados al este o al oeste para seguir la línea paralela del resto de asentamientos.

—¿Cómo sabes eso?

—Oí parte de una conversación entre el adalid y los consejeros, ya sabes cómo es la zona donde nos encontramos, ¿no?

—Pues la verdad es que nunca me ha quedado muy claro.

—Da igual—dice cogiendo un palo y comenzando a dibujar en el suelo—este es nuestro asentamiento, y esto de aquí, las enormes montañas que ves ahí—señala a nuestras espaldas.

Siempre me han producido mucha impresión, por más que las veo a diario no consigo acostumbrarme a ellas, son enormes paredes verticales de rocas escarpadas que escalan hacia el cielo sin límite. Jamás hemos visto la cima, a partir de cierta altura siempre están cubiertas por una densa niebla grisácea, son algo infranqueable.

Sabemos poco de lo que sucedió durante los seísmos, solo que murió más del noventa por ciento de la población mundial y que el mundo, tal y como era antes, dejó de existir para dejar paso a otro nuevo. Los mapas antiguos no sirven de nada, la orografía cambió completamente, donde antes había una ciudad, ahora perfectamente puede haber una montaña escarpada como la que tenemos aquí, o simplemente estar hundida bajo el mar.

Según los contadores de historias, esta montaña no debería estar aquí, se formó porque dos placas tectónicas chocaron con tanta fuerza que elevaron la tierra, dejando como prueba del impacto la monstruosidad junto a la que vivimos.

—Esa montaña se extiende a lo largo de toda la zona norte, nuestros exploradores nunca han encontrado el final, tanto en un sentido como el otro. Nuestro asentamiento, como todos los demás, se encuentra al pie de esta montaña, por lo tanto—dice trazando una línea por debajo de la montaña que ha dibujado—solo hay tres direcciones posibles cuando sales de aquí, este, oeste o hacia el sur.

—El sur está prohibido—susurro mientras un escalofrío me recorre la espalda.

—Exacto, en el sur está el bosque oscuro de Tenebris y ya sabes lo que se dice de él.

—Que está maldito—vuelvo a susurrar.

Mi mente vuelve atrás en el tiempo para recordar la última vez que nos sentamos alrededor de Kolian, el contador de historias de nuestro poblado.

Desde que tengo memoria, todas las noches de luna llena nos reunimos todos en la explanada principal, se enciende una gran fogata, y Kolian, uno de los ancianos del poblado y al que todos conocemos como el contador de historias, nos recuerda entre otras muchas cosas, porque no debemos adentrarnos en el bosque oscuro, o Tenebris, como le llamamos nosotros.

“Nadie que se haya adentrado en el bosque oscuro más de cien pasos ha logrado salir, según cuentan quienes han tenido la astucia necesaria para dar media vuelta a tiempo, en cuanto pones un pie dentro de sus límites, los días se vuelven como las noches, la densidad de su vegetación no deja paso a la luz del sol, el frío allí es como el peor de los inviernos. Cuentan que se oyen susurros de las almas perdidas, lamentos de quienes han sufrido las más agónicas de las muertes...”

Respiro profundamente y me centro de nuevo.

—Ya sabes que la aguja de la brújula siempre señala el norte—dice mirándome fijamente.

—Sí.

—Bien, porque si alguna vez te encuentras en apuros serios, quiero que utilices la brújula y te dirijas al sur.

—¿Hacia el bosque oscuro? —pregunto atónita.

—Sí.

—Nadie ha salido de allí con vida, Brano—comento sorprendida de que mi amigo quiera que me dirija hacia una muerte segura.

—Eso no lo sabes, ni tú, ni yo, ni nadie—sentencia.

—¿Qué quieres decir?

—Desde pequeños siempre nos han contado la misma historia, que nadie ha salido, pero ¿y si no es cierto? Puede que no hayan salido porque a lo mejor lo han atravesado, y lo que han encontrado al otro lado ha sido mucho mejor que lo que tenemos aquí y simplemente hayan decidido quedarse.

Le observo con una mezcla de miedo e intriga, Brano siempre ha destacado por su inteligencia, pero también por ser prudente, y esto último no encaja con lo que me está aconsejando.

—Recuerda que todos los que han tomado la decisión de entrar eran proscritos, gente que había cometido algún delito penado con la muerte, es normal que no saliesen, Eiver, aquí les esperaba una muerte segura, en el bosque tenían una oportunidad.

—No sabía que pensabas así...

—No sabes muchas cosas, mi abuelo era uno de los exploradores y siempre me contaba historias, nunca supe cuanta verdad había en ellas, creo que algunas las adornaba, pero tal y como está la situación ahora, creo que nos conviene creer en ellas.

Lo miro con el ceño fruncido, a veces mi amigo me resulta indescifrable.

—Sé que no me harás caso, pero evita lo máximo posible acercarte a los asentamientos, te considerarán una espía como hacemos nosotros con cualquiera de ellos y acabarás colgada de los pies con el estómago abierto.

—Podrías ahorrarte los detalles—me quejo con el ceño fruncido.

—Podrías haberme consultado antes de tomar una decisión tan estúpida.

—Lo siento—digo sinceramente.

Brano me mira con dureza, pero finalmente suspira y me abraza.

—Al menos sabes hacer fuego—sonríe.

—Tal vez no muera la primera noche—digo encogiéndome de hombros—al menos no de frío.

—Tal vez...

Entre los dos llenamos mi vieja mochila, mi madre la encontró en el bosque cuando yo era pequeña y la guardó como si fuera un auténtico tesoro. Brano me entrega un enorme cuchillo, guarda también la brújula y unos trozos de carne asada que me servirán para sobrevivir al menos tres días. Yo meto una capa que fue de mi madre y que me sirve de abrigo durante las noches y una bolsa de agua hecha con una especie de lona.

—No olvides rellenarla siempre que encuentres un riachuelo, y ya sabes cómo recolectar agua de la lluvia, no te separes de Zaiguer, es un poco raro, pero podrá mantenerte a salvo.

—Tranquilo.

—Convéncele para ir al oeste, dicen que hay un río enorme que baja de las montañas, es solo una historia, pero quizá sea cierta.

Después de intentar calmar los nervios de Brano, ambos cenamos en silencio junto al fuego, nos despedimos para dormir y nos metemos en nuestras respectivas cabañas, sé que en cuanto la primera luz del día haga acto de presencia, él me acompañará para despedirse.

Durante la noche apenas puedo dormir, estoy inquieta, aunque lo justo es reconocer que tengo miedo, me da pánico salir ahí fuera, jamás lo he hecho sin la compañía de mi padre y por supuesto nunca he salido de la zona segura, mañana haré las dos cosas con la certeza de que jamás regresaré.

Capítulo II

Eiver

Cuando salgo de mi cabaña Brano está esperándome fuera, veo como el vaho de su respiración se disuelve en el aire. Hace mucho frío, como todos los días, solo cuando sale el sol la temperatura se vuelve razonablemente buena, pero por cómo ha amanecido, puede que hoy no lleguemos a verlo.

—¿Lista? —pregunta a modo de saludo.

—Lista.

Me cuelgo la mochila y ambos caminamos en silencio hasta la entrada principal, donde tanto nuestro adalid, como alguno de los consejeros, nos esperan para dar fe de nuestra partida. Veo a Zaiguer junto a la puerta, cargado con algunas bolsitas que cuelgan de su cinturón y su inseparable arco.

El corazón va a saltarme del pecho, ya no hay vuelta atrás, me abrazo a Brano con fuerza mientras mis lágrimas resbalan, algo me dice que no le volveré a ver.

—Recuerda—dice en un susurro sin soltarme de su fuerte abrazo—convence a Zaiguer para ir hacia el oeste, evita los asentamientos, muévete siempre entre los árboles y aléjate de los caminos, y si te ves en serios problemas o te persigue alguien, huye hacia el sur y no pares hasta entrar en el bosque oscuro, allí estarás a salvo, o al menos eso espero. Prométeme que me harás caso.

—Te lo prometo—contesto temblando.

Brano deshace nuestro abrazo, me besa la cabeza y acaricia mi mejilla con afecto, puedo ver en sus ojos que él también es consciente de que esta es la última vez que nos veremos.

—Cuídate—susurro.

—Venga, ve—me apremia con una sonrisa.

Le doy la espalda y camino hacia la puerta, observo entre tanto al adalid, el hombre al que todos obedecemos, el que se supone que es el responsable de nuestra seguridad y alguien a quien mi padre odiaba, según él, la decisión de enviar grupos de dos personas era absurda, la posibilidad de que sobrevivan es ridícula, en cambio, no lo sería tanto haber enviado grupos más grandes, donde pudieran darse apoyo entre ellos. Estoy segura de que mi padre tiene razón, pero no hay nada que podamos hacer, cualquier insubordinación es castigada con la muerte, no hay debates desde hace tiempo, nadie que no sean ellos tiene derecho a la opinión.

—Sois muy valientes, seréis recompensados cuando volváis—nos dice en cuanto me coloco al lado de Zaiguer—vuestra misión es seguir la línea de la montaña, en una dirección u otra, pero siempre esa, ir hacia el sur está terminantemente prohibido.

Mi compañero asiente con desgana, Zaiguer nunca ha sido un chico muy hablador, o al menos eso me parece a mí, yo simplemente agacho la cabeza y le sigo cuando me señala la puerta. Dos guardias abren una de las dos enormes hojas hechas con varios troncos y la cierran cuando la traspasamos.

Una vez al otro lado, ambos nos quedamos quietos y en silencio unos segundos, observándolo todo, miro hacia atrás y detengo la vista en el trozo de madera que copa la parte superior de la entrada, la palabra Lotia está grabada a cuchillo con enormes letras, es el nombre de nuestro pueblo. Sigo mirando y veo nuestros muros de piedra y varios arqueros apostados en ellos, todo lo demás es bosque, tierra húmeda, hierba y piedras bajo nuestros pies, inmensos árboles copados por un denso follaje tan verde como los ojos de mi compañero, troncos anchos y raíces grandes y largas que forman extraños habitáculos a sus pies donde cabe perfectamente una persona.

Mi padre siempre me decía que debía estar muy atenta y mirar bien donde pisaba, cuando menos te lo esperas, un trozo de raíz que sobresale del suelo puede hacer que te caigas y te abras la cabeza contra una roca.

—Vamos—ordena mi compañero—camina siempre detrás de mí, pisa por donde yo pise, hemos de evitar las trampas.

—¿Trampas? —pregunto sorprendida.

Zaiguer se gira y me observa incrédulo, yo aprovecho para perderme en sus ojos verdes, siempre me ha parecido un chico tan curioso como guapo e intrigante. Es alto y fuerte como todos sus hermanos, siempre mal afeitado, con el pelo negro, desgredado y brillante y las ropas rotas pero limpias.

—¿Cuánto es lo máximo que te has alejado de Lotia?

—No sé, respondo avergonzada. Quizá quinientos pasos hacia dentro—digo señalando al frente—solo salgo para buscar hierbas y nunca lo he hecho sola, siempre me acompañaban mi padre y mi hermano, y en su ausencia Brano, pero ninguno de ellos me ha hablado de trampas.

—No las hay tan cerca del asentamiento—dice con media sonrisa—a esa distancia cualquiera de nuestros arqueros puede alcanzar a un intruso, pero más allá de eso las hay, así que no te separes de mí—dice comenzando a caminar.

Me pego a su espalda como una garrapata, creo que hubiese preferido que no me comentase nada al respecto, porque ahora mi curiosidad me hará recibir más información de la que necesito.

—¿Qué tipo de trampas son esas?

—Hay de todo—dice encogiéndose de hombros—agujeros profundos en el suelo cubiertos por ramas y hojas, y en cuyo fondo hay estacas, también puedes encontrar cuerdas que disparan flechas o sueltan lanzas, trampas que te atrapan los pies y te dejan colgando de un árbol, troncos que se levantan del suelo y te atraviesan el pecho... Es mejor no caer en una, si la trampa no te mata lo acaba haciendo algún animal, siempre que los moradores no te secuestren antes—comenta con una tranquilidad que me deja atónita.

Durante varios minutos camino absorta tras mi extraño compañero, tan centrada en pisar por donde él pisa, que no me he dado cuenta de la dirección que hemos tomado.

—¿Hacia dónde vamos?

—Hacia el suroeste, descenderemos un poco, no nos conviene pasar cerca de otros asentamientos—responde tranquilo.

Parece que Zaiguer y Brano piensan igual, lo cual es un alivio porque estoy segura de que seguir las indicaciones de una chica con una experiencia nula en el terreno, no es algo que él contemple en estos momentos. Además, algo me dice que mi padre y mi hermano también habrán escogido la opción más sensata, y parece ser que es esta. No dejo de preguntarme si

se habrán encontrado entre ellos, tanto uno como el otro fueron escogidos por la urna con una semana de diferencia, pensar que puedan estar juntos me reconforta.

El cielo se está encapotando, las nubes ahora son más oscuras y la sensación de frío es cada vez mayor, aunque estoy segura de que no va a llover y lo agradezco, por muy negro que esté el cielo, nunca llueve cuando el viento sopla desde el sur, eso es algo que aprendí de pequeña. Caminamos durante horas, nuestro ritmo se ha ralentizado cuando hemos alcanzado la zona donde al parecer comienza a haber trampas, pero desde hace unos minutos nuestro ritmo es todavía más lento, y eso se debe que estamos en zona desconocida, incluso para Zaiguer.

—¿Qué pasa? —pregunto asustada cuando se detiene en seco.

—¿Hueles eso? —pregunta en voz baja.

Un débil pero intenso olor se cuele por mis fosas nasales, es asqueroso, jamás he olido nada semejante y mi estómago comienza a revolverse.

—¿Qué es? Huele fatal—pregunto mientras me tapo la nariz con el brazo y seguimos avanzando.

—Es el olor de la putrefacción, quizá haya algún animal muerto cerca, o varios—añade cuando el olor se vuelve más intenso.

—Quizá deberíamos desviarnos un poco, esto es insoportable—sugiero conteniendo las ganas de vomitar.

—Ni hablar, quiero ver qué es, no te separes de mí.

Preferiría no seguir acercándome al lugar del que procede el olor, pero tampoco tengo intención de quedarme aquí sola, así que le sigo mientras intento contener las primeras arcadas. Apenas hemos caminado unos metros cuando descubrimos una enorme zanja frente a nosotros, ambos nos detenemos en seco y lo observamos todo a nuestro alrededor, estamos seguros de que el olor procede de lo que sea que contenga ese enorme agujero.

—No sé si es buena idea que nos acerquemos.

—Echéremos un vistazo rápido y nos vamos de aquí, este sitio no me gusta—sentencia.

Mi pulso se acelera, sé que algo no va bien, y que Zaiguer esté inquieto solo hace que mi miedo crezca. Damos unos pasos más y un grito desgarrador sale de mi garganta, me tapo la boca con las manos e intento contener el llanto, pero antes de que lo consiga una enorme bocanada me sube por el esófago y acabo vomitando lo poco que hemos comido. Zaiguer está paralizado a mi lado, observando la zanja repleta de cadáveres humanos, amontonados unos sobre otros, tirados de cualquier manera.

—Es una fosa—murmura todavía aturdido.

Yo vuelvo a vomitar, después me limpio con la manga y me aparto de mi propio vómito, mi cuerpo también se paraliza, la zanja se encuentra en una zona donde las copas de los árboles impiden que entre la luz del sol en ningún momento del día, si a eso le añadimos el frío que hace, explica porque muchos de los cadáveres son perfectamente reconocibles pese a que está claro que llevan tiempo muertos.

Reconozco a muchas personas mientras mi corazón bombea con fuerza y no dejo de negar con la cabeza, todos son habitantes de Lotia, y la vista se me nubla cuando distingo el rostro azulado y sin vida de mi padre en uno de los cuerpos.

—¡Papá! —grito con la voz desgarrada mientras me preparo para saltar a la zanja.

Zaiguer reacciona en ese momento, me tapa la boca con una mano y con la otra rodea mi cintura y me arrastra hacia un árbol. Yo me retuerzo como una culebra, incluso le muerdo

un dedo para que quite su mano y me deje expulsar todo el dolor que siento por dentro, pero no lo consigo, mi compañero se mantiene firme y me atrapa con su cuerpo contra el árbol.

—No grites, ¿me oyes? No grites—susurra en mi oreja—te voy a soltar, pero no debes gritar o acabaremos los dos en esa zanja, ¿lo entiendes?

Asiento con la mente turbada y la mirada perdida, tengo los ojos inundados, y pese a que solo siento ganas de gritar de rabia, le hago caso y me mantengo en silencio.

—Tenemos que salir de aquí, necesito que te centres, vamos a tener que correr y quiero que mires muy bien donde pones los pies—dice nervioso.

No entiendo nada, no sé por qué esa zanja está llena de cadáveres ni que hace mi padre entre ellos, ni siquiera sé si mi hermano también está ahí, enterrado bajo otros cuerpos, pero sé que debo hacer caso a Zaiguer, sea lo que sea lo que ha ocurrido aquí, nos puede ocurrir también a nosotros.

Me limpio los ojos lo mejor que puedo y me centro en dejar de llorar, los necesito libres de lágrimas. Una especie de silbido me paraliza y veo como una flecha se clava en el tronco del árbol junto al que estamos, ha pasado justo entre nuestras cabezas y no puedo dejar de mirarla con los ojos muy abiertos.

—¡Joder! —grita Zaiguer a la vez que coge mi mano y tira de mí.

Los dos empezamos a correr entre los árboles dejando la zanja a nuestra izquierda, Zaiguer es más rápido que yo, y más que centrarme en pisar donde él pisa, lo que hago es centrarme en no caerme y quedarme atrás. Otra flecha se clava en el suelo justo a nuestro lado, siento un miedo cada vez mayor, sé que la siguiente podría atravesarme el pecho en cualquier momento, pero mi compañero no me suelta y sigue corriendo, saltamos por encima de un tronco, esquivamos varias rocas y sorteamos algunas raíces, oímos el silbido de las flechas y como estas se van clavando en el suelo o en los troncos, ya no me giro, solo corro mirando al frente hasta que oímos una voz.

—Por aquí...—dice en voz baja.

Apenas le veo bien, pero alguien nos ha hecho señales desde detrás de unas rocas, no dudamos y vamos en su dirección, el pecho me arde, si seguimos corriendo así acabaré desfalleciendo. Llegamos a las rocas y vemos un pequeño agujero entre ellas, y esa voz que nos ha llamado antes, ahora nos pide que entremos. De nuevo no pensamos y obedecemos, Zaiguer entra en primer lugar de forma rápida y yo lo hago tras él, arrastrándome como un gusano hasta que mi cuerpo queda completamente oculto dentro del agujero.

—Sigue—ordena Zaiguer.

Y lo hago sin pensar, no veo nada, el agujero es estrecho, lo justo para que pasen nuestros cuerpos, y eso lo he comprobado porque no dejo de darme golpes en los codos y la cabeza. Estoy aterrada, pero no puedo parar, lo único que me tranquiliza es que oigo a mi compañero arrastrándose delante de mí. Empieza a haber algo de luz, creo que descendemos, cada vez más luz, hasta que de pronto mis manos no tocan el suelo y siento que salto al vacío. Zaiguer me coge antes de que mi cara se golpee en una roca y tira de mí hasta ponerme en pie.

Miro a mi alrededor confusa, me cuesta unos instantes adaptarme de nuevo a la luz. Nos encontramos al borde de un barranco, en una especie de repisa, cuando miro atrás me doy cuenta de que todo está cubierto de rocas, y un túnel entre ellas nos ha traído hasta aquí.

—¿Estás bien? —pregunta Zaiguer.

Asiento, y cuando está seguro de que no miento, se gira y se abraza con fuerza al otro chico, que resulta no ser un chico, sino un hombre, el padre de Zaiguer armado con un arco como el de su hijo.

Cuando se asegura de que su hijo está bien, nos pide que nos sentemos en el suelo y hablemos en voz baja.

—Aquí estaréis a salvo, cuando oscurezca tendréis que marcharos, yo os cubriré.

—¿Qué diablos pasa, papá? —pregunta él, asustado y confuso—¿Por qué están muertos? ¿Quién los ha matado? ¿Y por qué?

—Es complicado...

—¿Complicado? —digo con los ojos llenos de lágrimas—mi padre está entre esos cadáveres, así que más vale que nos expliques qué ha pasado—ordeno furiosa.

—No lo sé con seguridad, quizá sea una limpieza, parece que nuestro adalid y los consejeros consideran que en Lotia sobra gente, al menos eso es lo que se rumorea por aquí. En los últimos años no hemos dejado de crecer, cada vez hay más bocas que alimentar y puede que hayan decidido prescindir de aquellos que a su parecer, no aportan nada.

—¿Sacando a dos personas por semana? —pregunta su hijo con un hilo de voz.

—Si realmente es así, es una idea brillante, de esta forma no parece la matanza que realmente es, de cara a los aldeanos que siguen allí, simplemente son personas desaparecidas que volverán algún día.

—¿Estás diciendo que todas las personas que han salido de allí están en esa zanja? —pregunto conteniendo mi rabia.

—Probablemente, aunque tampoco lo sé con seguridad, hay quienes deciden caminar hacia el otro lado—dice con alivio, mirando a Zaiguer.

—¿Insinúas que hay más zanjas? —pregunta su hijo aturdido.

—No lo sé, yo siempre estoy aquí, no sé lo que pasa en aquel lado.

—¿Y mi hermano? ¿Él también está en ese agujero?

—Si fue elegido para la misión y tomó este camino es muy probable, nadie ha sobrevivido nunca, solo vosotros dos, lo siento.

Estoy mareada, Zaiguer me ofrece agua y me moja un poco el rostro. Me miro las manos y veo como tiemblan, pálidas y frías.

—¿Quién los mata, papá? —pregunta muy serio.

—Yo—confiesa compungido—yo y otros pocos fuimos elegidos para esta matanza. Salimos un día antes de vuestra salida y volvemos un día después, se supone que somos exploradores, pero no somos más que unos asesinos—dice con la mirada perdida.

—¿Cómo puedes hacerlo?! —le grita su hijo cogiéndole de la camisa y sacudiendo su cuerpo con rabia—¿Cómo puedes dormir?!

—Zaiguer suéltale—le ordeno, pese a que tengo ganas de matarle.

—No duermo—confiesa sin levantar la mirada—llevo meses sin hacerlo, tengo pesadillas cada noche desde que esto comenzó, pero no puedo hacer otra cosa, el adalid amenazó con matar a tu madre si no obedecía, todos los que estamos aquí hemos sido coaccionados, hijo, no espero que me perdones porque yo nunca podré hacerlo, pero puedo salvarte, puedo salvaros a los dos.

—¿Y qué les dirás cuando pregunten por nuestros cuerpos?

—No lo harán, no somos capaces de mirar en esa zanja, simplemente echamos los cuerpos una vez muertos y nos vamos.

—¿Por qué no los enterráis al menos?

—Órdenes del adalid, según él, la zanja sirve como advertencia para todos aquellos que sopesen entrar en nuestro territorio.

—¿Y qué pasa con el agua? —pregunto sin poder mirarle—¿quién busca entonces un nuevo lugar en el que asentarnos?

—Nadie, no pasa nada con el agua, de eso estoy seguro, vivimos al pie de una enorme montaña llena de ríos subterráneos, el agua no es algo que vaya a faltarnos nunca, salvo que haya otra catástrofe, es una simple patraña del adalid y los suyos para justificar la salida de los elegidos.

Me recuesto contra la pared y cierro los ojos para intentar procesar toda la información mientras asumo que ya no tengo familia, mi madre murió al poco de darme a luz, y mi padre y mi hermano a manos de un psicópata al que todos seguimos como borregos.

—Descansad—susurra su padre—cuando anochezca tendréis que iros.

—¿Y a dónde vamos? —pregunta Zaiguer claramente molesto—se supone que íbamos en busca de un lugar mejor, debíamos encontrarlo y volver o morir en el intento, pero no esto, ¿qué se supone que tenemos que hacer ahora?

—Cualquier cosa menos volver a Lotia, debéis alejaros de aquí y no volver jamás—sentencia.

—Ven con nosotros—le suplica.

—No puedo, tú has sido el primero, supongo que una advertencia ¿cuánto crees que tardarán tus hermanos en ser elegidos si yo desaparezco? Eres fuerte y listo, Zaiguer, buscad refugio en el sur, ningún otro asentamiento os aceptará salvo para haceros esclavos.

—El sur está prohibido—murmura apenado.

—Para vosotros también lo está el norte—sentencia sin piedad—ahora descansad.

Me hago un ovillo y cierro los ojos.

Capítulo III

Zatriel

La puerta se abre y me arrastro hacia la esquina del habitáculo con miedo, dos hombres me miran desde la entrada, el de la izquierda es más mayor y de aspecto rudo, parece un puto salvaje con esas ropas raídas y una larga trenza negra que reposa sobre el lado izquierdo de su pecho. Me enfoca y sonrío con maldad, un escalofrío me recorre la espalda.

Intento hacer memoria mientras me miran, no recuerdo como llegué aquí, solo sé que me he despertado en esta especie de cuadra con un fuerte dolor de cabeza y un golpe en la frente, no me duele nada más y conservo la ropa puesta, lo cual me alivia, aunque acabo de descubrir que estoy descalza. Mirar al de la trenza me produce una inquietud que no soporto, así que me centro en observar al más joven, debe de tener más o menos mi edad, veintiséis, veintisiete como mucho, parece asustado, si no fuera porque estoy en posición de clara desventaja juraría que tiene más miedo que yo.

—Levanta—ordena el de la trenza.

Me encojo todavía más.

—¡Que te levantes joder! —grita a la vez que se acerca para cogerme.

En dos zancadas se planta delante de mí, y justo cuando se inclina para agarrarme con brusquedad le lanzo a la cara un puñado de tierra que he cogido del suelo e intento escabullirme. El hombre grita mientras el más joven observa la escena paralizado, me mira con los ojos muy abiertos cuando gateo esquivando al de la trenza, le suplico con la mirada que me ayude, pero, aunque quisiera no tiene tiempo, el otro me agarra de la ropa por la espalda, me levanta como si fuera una pluma y me lanza contra la pared.

Después del intenso golpe, caigo al suelo entre aturdida y asombrada por el poco esfuerzo que le ha costado hacer eso, entonces se agacha frente a mí y me abofetea con tal brusquedad que mi cabeza gira de golpe hacia el otro lado y mi frente choca con la pared, otra vez. Pese al aturdimiento y el dolor, noto como de nuevo me coge de la ropa, esta vez por el cuello y me pone en pie, me arrastra hasta sacarme del cubículo en el que me encuentro y me empuja haciéndome caer de rodillas frente al más joven.

—Vigílala imbécil, voy a limpiarme los ojos. Maldita zorra—farfulla escupiendo cuando pasa por mi lado.

—Ayúdame—le suplico en cuanto el otro desaparece.

—Me matará si lo hago, lo siento.

—¿Dónde estoy? ¿Cómo puedo salir de aquí? —pregunto con prisas mientras me limpio la sangre del labio con el brazo.

—No puedes salir de aquí, nadie sale de aquí con vida—se limita a decir con la mirada perdida.

—Si tú quieres morir me parece perfecto, pero yo no pienso rendirme, dime como se sale de aquí por favor.

—Escúchame bien—dice mirando en todas direcciones para asegurarse de que nadie le

ve hablar conmigo—estás en la guarida del cazador, ¿entiendes eso?

El corazón me da un vuelco, todos hemos oído hablar de este lugar, según contaban en mi poblado, es un auténtico salvaje que disfruta cazando personas. Primero las secuestra, les quita el calzado y después les permite escapar para darles caza con su arco, si lo que cuentan es cierto, mi captor tiene razón, nadie sale de aquí; si logras alejarte lo suficiente de su zona de alcance, hay hombres esperando al otro lado que vuelven a cogerte y encerrarte para que corras al día siguiente. Si una de sus flechas te alcanza, debes rezar para que la herida sea mortal, porque si no lo es, las mujeres pasan a su cabaña para ser violadas hasta la muerte y los hombres son devorados vivos por los cerdos.

—Huyamos juntos—le pido nerviosa.

—Soy cojo—dice señalando su pierna derecha—una de sus flechas me atravesó el tobillo en la primera carrera, si estoy vivo es porque está ampliando su séquito de hombres y necesita inútiles como yo para hacer las tareas que sus bárbaros consideran tediosas.

—¿Dónde están mis cosas? —pregunto pese a que soy consciente de que ese no es mi mayor problema ahora.

—Allí—señala con un gesto de cabeza al fondo del pasillo.

Cuando miro veo una montaña de mochilas, de armas y de calzado.

—Nadie puede quedarse con tus cosas hasta que no hayas muerto, son las normas. Yo me pediré tu arco.

Le oigo como si estuviese lejos, mi mirada sigue clavada en ese montón de cosas y entonces me fijo en que hay una larga hilera de habitáculos como el mío a cada lado del pasillo.

—¿Cuánta gente hay aquí? —pregunto aturdida.

—Bastante—responde lacónico.

—¿Están muertos? —pregunto sorprendida por el silencio.

—¿Lo dices porque no se oyen lamentos ni gritos de socorro? Si logras sobrevivir a la primera carrera entenderás que no debes molestar, ni pedir ayuda, ni mucho menos intentar huir, porque si lo haces, eso es lo que te espera—dice señalando más alto.

Levanto la vista del montículo de cosas lentamente, hasta descubrir un cuerpo colgado de una viga, es un chico joven, su cuerpo está desnudo y lleno de golpes, de sus brazos cuelgan unas tiras que me cuesta descifrar que son, hasta que el chico me lo aclara y un escalofrío me recorre la espalda.

—Es su piel, este tuvo suerte y murió pronto.

—No me ayudes, solo dime como salir de aquí—le suplico con los ojos bañados en lágrimas.

—Lo siento, pero si te ayudo acabaré como él o devorado por los cerdos.

Antes de que pueda decirle algo más, me coge con brusquedad y me levanta del suelo, entonces veo al de la trenza aparecer de nuevo. Me mira y sonrío.

—Voy a disfrutar con tu carrera, es una lástima que una cara tan bonita se desperdicie, si sobrevives tal vez te pida como compensación por mis servicios—comenta mientras me obliga a caminar y mi estómago se encoge.

Salimos y enseguida veo a un hombre subido sobre unos troncos de madera que sirven de base, si el de la trenza me ha parecido un salvaje, este me parece el rey de las cavernas. Sus ojos oscuros y vacíos se clavan en mí mientras me acerco, es grande y robusto, lleva toda la cabeza rapada salvo un pequeño círculo en su cogote del que cuelga otra larga trenza

hasta la mitad de su espalda.

Me colocan delante de él dándole la espalda, miro lo que tengo enfrente, un enorme claro en el que apenas hay árboles, en cambio el suelo, cubierto por un tupido manto de hierba y pequeñas rocas, está adornado por cientos de flechas clavadas. Miro mis pies desnudos y no consigo imaginarme una situación que acabe bien para mí. Doy una gran bocanada de aire e intento concentrarme, no puedo dejar que el miedo me domine, si me caigo, si soy lenta, si cometo un error, estoy muerta. Siempre he sido buena corredora, solo espero que mis pies aguanten, necesito ganar tiempo para pensar, tengo que superar la primera carrera o ya no habrá nada sobre lo que hacerlo.

—Las reglas son muy sencillas—dice con voz ronca—tú corres y yo te disparo, si te alcanzo disfrutaré viendo como mueres, si el disparo no te mata, disfrutaré contigo en mi cabaña esta noche, si logras llegar fuera de la zona de alcance, también disfrutaré de una gran carrera y tú verás la luz de un nuevo día para correr otra vez. Como ves, yo siempre disfruto.

Eso es todo, un silencio sepulcral se instala a mí alrededor, noto mi corazón latir enfurecido dentro de mi pecho, pero no hago caso, no me giro, no me distraigo, solo espero la señal mientras rezo para que este silencio se mantenga mientras corro, oír el silbido que producen las flechas cuando están descendiendo me ayudará a adivinar su trayectoria.

Una campana suena a mis espaldas con tal fuerza que mis oídos retumban y no espero, sé que esa es la señal y salgo corriendo con todas mis fuerzas clavando la mirada en el suelo, no solo debo evitar que me cace, también debo buscar sitios limpios de piedras, flechas o cualquier cosa que pueda destrozarme los pies más de lo que ya lo hace el simple hecho de correr descalza por terreno abrupto.

Aguzo el oído, por suerte los que observan no gritan mucho, quizá porque lo tienen prohibido o simplemente porque tienen miedo de alertarme de un disparo y recibir uno ellos a cambio. Sea como sea no dejo de correr, mis pies arden, noto como se me clavan cosas cada vez que los pongo en el suelo, pero no permito que el dolor me detenga, no puedo. Oigo el primer silbido y comienzo a zigzaguear, cambiando de posición constantemente. Una flecha se clava en el suelo con fuerza justo a mi lado. Sigo corriendo, un nuevo silbido y vuelvo a zigzaguear, la siguiente se hace pedazos contra una piedra justo cuando cambio de posición.

Me permito mirar hacia delante un segundo, los árboles cada vez están más cerca y solo puedo rezar para que mis pies aguanten. Otro silbido justo en el momento en el que tropiezo con una piedra y me caigo de bruces, me quedo en el sitio con el pecho dolorido y no me levanto hasta que la flecha no cae un poco más adelante de mi posición. Sonrío, apenas tenía fuerza y ni siquiera se ha clavado en el suelo, su zona de alcance se acaba, y lo compruebo tras descubrir a tres hombres esperándome al otro lado.

Uno de ellos me empuja cuando llego a su lado y caigo al suelo de nuevo, completamente exhausta, cierro los ojos mientras intento que mi respiración se normalice, todo mi cuerpo está en tensión, siento calambres en las plantas de los pies y una presión insoportable en los músculos de las piernas, solo espero que se pase pronto.

Capítulo IV

Eiver

—Es la hora—dice el padre de Zaiguer señalando la entrada entre las rocas.

Ambos nos ponemos en pie, en este rato hemos descansado y comido un poco, el plan es caminar hasta bien entrada la noche para alejarnos el máximo posible de aquí, mañana decidiremos la dirección que tomamos, por ahora seguiremos la misma que llevábamos.

Mi compañero y su padre se abrazan y se palmean la espalda. Cuando se sueltan, su padre me dedica una mirada cargada de arrepentimiento y yo asiento con la cabeza, no puedo hacer más, sé que hace lo que hace para proteger a su familia, pero para ello ha participado en la muerte de la mía.

Nos arrastramos de nuevo por el asqueroso agujero y cuando llegamos al otro lado su padre se coloca junto a un árbol.

—Por allí—señala—yo os cubriré, no os detengáis mientras quede algo de luz.

Caminamos en silencio durante horas, hay luna creciente y aunque sea a un ritmo más lento nos ha permitido avanzar lo suficiente como para sentirnos a salvo de nuestro propio pueblo.

—Deberíamos buscar un sitio para pasar lo que queda de noche, seguiremos por la mañana—sugiere Zaiguer sin mirarme.

No digo nada, además de agotada físicamente, también lo estoy mentalmente, no soy capaz de pensar cuando debería estar preocupándome por lo que será de mí a partir de ahora, para Zaiguer solo soy un lastre, sus posibilidades de sobrevivir son mucho más altas si me deja atrás, es algo que ambos sabemos, así que todo el tiempo que pueda pasar a su lado, debería aprovecharlo para pensar en cómo sobreviviré a partir de ahora.

Zaiguer se acomoda entre dos enormes surcos del tronco de un árbol, casi es el espacio justo para su cuerpo.

—Ven—dice separando las piernas para que me siente en medio.

Lo miro con recelo, pero si no quiero morir congelada la única opción es el calor de otro cuerpo. Podría encender un fuego, ambos sabemos hacerlo de forma que su llama quede prácticamente oculta, pero contra el olor del humo no podemos hacer nada y eso podría delatar nuestra posición.

Me quito la mochila y me siento entre sus piernas, pegando mi espalda a su pecho y dejando reposar mi cabeza en su hombro. Cierro los ojos, Zaiguer cubre mis brazos con los suyos y suspiro, en cierto modo me siento segura.

—No tengo sueño—murmuro en voz baja.

—Yo tampoco, pero seguir andando ahora es absurdo, prácticamente no se ve nada, apenas avanzamos y desgastamos una energía que necesitaremos mañana.

—No has de acarrear conmigo Zaiguer, sé que solo soy una carga para ti, Brano me dijo que si tenía problemas fuese hacia el sur y eso es lo que haré, mañana nos separaremos—digo sorprendida por mis propias palabras.

—No eres una carga, Eiver, creo que formamos un buen equipo—sonríe—pero no quiero ponerte en peligro, y yo no puedo alejarme de aquí.

—¿Qué dices? —pregunto girándome de golpe—¿vas a quedarte aquí? ¿es que no has escuchado a tu padre?

—Precisamente porque le he escuchado debo quedarme, ¿y si el adalid decide darle otro aviso y uno de mis hermanos es enviado aquí? Ellos no son como yo, se dedican al campo, no sabrían sobrevivir en el bosque.

—Si alguien que no sea tu padre te ve, te matarán.

—Me mantendré alejado, buscaré un lugar seguro y construiré un refugio, solo me acercaré a la zanja cada dos semanas, cuando dos nuevos futuros fiambres sean enviados a la muerte sin saberlo. Si alguno de ellos es uno de mis hermanos, sé que mi padre hará lo mismo que ha hecho conmigo, solo debo esperar en la repisa, no me expondré, si no aparece, al día siguiente me marcharé.

—Parece que lo tienes todo muy claro.

—Es mi familia, Eiver, siento mucho lo que le ha pasado a la tuya, pero debo estar aquí por si me necesitan.

—Lo entiendo.

Después de varios minutos sin movernos comienzo a notar como el frío cala en mis huesos, saco la capa de la mochila y la extiendo sobre nosotros.

—No deberías ir hacia el sur, es muy peligroso.

—¿Hay algo que no lo sea? Hasta ahora se supone que Lotia era un lugar seguro, y nos están exterminando, quizá debería volver allí para avisarles—digo poco convencida.

—Sabes lo que te pasará si lo intentas, estarás muerta antes de acercarte al muro.

—Brano está allí, es mi amigo.

—Tú y yo sabemos que a él no le va a pasar nada, el nombre de un sanador jamás entrará en la urna. No vayas al sur, no vayas a ninguna parte, puedes quedarte conmigo, construiremos un refugio y estarás a salvo, yo cuidaré de ti—dice muy seguro.

Me giro hacia él, la luna se refleja en el verde de sus ojos y por un momento dudo si aceptar su propuesta. Zaiguer me acaricia el rostro con el dorso de la mano y cierro los ojos, pese al frío que hace, su mano está caliente y me gusta sentir su tacto.

—Te cuidaría—susurra antes de posar sus labios sobre los míos con delicadeza.

Su beso me llega con sorpresa, quizá se deba a que ambos hemos estado a punto de morir, aun así, lo acepto y lo sigo durante unos segundos más, después acaricio su rostro y vuelvo a mirar al frente, acomodando mi cabeza sobre su hombro.

—No puedo quedarme, no después de lo que ha pasado. Ahora más que nunca siento que este no es mi sitio.

—¿Y cuál es? —pregunta cogiendo mis dos manos para calentarlas entre las suyas.

—No lo sé, mi hermano siempre decía que no se creía que todo lo que había en el mundo antiguo se hubiese reducido a la nada, en su mente siempre estuvo la idea de coger su mochila e irse a descubrir que había más allá de todo esto—señalo a nuestro alrededor—quizá tenga razón, igual que Brano, no tenemos constancia de que nadie haya vuelto del bosque oscuro, pero puede que lograsen atravesarlo y encontrasen algo mejor que esto.

—Es una locura—afirma.

—Lo sé, pero también lo es esto.

—¿Qué sabes sobre el gran seísmo? —pregunta cambiando de tema.

—Supongo que lo mismo que tú, lo que el contador de historias ha contado siempre.

—Ya, ¿sabes? Por mucho que cuenta esa historia nunca deja de asombrarme, parece que siempre haya un detalle que no hubiera contado la vez anterior, pese a que me la sé de memoria vuelvo a sentarme en la hoguera cada vez que la explica—sonríe.

—Yo también, nunca me he perdido ninguna historia, mi hermano estaba obsesionado con ellas, decía que si alguna vez lograba irse de aquí, no pararía hasta encontrar las ruinas de alguna biblioteca, aquellos lugares donde dicen que había miles de libros almacenados, él estaba convencido de que hay cosas que siguen en pie.

—¿Tú no lo crees? —pregunta sorprendido.

—¿Tú sí?

—Estoy seguro de ello, había demasiadas cosas en el antiguo mundo como para que todo desapareciese. Si nuestros antepasados sobrevivieron y con ello los conocimientos que poseían, también tuvo que haber más grupos, con más conocimientos, y puede que algunos de ellos se hayan atrevido a buscar entre las ruinas de todo lo que quedó.

Zaiguer tiene razón, aunque después de aquello la humanidad retrocedió y ahora vivimos como salvajes en pequeñas comunidades, hemos conservado muchas cosas, como por ejemplo los calendarios, contamos los días, las semanas y los años igual que entonces, incluso durante los primeros años se mantuvieron las horas, hasta que los pocos relojes que se conservaron dejaron de funcionar y ahora nos guiamos con el sol.

Conservamos también las unidades de medida, las letras y los números, todos sabemos leer y escribir, se nos enseña de pequeños con los pocos libros que tenemos. Algunas técnicas de supervivencia también proceden de aquella época, otras simplemente las hemos tenido que aprender.

Ambos nos quedamos callados, pienso en la última vez que el contador de historias explicó como en cuestión de unas semanas el mundo antiguo quedó reducido a escombros, aquel día me senté junto a Brano, el nombre de mi hermano había salido en la urna dos días antes.

“Fue en el año 2021, durante los meses de calor” —comenzó a explicar el contador.

Recuerdo que hice el cálculo mental, ahora estamos en el año 2147, han pasado 126 años, pero siempre tengo la sensación de que hace mucho menos, quizá el hecho de que nos repitan las mismas historias una y otra vez durante toda la vida, hace que siempre tengamos presente a diario lo que sucedió.

“Nadie pudo predecir lo que venía, ni siquiera los expertos que se dedicaban al estudio exclusivo de ese tipo de fenómenos de la naturaleza, no hubo tiempo para avisar a la población antes de que varios seísmos de magnitudes nunca vistas hasta el momento, se produjeran de forma simultánea en varios puntos del planeta.

Ciudades enteras quedaron reducidas a escombros en cuestión de minutos, los muertos se contaban por decenas de miles, las carreteras y caminos eran impracticables y los pocos servicios de emergencia que quedaban disponibles no podían acceder a los lugares donde quedaban supervivientes; aunque tampoco hubiera servido de nada, horas después, las ciudades fueron barridas por enormes tsunamis. Al parecer, los terremotos previos provocaron que varias fallas que atravesaban algunas islas se abrieran hasta partirlas en dos, haciendo que unos volúmenes de tierra inimaginables se hundieran bajo el agua, levantando a su vez aquellas feroces olas que lo arrasaron todo.

Solo lograron sobrevivir los que en aquellos momentos se encontraban en zonas

montañas muy elevadas, sufrieron los temblores de la tierra, pero el agua no les alcanzó, y gracias a esas personas, la raza humana sobrevivió”

Cuando recuerdo sus palabras y su forma de explicar las historias me estremezco, siempre pone una voz fantasmal y nos mira con los ojos muy abiertos.

Al parecer, después de aquello no solo cambió la orografía del planeta, también lo hizo el clima, al desastre le siguieron años de intenso calor provocado por múltiples incendios imposibles de parar, dicen que desde las montañas se vieron kilométricas columnas de humo surcando el cielo durante meses. Después llegó el frío, nadie sabe el motivo, años en los que las nevadas duraban meses, la caza se volvió imposible y los campos quedaron sepultados bajo los mantos congelados. Murió más del cincuenta por ciento de los supervivientes, a causa del frío o del hambre.

En los últimos años el tiempo ha mejorado un poco, las nevadas son menos agresivas y la temperatura en lo que se supone que es la estación del verano es soportable, a veces incluso nos atrevemos a meternos en los lagos o en los ríos.

Zaiguer me despierta zarandeándome ligeramente, no sé en qué momento nos quedamos dormidos. Abro los ojos con pesadez, ya es de día y no puedo evitar que un nudo se instale en mi pecho, estoy asustada, hoy continuaré mi camino sola y me resulta una idea cada vez más aterradora.

Mientras mi compañero saca unas piezas de fruta para desayunar, yo me dedico a recoger bayas y algunas hierbas comestibles, no me preocupa la comida, conozco a la perfección todas las plantas y sé que soy capaz de mantenerme con vida durante varios días seguidos solo con eso, he visto a mi hermano y a mi padre cazar conejos muchas veces, solo debo encontrar una madriguera, hacer fuego en la entrada y esperar a que mi premio salga. Ellos los cazaban, pero era yo quien les rompía el cuello con un golpe seco y también quien los despellejaba con destreza para asarlos, sí, quizá consiga sobrevivir.

Capítulo V

Zatriel

Grito de dolor cuando el de la trenza me mete de un empujón dentro de mi habitáculo, caigo de bruces, ni siquiera pongo las manos para amortiguar la caída y me quedo tal cual, recuperando el aliento mientras mi corazón late con intensidad por cada herida de mi cuerpo.

—Dale agua y comida, si sigue así batirá un récord—murmura enfadado dirigiéndose al más joven.

Antes de irse me coge del pelo y levanta mi cabeza.

—Da igual cuantas carreras aguantes pequeña zorra, al final caerás, y juro por la trenza de mi padre que te violaré aunque estés muerta.

Me suelta y mi cabeza cae a plomo sobre la tierra, no tengo fuerza ni para tener miedo, cada día me digo que no correré, que dejaré de hacerlo en mitad del recorrido y que una de esas flechas me atraviese y acabe con todo, pero por algún motivo, cuando estoy allí mi cuerpo no obedece a mi mente y sigo corriendo sin tener claro de donde salen las fuerzas.

Cuando por fin se marcha, Darío, que así se llama el joven temeroso que siempre le acompaña, me da la vuelta y después levanta mi cabeza para ayudarme a beber.

—Cuatro carreras—susurra orgulloso—pensé que no saldrías con vida de la primera.

—Gracias por tu confianza—digo intentando sonreír sin conseguirlo.

Sé que dice la verdad, y el hecho de que sobreviviera y tuviera que verme por aquí más de un día, creo que ha sido lo que de alguna forma le ha ablandado. Hasta podría decirse que somos amigos, él es el encargado de alimentarme y lavar mis heridas después de cada carrera, parece que el cazador se lo pasó bien conmigo y mantiene su palabra de no tocarme mientras consiga esquivar sus flechas.

—Aunque no creo que aguante otra—digo encogiéndome de dolor cuando intenta lavar mis pies.

—No necesitas aguantar otra—dice en voz baja y mirando hacia la puerta—solo tienes que aguantar hasta esta noche, te ayudaré a salir de aquí.

Mis ojos se abren mucho pese a que cada vez me pesan más los párpados, estoy exhausta y a punto de perder el conocimiento, tal vez sea un sueño, puede que ya lo haya perdido, que esto solo sea fruto de mi imaginación, que Darío no esté aquí y yo solo haya escuchado lo que me gustaría que dijera.

—No te duermas, Zatriel—susurra apretando mi mano—tienes que aguantar.

Pero no puedo más, cuatro días iguales, una carrera por la mañana y el resto del día tirada en el suelo rota de dolor, encogida de frío, pasando hambre y sed debido a que solo nos alimentan una vez al día. Decido abandonar, la oscuridad es cada vez más tentadora y me dejo sumir por ese profundo sueño del que no sé si despertaré.

Capítulo VI

Eiver

—Si te arrepientes de tu decisión o alguna vez tienes problemas, ve a la repisa y espérame allí—dice Zaiguer antes de meterse unos arándanos en la boca.

Sonríó y asiento con la cabeza. Después me pongo en cuclillas y comienzo a meter la mitad de lo que he recogido en mi mochila.

—Esto es para ti—digo ofreciéndoselo.

—Guárdalo para ti, te hará más falta que a mí.

—Puedo coger más, están por todas partes—digo encogiéndome de hombros.

Zaiguer sonrío, se agacha frente a mí mientras recoge su parte y después alza la vista y me mira a los ojos. Me pongo nerviosa, su intensa mirada me paraliza y un nuevo beso se posa sobre mis labios con más ansia que el anterior. Siento la calidez de su mano en mi cuello y dejo que profundice el beso con su lengua de forma mecánica, hasta que el ruido de alguna rama al crujir nos sobresalta a ambos.

Él se pone en pie de un salto y se concentra en descubrir la procedencia del ruido mientras yo me levanto con algo más de torpeza y un miedo atroz instalado en el pecho.

—Coge tus cosas y escóndete detrás de esas rocas—dice en voz baja señalando a mis espaldas.

—¿A dónde vas? —pregunto nerviosa.

—El ruido ha venido de allí—dice cogiendo su arco y cargando una flecha—voy a averiguar que ha sido, no te muevas de aquí y no hagas ruido—ordena.

Le hago caso, y mientras él avanza sigiloso en la dirección indicada, yo cojo mi mochila y salto detrás de las rocas. Oculto mi cuerpo tras ellas y solo alzo la cabeza lo suficiente para observar cómo poco a poco, Zaiguer va desapareciendo entre los árboles. Mi pulso se acelera, tengo un mal presentimiento, quizá debería salir corriendo detrás de él e impedirle que persiga ese ruido y suplicarle que salgamos de aquí.

Otro ruido me paraliza y me corta la respiración, esta vez ha sonado muy cerca, justos detrás de mí. Valoro mis opciones de una forma sorprendentemente rápida, sé que quien está detrás de mí no es Zaiguer gastándome una broma, si intento saltar por encima de las rocas tardaré demasiado y me cogerá, lo mejor es correr hacia un lado lo más rápido que pueda, y en cuanto me pongo en pie, noto un fuerte golpe en la cabeza y caigo desplomada hacia delante.

Abro los ojos desde el suelo, y poco a poco, unas botas de hombre van cobrando forma a mi lado, me duele mucho la cabeza y estoy mareada, ni siquiera tengo fuerzas para levantarme, y cuando intento mirar hacia arriba para ver a mi atacante, un nuevo golpe, está vez en la sien, me tumba otra vez y hace que todo se vuelva oscuro de repente.

Cuando despierto estoy tendida en el suelo y tengo frío, las sienes están a punto de estallarme y estoy aturdida. Entorno los ojos, fijando la vista en un punto concreto durante

unos segundos, hasta que mi visión se vuelve nítida y veo una pared hecha de piedras y barro. Me incorporo lentamente hasta quedar sentada y me llevo una mano a la parte trasera de la cabeza, descubriendo que tengo una herida. Enfoco mis pies, estoy descalza. Miro a mi alrededor mientras mi pulso se va volviendo cada vez más rápido, estoy encerrada en algún tipo de habitáculo pequeño. Me pongo en pie con torpeza e intento abrir la puerta, pero está bloqueada desde fuera, la zarandeo nerviosa y golpeo con la mano.

—¿Hay alguien ahí? —pregunto, cada vez más asustada.

Vuelvo a mirar las paredes, siento que me ahogo en este pequeño espacio, ¿dónde diablos estoy?

—¡¿Zaiguer?! —grito con fuerza—¿Zaiguer estás ahí?

Nadie responde, ¿le habrán capturado a él también? Tal vez tuvo suerte y logró escapar, o quizá... Intento apartar ese pensamiento de mi mente.

—¡Zaiguer! —vuelvo a gritar.

—Cállate o conseguirás que te maten—susurra una voz femenina al otro lado de la pared.

—¿Quién eres? —pregunto eufórica.

—Eso no importa, límitate a callarte, joder.

Su voz suena tan malhumorada como débil, me acerco a la pared y me siento pegada a ella, descubro que hay varios agujeros diminutos entre las piedras y el barro, intento mirar y no veo nada, pero al menos me sirven para escucharla mejor.

—¿Dónde estamos? —le pregunto en voz baja.

No me contesta, pese a que sé que me ha escuchado, con la oreja pegada a la pared puedo incluso escuchar su respiración.

—Sé que me oyes, si no me contestas te juro que me pondré a gritar otra vez.

—Si quieres morir no es mi problema—susurra.

—¿Qué sitio es este? Dímelo, por favor—le suplico.

—Estás en la guarida del cazador, supongo que no necesitas que te explique lo que sucede aquí...

Su respuesta me corta la respiración, no necesito muchos detalles, es otra de las historias que nos cuenta Kolian.

—¿Tú también estás recluida?

—Sí, y ahora cállate.

Tras eso la escucho moverse y quejarse de dolor a la vez.

—¿Estás bien?

—He estado mejor otras veces—se limita a decir.

—¿Has corrido? —pregunto intrigada.

—Cuatro veces, aunque no creo que sobreviva a la quinta.

Su respuesta me asombra tanto que durante varios minutos guardo silencio. Fuera se empiezan a escuchar voces, parece que traen a alguien o que se llevan a alguien, no lo tengo muy claro.

—¿Qué ocurre?

—Antes que a ti han traído a alguien, se lo llevan para su primera carrera.

—¿Alguien? ¿Era un chico? ¿Lo has visto? —pregunto de forma atropellada.

—No.

—¡Zaiguer! —grito.

De repente todo se queda en silencio, salvo por unos pasos rápidos y contundentes que se dirigen hacia aquí, la puerta se abre de golpe y un hombre enorme con la cabeza rapada salvo por un mechón en el cogote del que cuelga una trenza, entra como un resorte con la mirada clavada en mí, el pánico me paraliza tanto que ni siquiera consigo protegerme cuando abre su enorme mano y la estampa contra mi cara.

El oído me pita y la cara me arde, noto como me palpita el corazón en el moflete y un hilo de sangre procedente de mi ceja comienza a resbalar por mi cara. El hombre sale sin decir nada y vuelve a cerrar la puerta para volver a sus asuntos. Me dejo caer hasta tumbarme y cierro los ojos, el chico al que están cogiendo masculla algo e intento concentrarme en su voz, pero se lo llevan antes de que logre distinguir si puede ser Zaiguer.

—¿Estás bien? —pregunta la chica desde el otro lado.

—Me va a explotar la cabeza.

—Te dije que te callaras.

—Ya, el problema es que no puedo, necesito salir de aquí—digo poniéndome en pie de nuevo para zarandear la puerta.

—Deja de hacer eso, joder—dice furiosa— ¿Qué coño te pasa, eres tonta o algo?

Sus palabras me aturden, ¿de qué va?

—Tal vez sí, pero por lo menos no soy una cobarde que se limita a esperar...

Un silencio sepulcral lo envuelve todo.

—Joder, lo siento—me disculpo—perdona, estoy muy nerviosa.

Oigo como se arrastra hacia la pared y vuelvo a sentarme pegando la oreja.

—Escúchame bien, tú eres la siguiente, cuando acaben con ese chico vendrán a por ti, esto tiene un orden de llegada y el día que llegas corres. Si sobrevives ya no volverás a correr hasta el día siguiente por la mañana, y si quieres llegar viva a mañana, tienes que hacerme caso.

—¿Qué? —pregunto ansiosa por escuchar su consejo.

—Cuando den la señal, empieza a correr lo más rápido que puedas, no mires atrás bajo ningún concepto, porque como tropieces y te caigas tus posibilidades de morir se multiplicarán por mil. ¿Me estás escuchando?

—Sí—respondo con un hilo de voz.

—Cuando empieces a correr, empieza a contar, ¿sabes contar?

—Claro que sé—digo un poco ofendida.

—Bien, cuando llegues a cincuenta tienes que empezar a zigzaguear, nunca dispara antes porque no le parece divertido, pero a partir de ahí no puedes parar de moverte, si corres en línea recta estás muerta, si te paras a respirar estás muerta, si te caes...

—Estoy muerta, lo pillo.

—Exacto.

—Estoy descalza, ¿me devolverán mis botas?

—No, correrás descalza, pero te aseguro que mientras estés allí corriendo es en lo último que pensarás.

—¿Cómo sabré que estoy a salvo?

—Debes llegar a la zona donde él ya no puede alcanzarte con las flechas, te darás cuenta porque tres de sus hombres te estarán esperando para traerte aquí de vuelta.

—Genial—digo con ironía.

De pronto escucho un ruido en la pared, como si ella estuviese rasgando algo.

—¿Qué estás haciendo?

—Pasarte algo por el agujero, ¿lo ves?

Aparto la cara de golpe y observo como poco a poco un trozo de madera fino como mi dedo meñique comienza a sobresalir por el agujero, me podría haber avisado antes de comenzar a meterlo, ¿o es que pretendía clavármelo en la oreja?

—¿Qué es? —digo tirando hasta tenerlo en mi mano.

—Un trozo de flecha, he afilado un extremo como puedes comprobar, corta bastante.

—¿Para qué lo necesito?

—Por si te hieren, si una de sus flechas te alcanza y no te mata deberás hacerlo tú, seccionate la yugular—dice como si nada.

—¿Qué? —titubeo aterrada.

—Si quedas herida no volverás aquí, te llevarán a la cabaña del cazador y te violará hasta que se canse, lo más seguro es que cuando se sacie te entregue a sus hombres para que sigan violándote hasta que alguno de ellos te haga un favor y te mate. Procura esquivar esas flechas, pero si no lo consigues te recomiendo que te suicides.

Todo mi cuerpo tiembla, sus palabras llegan como un eco que se repite entre las cuatro paredes de este habitáculo frío y húmedo. Escondo el trozo de flecha por debajo de la manga.

—Gracias.

—Espero que me lo devuelvas, creo que mañana necesitaré usarlo.

—¿Y si no vuelvo? —pregunto de forma mecánica.

—Algo se me ocurrirá, no pienso dejar que ninguno de esos cerdos me toque—sentencia.

Ambas nos callamos de golpe, de nuevo se escuchan pasos que vienen directos hacia mi puerta. Cuando la abren, veo de nuevo al hombre de la trenza y a un chico más joven.

—Tu turno, zorra impertinente—dice el de la trenza cogiéndome de un brazo y levantándome de un fuerte tirón.

Cuando me sacan de mi cubículo no puedo evitar mirar hacia la puerta de al lado, ni siquiera sé cómo se llama la chica con la que he hablado, no se me ha ocurrido preguntárselo y pese a saber que estoy a punto de morir, es la única preocupación que hay en mi mente ahora mismo.

Capítulo VII

Eiver

Ya puedo distinguir la figura de esos tres hombres que me devolverán a mi calabozo particular, corro sin cesar con el trozo de flecha afilado sujetado con fuerza en una de mis manos, creo que los consejos de mi vecina de cautiverio me han salvado la vida. Llego hasta ellos y me dejo caer a plomo contra el suelo, siento que los pulmones me van a explotar y como si tuviera mil alfileres clavándose en mis pies.

Ni siquiera me dan tiempo a recuperar el aliento, uno de ellos me levanta y entre dos me arrastran hacia el húmedo edificio de barro y piedra donde viviré para ver un día más. He sido incapaz de contar hasta cincuenta, creo que ni siquiera había llegado a diez cuando he comenzado a zigzaguear, no dejaba de pensar en que tal vez ella contase más rápido que yo, de modo que para cuando llegase a cincuenta fuese demasiado tarde y una de esas flechas me atravesase por la espalda.

Me arrastran por el pasillo, veo un montículo de cosas donde distingo mi mochila y mis botas, hay varios arcos, pero no me da tiempo a reconocer si alguno de ellos es el de Zaiguer. El hombre de la trenza y el más joven me esperan junto a la puerta de mi habitáculo, donde los dos hombres que me arrastran me lanzan dentro como si fuese un saco de piedras.

—Parece que tenemos otra guerrera—gruñe el de la trenza—ocúpate de ella y luego vuelve con los demás—le dice al más joven antes de desaparecer con el resto de los hombres.

Miro al chico aterrada porque no sé lo qué significa ocuparse de mí, podría ser peor que morir en ese campo. Me arrastro hacia atrás hasta dejar la espalda apoyada en la pared.

—No te voy a hacer daño—dice mientras se agacha al lado de mis pies con un cuenco de agua y un trozo de tela. Me doy cuenta de que es cojo.

Sujeta uno de mis pies por el tobillo con una mano y con la otra comienza a retirar todas las astillas que debo tener clavadas, el dolor que siento es muy fuerte y punzante, tanto que me corta el aliento, pero prefiero morderme los labios y dejarle hacer, necesito que elimine todo eso de mis pies cuanto antes, si mañana tengo que volver a correr es mejor no tener nada extra clavado ahí. Cuando termina con ambos, me echa agua y los limpia con la tela, soy incapaz de ahogar un grito cuando noto el roce.

—Todavía están bastante bien—dice mientras los observa.

Después clava la vista en mí y me ofrece agua para beber.

—Había un chico conmigo cuando me capturaron, se llama Zaiguer, ¿le has visto? —le pregunto en voz baja.

—Te trajeron sola—dice en un murmullo.

—¿Estás seguro?

Afirma con la cabeza y después se pone en pie, se asoma fuera para asegurarse de que no hay nadie y desaparece dejando mi puerta abierta. No entiendo nada, mi pulso se

acelera, no sé si me está ayudando o tendiéndome una trampa, pero antes de que me dé tiempo a reaccionar, vuelve con mi mochila y mis botas.

—¿Estas son tus cosas? —pregunta en voz muy baja.

—Sí—respondo con los ojos muy abiertos.

Las deja detrás de la puerta y se agacha de nuevo frente a mí, esta vez para susurrarme al oído.

—Escúchame bien, esta noche se celebra una ceremonia y todos estarán bastante distraídos y borrachos, es vuestra única oportunidad para salir de aquí.

—¿Nuestra? —pregunto aturdida.

—Tuya y de ella—dice señalando la pared donde se encuentra la otra chica—cálzate cuando yo me marche y mantente despierta hasta que venga a buscarte, una vez salgamos de este edificio vamos a tener que correr mucho, así que deberías mantenerte en movimiento y no dejar que tu cuerpo se enfríe, si no, el dolor de tus pies se volverá más intenso y te ralentizará.

—¿Por qué nos ayudas? —pregunto sorprendida.

—No te ayudo a ti, la ayudo a ella—señala la pared de nuevo—pero está demasiado débil como para salir de aquí sola, no sirve de nada que la ayude a escapar y atravesar el muro si después es incapaz de alejarse por sí misma.

—¿Ella conoce el plan?

—Sí. La he calzado y tiene sus cosas, pero tendremos que ayudarla a mantenerse en pie para salir de aquí, y después te las tendrás que apañar tú sola con ella.

—Espera, ¿tú no vendrás?

—No, y ahora tengo que irme.

No me da tiempo de preguntarle nada más, se pone en pie y sale cojeando, cerrando la puerta de nuevo.

—Parece que sigues viva—dice la chica al otro lado.

—Supongo que debo darte las gracias, tus consejos han sido bastante útiles.

No responde, la oigo moverse y vuelvo a mirar por los agujeros para ver si la veo, pero son tan pequeños que solo me permiten ver un punto fijo, en este caso oscuro, supongo que es su ropa.

—Tú amigo me ha dicho...

—Cállate—me corta en voz baja—yo no tengo amigos.

Está claro que mi instinto de supervivencia deja mucho que desear todavía, si no llega a cortarme hubiese desvelado el plan sin saber siquiera si hay alguien escuchando al otro lado.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa, deberías descansar.

¿Por qué es tan borde? Se supone que voy a ayudarla a escapar de aquí, podría ser un poco más amable.

—No puedo, necesito mantenerme activa, caliente, ya sabes—digo aturdida.

—No, no sé, pero no me lo cuentes, yo sí que necesito descansar—sentencia rotunda.

¿Cómo puede el cojo haberse hecho amigo de alguien tan desagradable? No le hablo más, me limito a cambiar el peso de mi cuerpo de un pie a otro para no permitir que se enfríen, podré soportar el dolor.

No sé el tiempo que ha pasado, pero sí que desde hace mucho se escucha a los salvajes de este lugar gritar y reír, hacen un escándalo tremendo, dudo que mi compañera pueda dormir en estas condiciones, pero he decidido no molestarla. Estoy calzada y con la mochila colgada en la espalda desde hace rato, he guardado el trozo de flecha afilada y lo he cambiado por el cuchillo que llevaba guardado en la mochila, me las he ingeniado para atarlo a mi pierna y tenerlo a mano siempre, quizá no estaría aquí si lo hubiese hecho antes.

—Es la hora, vamos.

Por poco se me para el corazón, con tanto escándalo no he escuchado al cojo abrir mi puerta. Salgo y miro el pasillo mientras él abre la puerta de al lado, no hay nadie cerca, solo espero que se haya asegurado bien.

—Venga, arriba—oigo que le dice a la chica.

Me asomo al interior del otro habitáculo muerta de curiosidad, ya está en pie, apoyada con uno de sus brazos sobre los hombros del cojo, cuando alza la cabeza y me mira, por algún motivo mi respiración se corta. Su mirada es intensa, sus ojos de color miel resaltan el color negro de su pelo, su melena se compone de decenas de finas y largas trenzas recogidas en una cola alta que cuelga hasta su cuello, solo dos de ellas escapan en el lado izquierdo de su frente, colgando con elegancia casi hasta su pecho.

—¿Qué miras? —gruñe cuando bajo la vista hacia el resto de su cuerpo.

Descubro que lleva un arco y varias flechas colgado a la espalda y me recuerda a Zaiguer.

—Hora de irse—dice el cojo.

En cuanto dan el primer paso hacia delante ella se encoge de dolor y se detienen de nuevo, el cojo la observa asustado pensando que va a ser imposible sacarla de aquí.

—Puedo hacerlo—dice ella intentando recomponerse.

Le damos unos segundos y el cojo la suelta, veo como su respiración se agita debido al intenso dolor que siente, aun así, aguanta y comienza a caminar.

—Ve junto a ella—me ordena el cojo—yo iré delante.

Obedezco y me pongo a su lado, sus rodillas flaquean cada pocos pasos y parece que vaya a perder el equilibrio, intento ayudarla, pero me rechaza constantemente, hasta que acaba con mi paciencia.

—Con tu paso de tortuga vas a conseguir que nos maten a los tres—digo cogiéndola por debajo de un brazo y ayudándola a caminar.

Me mira con rabia, pero finalmente pasa su brazo sobre mis hombros, yo la cojo por la cintura y comenzamos a caminar lo más rápido que podemos. Salimos del edificio, veo el humo de una hoguera en el lugar del que provienen las voces y el cojo agarra a la chica por el otro lado.

—Hora de correr—ordena en voz baja.

En cualquier otra ocasión me estaría riendo de lo surreal de la situación, un cojo y dos chicas con los pies destrozados corriendo, claro que sí. Pero lo hacemos, él a su manera y nosotras aguantando los calambrazos de dolor como si estuviéramos en otra carrera. Pasamos por la parte trasera de varias chozas, es la zona menos iluminada de todo el campamento y probablemente la más segura, hasta que uno de esos bárbaros que parece que busca un lugar en el que orinar nos descubre.

Solo tiene tiempo de observarnos con los ojos muy abiertos, porque antes de que pueda abrir la boca, la chica se suelta del cojo, coge el cuchillo de mi pierna y lo lanza contra el hombre sin pensarlo dos veces. El sonido del impacto me paraliza, el cuchillo se ha clavado

en el centro de su pecho y ha caído de espaldas al instante.

—¡Joder! —murmura el cojo alucinado.

Ella no dice nada, simplemente vuelve a cogerse a él y seguimos nuestro camino, cuando pasamos por el lado del cuerpo, el cojo se detiene un segundo, arranca el cuchillo y limpia la sangre en la ropa del propio muerto. Después me lo devuelve.

—Es mejor que lo tengamos nosotros—asegura. Estoy de acuerdo, aunque tal vez sería mejor que lo tuviera ella, parece que sabe usarlo.

Continuamos corriendo y poco a poco vamos adentrándonos en el bosque hasta que llegamos a una especie de muro hecho con troncos y trozos de lona gigantes, el cojo se detiene junto a un trozo roto y nos pide que pasemos.

—Por aquí saldréis del campamento, corred en aquella dirección—señala en diagonal hacia la izquierda—no os detengáis, ahora no hay guardias, pero cuando descubran que no estáis empezarán las batidas, y más vale que estéis lejos en ese momento.

—¿No vienes? —le pregunta ella extrañada.

—Soy cojo, solo os retrasaría.

—¿En serio? —pregunto alucinada mientras ambos me observan con sorpresa—¿tú nos has visto? —pregunto señalándonos a ambas—ella apenas se aguanta en pie y yo llevo rato pensando en posibles maneras de cortarme los pies, te aseguro que de los tres, tú eres el que está en mejores condiciones, no sé quién eres, pero si nos has ayudado está claro que no eres como ellos, no te quedas aquí.

La chica me observa y sonrío alzando las cejas sorprendida.

—Parece que tienes carácter—murmura—vamos, Darío, tiene razón, tanto si vienes como si no, nosotras vamos a ir igual de lentas, sabes que serás el primer sospechoso cuando descubran que no estamos, si no vienes con nosotras estás muerto.

—De acuerdo—concede él, todavía dudoso.

Salimos y empezamos a correr en la dirección que ha indicado.

—Hay un riachuelo lo bastante grande como para que se pierda nuestro rastro cuando lo crucemos, si no nos detenemos, conseguiremos llegar antes de que se den cuenta de que no estamos, esa es la única posibilidad que tenemos—dice sin aliento.

Eso es lo último que se dice, desde ese momento, creo que las dos encontramos una manera de soportar el dolor y corremos sin descanso ayudados por la luz de la luna.

—Allí, está allí—señala Darío agotado.

Nos detenemos en la orilla un segundo, el riachuelo es bastante amplio y durante un instante me pierdo en la belleza del lugar, la luz de la luna se refleja en el agua dejando a la vista su fondo transparente, lleno de pequeñas piedras y algunos troncos caídos.

—Vamos—ordena.

El agua apenas cubre por encima del tobillo, pero cuando la siento impregnar mis heridas mi dolor aumenta de forma casi insoportable, algo que mi compañera, con toda la debilidad que arrastra de estos días de cautiverio no soporta y sus piernas ceden después de que ahogue un intenso quejido de dolor.

Darío es rápido de reflejos y la sujeta, evitando así que se moje más de la cuenta.

—Hay que salir del agua—digo con un hilo de voz.

Pero ese no es el plan de Darío, según él tenemos que seguir por el curso del riachuelo, solo así podremos despistar a nuestros perseguidores, hemos de caminar todo lo que podamos por aquí para que no sepan porque lugar hemos salido. A ella la coge en brazos y

yo intento pensar en otras cosas que me distraigan del dolor.

Caminamos durante varios minutos, tengo los pies tan fríos que hace rato que no me duelen, es como si los tuviese anestesiados.

—Zatriel, no te duermas—le pide él de pronto.

—Zatriel—susurro para mí con agrado.

Me giro hacia ellos y la observo, está en un ligero estado de semiinconsciencia que no entiendo hasta que le toco la frente.

—Está ardiendo.

—¿Y eso que significa? —pregunta Darío asustado.

—Es posible que tenga una infección.

—No me jodas—dice aturdido—¿y qué hacemos?

—Puedo ayudarla, pero necesitamos encontrar un sitio en el que refugiarnos al menos un par de días para que pueda descansar y recuperarse, si seguimos así la infección acabará con ella.

—Está bien, creo que nos hemos alejado lo suficiente, sal por aquellas rocas—ordena.

Miro hacia donde dice y me parece una idea estupenda, hay una zona de la orilla llena de rocas que asciende hasta una zona poblada de árboles, más rocas y enormes helechos. Saliendo por aquí del agua no dejaremos huellas, y entre los helechos podemos construir un pequeño refugio e incluso un agujero en la tierra para encender un fuego y entrar en calor.

Capítulo VIII

Zatriel

—Zatriel, abre los ojos, vamos, ya queda muy poco—oigo de fondo—venga, mírame.

Darío me da un par de palmadas en el rostro para que espabile y funciona, abro los ojos de golpe y miro a nuestro alrededor asustada. Estamos en la orilla del riachuelo sobre unas rocas, me mantengo en pie porque ambos me están sujetando.

—Tenemos que subir por ahí—dice Darío—en cuanto lleguemos buscaremos un sitio para pasar la noche y podrás descansar, pero tienes que subir.

Asiento y comienzo a caminar ayudada por ellos, no solo siento un dolor insoportable, también tengo frío y me siento muy débil, soy consciente de que si me sueltan caeré desplomada. Cierro los ojos y me dejo guiar por ellos, apenas tengo fuerza, necesito descansar.

—Mira, ahí—comenta Darío, imagino que habla con ella, yo soy incapaz de enfocar más allá de mis propios pies.

—Es una cueva—murmura ella.

—¿Puedes con ella? Voy a echar un vistazo.

Todo se produce a mí alrededor como si yo fuese una espectadora que lo mira todo desde fuera, Darío se deshace de mí, y es ella la que con esfuerzo me rodea la cintura y me mantiene en pie pegada a su cuerpo, pese al frío, siento su calidez y me gusta. En algún momento he debido cerrar los ojos y abandonarme, Darío vuelve y me asusta cuando me coge de nuevo.

—Está vacía, por aquí hace tiempo que no viene nadie—asegura mientras nos acercamos.

—¿Qué quieres decir con que hace tiempo que no viene nadie? —pregunta ella asustada.

—Está claro que en algún momento alguien estuvo aquí, hay restos de una antigua hoguera subterránea, nos ahorraremos excavar—sonríe.

Cuando por fin entramos ambos me ayudan a sentarme, me deshago del arco y las flechas y los dejo a un lado con pesadez.

—Necesito tumbarme—susurro agotada.

—Espera, pondremos algo para que apoyes la cabeza—dice ella.

Mientras ella busca ese algo miro a mi alrededor, la cueva no es muy grande, pero sí lo suficiente como para darnos cobijo a los tres y protegernos del frío. Observo a Darío escarbar para limpiar el agujero donde en algún momento otros hicieron fuego. Es la hoguera perfecta para una cueva o para pasar desapercibidos, es tan sencillo como cavar dos agujeros en el suelo y hacer un conducto que los comunique, el fuego se enciende en el agujero que está al lado opuesto a la procedencia del viento, que entra por el otro agujero para avivar las llamas.

—Voy a buscar algo de yesca seca, enseguida vuelvo—dice, y desaparece con un sigilo sorprendente.

—Ya está—dice ella dejando su mochila como almohada.

Después me coge por debajo de los brazos y me ayuda a tumbarme, mirándome directamente a los ojos mientras susurra que lo haga despacio. Me quejo, me duele todo y no me encuentro bien.

—¿Así estás bien? —pregunta con calma.

—Sí. Me llamo Zatriel—digo provocando que una ligera sonrisa se dibuje en su rostro.

—Lo sé, yo me llamo Eiver, y ahora voy a quitarte las botas y los pantalones.

—¿Qué? —pregunto aturdida.

—Todos necesitamos secarnos, cuando Darío encienda el fuego pondremos nuestras ropas cerca.

Asiento y me quita las botas, me muerdo el puño para evitar gritar y llamar la atención, ella me observa de reojo mientras me quita los pantalones, por mucho cuidado que tiene no consigue evitar que la tela roce mis pies y vuelvo a retorcerme.

—Lo siento—susurra, y después me tapa con una especie de capa.

Oigo volver a Darío, y al cabo de un rato comienzo a notar calor en los pies, me duermo sintiendo que por fin estoy a salvo.

Eiver

Darío no solo ha encendido la hoguera, también ha traído enormes hojas de helechos y las ha colocado en la entrada para camuflar la cueva entre la vegetación.

—¿A dónde vas? —pregunta cuándo me dispongo a salir.

—Voy a recoger algunas hierbas antibióticas para su infección.

—¿Entiendes de hierbas? —pregunta sorprendido.

—Bastante, enseguida vuelvo.

Salgo de la cueva con el cuchillo en la mano, está comenzando a amanecer y yo solo rezo para que todo lo que necesito no esté muy alejado de la cueva, no solo necesito curar a Zatriel, también debo curarme yo y descansar, no sé cuánto tiempo más aguantaré despierta si seguimos a este ritmo.

Me agacho a coger las primeras que encuentro con el corazón latiéndome en la garganta, cualquier ruido que escucho me recuerda al momento en el que me golpearon y me raptaron. No dejo de mirar atrás una y otra vez, me muevo en círculos cerca de la cueva, no quiero alejarme, si me pierdo no sabré volver y yo no soy como Zaiguer, mi hermano o mi padre, mi sentido de la orientación deja bastante que desear.

Por fin tengo lo suficiente para todo lo que necesito hacer y vuelvo a la cueva, Zatriel sigue dormida y Darío también se ha descalzado y quitado los pantalones, está junto al fuego asando carne de serpiente.

—Joder, ¿de dónde ha salido eso? —pregunto asustada.

—De ahí atrás—señala el fondo de la cueva—ha sido una suerte que estuviera aquí, si la racionamos bien podremos alimentarnos los tres un par de días, suficiente para que recuperemos fuerzas.

—¿Suerte? Podría habernos mordido—digo con la piel erizada solo de pensarlo—¿te has asegurado de que no hay más?

—Tranquila—dice divertido por mi miedo—no hay más—sentencia seguro.

—¿Y si es venenosa? Es enorme, le cabe mucho veneno ahí dentro—murmuro con un desconocimiento absoluto.

—No te preocupes, he cazado cientos de serpientes y las conozco bien, lo que ves aquí es comestible, confía en mí.

No me queda otro remedio, no me siento en condiciones de salir a cazar conejos, así que también me descalzo y me deshago de mis pantalones. Saco un cuenco de mi mochila, echo algunas de las plantas que he traído y comienzo a machacarlas con otra piedra.

—¿Hay algo con lo que podamos hervir? —le pregunto a Darío que me mira con curiosidad.

—¿Te vale esto?

Me ofrece una taza de la pequeña bandolera que lleva colgada.

—Es perfecto.

Echo un poco de agua dentro y meto otra de las plantas que he traído, Darío la coloca sobre las brasas del fuego, justo al lado de los trozos de serpiente.

—¿Qué es? —pregunta intrigado.

—Tiene efectos antibióticos, le curará la infección.

Miro a Zatriel de forma distraída y me aseguro de que sigue respirando.

—¿Y ese potingue?

Sonrío ante su curiosidad.

—Es para las heridas de las dos. He mezclado dos tipos de plantas, la misma que se está cocinando ahí, y otra que ayudará a que las heridas cicatricen más rápido.

—¿Nada para el dolor?

—No he encontrado ninguna planta con esos efectos cerca de aquí, y me daba miedo alejarme.

—Entiendo.

Cuando la planta ha hervido, la retiro y añado un poco de agua fría al caldo que ha quedado para que Zatriel se lo pueda tomar cuanto antes. Me acerco a ella, le levanto la cabeza ligeramente y la despierto.

—Zatriel—susurro—tienes que beberte esto.

—¿Qué es? —pregunta atolondrada.

—Es para la infección, está bastante malo, pero es importante que te lo bebas todo, ¿de acuerdo?

Asiente, le acerco la taza y con gesto de asco tras el primer trago, lo engulle todo y se deja caer de nuevo. Entonces destapo sus pies y aplico con cuidado el ungüento que he preparado, no necesito limpiarle las heridas primero, el agua del río lo ha hecho por mí.

Lo extiendo bien por encima de todas sus heridas, está tan débil que apenas se queja, después la tapo y repito la misma operación con mis pies, yo sí que siento un dolor insoportable, pero aguanto hasta terminar y después me tumbo al lado de ella para cubrirme con la capa.

—¿No comes? —pregunta Darío.

—Necesito descansar.

—De acuerdo, yo vigilaré.

De forma inconsciente, me pego a Zatriel buscando el calor de su cuerpo y me duermo profundamente.

Capítulo IX

Zatriel

Me despierto sudando a mares sin saber muy bien cuanto tiempo llevo durmiendo, los párpados me siguen pesando horrores, y cuando consigo abrirlos descubro a Eiver durmiendo justo a mi lado, está acurrucada, recostada sobre su lado izquierdo y con ambas manos bajo la cara a modo de almohada, me permito observarla unos segundos antes de volver a dormirme, creo que es preciosa.

Cuando vuelvo a abrir los ojos hay más luz, me giro hacia el lado y siento una extraña sensación de vacío al descubrir que Eiver ya no está a mi lado. Respiro profundamente y los oigo, a ella y a Darío, susurran en voz baja junto al fuego para no despertarme.

Me siento mucho mejor, ya no tengo frío y apenas me duelen los pies, creo que mi energía ha vuelto y no lo entiendo, me incorporo y siento un leve mareo que me hace tumbarme de nuevo.

—Eh, con cuidado—dice Eiver apareciendo a mi lado—incorpórate despacio, llevas mucho tiempo ahí tumbada.

Me tiende una mano y de nuevo lo intento, está vez con más cautela, hasta que consigo sentarme y descubro una enorme sonrisa en los labios de Darío al verme.

—¿Cómo estás? —quiere saber.

—Creo que bien, ¿cuánto he dormido? —pregunto desorientada.

—Dos días—responde Eiver.

Abro los ojos con sorpresa y de pronto mi vejiga me demuestra que probablemente es cierto lo que dicen, voy a reventar.

—Joder, me meo—me quejo aturdida.

Me destapo, descubriendo que en algún momento me han puesto los pantalones, Darío me lanza las botas y me las pongo lo más rápido que puedo antes de salir corriendo.

—No te alejes—me advierte Darío.

—Tranquilo, no llegaría muy lejos sin mearme encima—digo cegada por una luz que me ilumina sin piedad.

No solo es de día, sino que ha salido el sol. A unos pocos metros de la entrada me detengo, me bajo los pantalones y me agacho dejando que el líquido salga casi a presión. Mientras lo hago suspiro de alivio y también tomo consciencia de que he caminado, ni siquiera me he mirado los pies antes de ponerme las botas, pero de todo aquel horror, lo único que me queda es un poco de molestia que desaparecerá en unos días sin duda.

Al volver me siento junto a ellos al lado del fuego, Darío me da de comer unos trozos de carne, deduzco que de serpiente y prefiero no preguntar por su procedencia, al menos no es de rata.

—No me duele, ya no me duelen los pies—digo feliz dirigiéndome a Eiver.

—Dormir tanto ha permitido que curen muy bien y bastante rápido.

—Gracias a tus ungüentos—añade Darío—Eiver hizo algún tipo de plasta asquerosa con

unas plantas medicinales, te la ha estado aplicando en los pies cada pocas horas. No seas tan modesta—dice dirigiéndose a ella—si se ha recuperado tan rápido ha sido gracias a ti.

—No ha sido nada—dice sonrojada hasta las orejas.

—Voy a evacuar—anuncia Darío, saliendo y dejando la entrada destapada.

Gracias a eso la luz del sol entra en la boca de la cueva y por primera vez puedo apreciar bien a Eiver, su piel es pálida y contrasta con el negro de su mirada, observo su pelo, tan oscuro como esos ojos que me observan con cautela, adornado por cuatro trenzas por la parte superior de su cabeza que se unen en una mucho más larga cuando llegan a su cogote, descansando sobre su espalda.

—Gracias por salvarme—le digo.

—Tú también me salvaste a mí, así que estamos en paz.

—Bueno, ahora que estamos todos de una pieza, ¿cuál es plan? —pregunta Darío, que todavía se está abrochando el pantalón cuando vuelve.

—¿Plan? —pregunto aturdida.

—Bueno, no podemos quedarnos aquí para siempre—dice convencido—¿de dónde sois?

—Yo soy de Lotia—responde Eiver con cierto recelo.

—¿Lotia? Somos vecinos de asentamiento entonces, yo soy de Troal. ¿Y tú, Zatriel?

—De Karvos—respondo, y me meto un trozo de carne en la boca.

—¿Y qué os ha traído aquí? A mí me capturaron mientras estaba de caza junto a un amigo.

No sabía que Darío fuese tan parlanchín, no me dio esa impresión cuando estaba cautiva, pero lo cierto es que ahora me incomoda que haga tantas preguntas.

—¿Cómo te capturaron a ti, Eiver? Dijiste que estabas con un amigo, ¿buscabais plantas o algo así?

—Algo así—responde ella sin entrar en detalles.

—¿Y tú, Zatriel?

—Qué más da—susurro poniéndome en pie—la cuestión es que al final todos acabamos en el mismo sitio.

—¿Qué haces? —pregunta Darío cuando ve que recojo mis cosas.

—Marcharme, vuestros asentamientos están hacia el este y el mío hacia el oeste, supongo que nuestros caminos se separan aquí. Gracias a los dos por lo que habéis hecho por mí, pero voy a aprovechar la luz del sol para caminar.

Eiver me observa con una expresión que no sé descifrar, parece que quiere decir algo, pero por algún motivo se lo calla y eso me molesta, yo no soy la niñera de nadie ni la voy a perseguir para que me cuente sus penas.

—Deberíamos salir de aquí juntos—opina Darío—Eiver y yo no podemos volver sin más, tendremos que dar un buen rodeo para evitar la morada del cazador y sus alrededores, y puede que todavía nos estén buscando, es mejor que caminemos hacia el oeste para alejarnos y después descendamos antes de volver hacia atrás.

De nuevo parece que Eiver quiere decir algo, pero se limita a secundar la opinión de Darío. Lo cierto es que preferiría marcharme sola, no quiero ser una desalmada, pero la cojera de Darío me retrasará bastante, y no parece que Eiver se desenvuelva muy bien más allá de sus plantas.

—De acuerdo—concedo al fin—podéis acompañarme hasta las ruinas del molino de viento, desde allí podéis descender hasta el río y seguir su curso hasta la cascada, es un

buen rodeo antes de tomar vuestro camino, nadie de la morada del cazador camina tan lejos.

—Pareces conocer bien la zona—dice ella, alzando una ceja mientras me observa.

—Me gusta explorar—me encojo de hombros, y me giro dando por zanjada la conversación.

Lo recogemos todo y salimos. Esta maniobra me costará perder un día acercándome a un hogar al que no tengo ninguna intención de volver, pero tampoco me apetece dar explicaciones.

Nos ponemos en marcha con cautela, voy preparada con el arco listo para disparar y me sitúo en la cola del grupo, Darío va en cabeza, abriéndose paso con un machete de tamaño considerable y Eiver va en el medio, con la mirada clavada en el suelo como si su única misión fuese pisar por donde pisa Darío.

—Si sigues mirando al suelo acabarás comiéndote un árbol—la advierto.

—No quiero caer en una trampa—contesta de forma mecánica.

Doy un par de zancadas hacia ella y la detengo cogiéndola de un brazo, lo que la asusta y la hace mirarme con los ojos muy abiertos.

—Las trampas no solo se detectan mirando al suelo, si eres audaz puedes verlas desde lejos, cuerdas que cuelgan de los árboles, zonas del suelo donde hay demasiado follaje suelto... ¿Qué coño os enseñan en Lotia? Mirarte los pies es la peor idea del mundo, detectarás un agujero en el suelo, pero cuando ya tengas el pie metido en él y sea demasiado tarde.

—Zaiguer me dijo que pisara por donde él pisara—dice aturdida y nerviosa.

—Y te limitas a pisar por donde pisa Darío, ¿acaso sabes si él se está fijando en las trampas? ¿Se lo has preguntado?

—Zatriel, no seas tan dura—empieza a decir Darío, que se había mantenido al margen hasta ahora.

—¿Crees que protegerla de todo la ayudará? Tiene que aprender a desenvolverse.

—Tiene razón—me mira Eiver, entre ofendida y agradecida—tengo que aprender a valerme por mí misma o no duraré mucho aquí fuera.

Lo que me sorprende es que haya durado tanto, pero me lo cayo para mí, creo que por hoy ya le he dicho suficiente.

Avanzamos durante horas, estamos cerca de otro de los asentamientos y Darío y yo decidimos que lo mejor es ir hacia el suroeste para alejarnos, Eiver se limita a obedecer, a veces tengo la sensación de que no tiene claro hacia donde ir y de momento se limita a seguirnos a nosotros.

—Quietos—ordeno—¿habéis oído eso?

Los tres nos quedamos en absoluto silencio y al cabo de un momento escuchamos unas voces a nuestra izquierda. Eiver y yo nos escondemos detrás de un árbol y Darío detrás de otro, preparo mi arco para disparar mientras escuchamos las voces cada vez más cerca.

—Ya vienen—susurra Eiver notablemente nerviosa.

—Saca tu cuchillo y prepárate por si nos atacan, ¿o pretendes defenderte con las uñas?

Observo de soslayo como lo coge, ni siquiera sabe sujetarlo, ¿cómo es posible que siga con vida? Ya están aquí, veo a los primeros aparecer entre los árboles, son muchos, es un grupo grande formado por hombres, mujeres y niños. Van cargados con provisiones, puede que sean errantes, pequeños grupos sin un hogar fijo en el que quedarse, vagan de un sitio

a otro supuestamente en busca de algo mejor que parece que nunca encuentran.

Se acercan, Eiver y yo pegamos nuestras espaldas mientras seguimos en alerta, si no nos movemos no nos verán, no parece que supongan ningún tipo de amenaza, pero es mejor no arriesgar.

Cuando se han alejado lo suficiente destenso el arco y me giro hacia Eiver, la mano con la que sostiene el cuchillo le tiembla de un modo que no entiendo y que me molesta.

—Ya se han ido, puedes guardarlo.

Se observa la mano con horror y el temblor aumenta.

—Joder, dame—digo quitándoselo en un movimiento rápido—si sigues temblando así te lo acabarás clavando tú sola, o peor, me lo clavarás a mí. No has empuñado un arma en tu vida, ¿verdad? —pregunto mientras lo coloco en la funda de su pierna.

—No.

—¿Y qué se supone que haces aquí? ¿Qué hacías tan alejada de tu poblado como para que la gente de la morada del cazador diera contigo?

—Eso a ti no te importa—responde enfadada.

—Sí que me importa—la miro furiosa—porque ahora estás aquí, conmigo, y tu inutilidad solo conseguirá que nos maten a todos.

—Zatriel, ya basta, creo que te estás pasando—interviene Darío.

Lo miro conteniendo la rabia, odio ese complejo de macho protector que se les activa a los hombres cuando tienen a una mujer cerca.

—Te recuerdo que la que era una carga hasta hace unas horas eras tú, y si no fuera por el cojo y la inútil ahora estarías muerta—dice enfurecida, dándome un empujón y comenzando a caminar.

Darío me dedica una mirada fulminante y la sigue sin esperarme, durante unos segundos me planteo dejar que se vayan, sé que me irá mejor sola, pero por algún motivo mis pies comienzan a moverse y a caminar tras ellos.

—Tengo hambre, y eso me pone de mal humor, ¿vale? —me excuso cuando alcanzo a Darío.

—No me lo digas a mí, díselo a ella—dice encogiéndose de hombros.

—Ya—suspiro resignada.

—¿Sabes que tu atractivo se dobla cuando te enfadas? —susurra de pronto con las mejillas encendidas.

No soy estúpida, hace días que me di cuenta de que su forma de mirarme había cambiado, y soy consciente de que ese es el único motivo por el que decidió ayudarme a escapar, siente algo hacia mí que, sintiéndolo por él, no es recíproco.

—Escucha, Darío, yo...

—No lo digas, ya lo sé, tengo una hermana como tú—dice muy serio.

—¿Tienes una hermana como yo? ¿Qué quieres decir? —pregunto desconcertada.

—No lo sé, es vuestra forma de actuar supongo, siempre a la defensiva, como si fuerais diferentes y no encajaseis, temiendo que los demás os rechacen.

—No sé de qué hablas—contesto nerviosa.

—Ya, eso suele decir ella, pero no mira a ningún hombre del modo en el que mira a las mujeres, igual que tú—sonríe encogiéndose de hombros.

Darío sigue caminando y yo me detengo en seco mientras le veo intentar darle alcance a Eiver. Siento el corazón saltando dentro de mi pecho, no me puedo creer que acabemos de

tener esta conversación sin más. Saco mi cantimplora y doy un largo trago de agua descubriendo que me queda muy poca.

La guardo y comienzo a caminar mientras pienso que deberíamos empezar a buscar algún lugar en el que pasar la noche, construir un pequeño refugio, salir a cazar algo para comer y buscar agua. Un grito me saca de mis pensamientos y me acelera el pulso poniéndome a la defensiva, cargo el arco y miro al frente sin ver a mis dos extraños compañeros, el grito se repite, es Eiver.

Salgo corriendo en la dirección de la que procede, me meto entre los árboles y a unos pocos metros la descubro colgando de los pies desde la rama de un árbol, su cuerpo cuelga a un metro del suelo. Ha caído en una trampa simple, de las que no producen heridas porque quienes las ponen buscan encontrar a sus presas con vida, estas son las peores. Suelen colocarlas los caníbales.

Sé que no soy nada suave diciendo las cosas, pero joder, tengo razón. Dos minutos caminando en cabeza y ya ha caído en una. Ahora es cuando debería ponerme a su lado y decirle: te lo advertí, pero no lo hago porque lo prioritario es bajarla de ahí antes de que el cazador vuelva a por su presa y decida comérsela cuando todavía esté con vida.

Darío intenta subir al árbol para soltarla mientras ella grita sin parar.

—Shhh, no grites, Eiver—le pido en cuanto llego a su lado.

—¡No puedo! —grita Darío frustrado, mientras se da una palmada en la pierna con rabia.

—No gritéis, joder—les pido a los dos con cierta desesperación—Darío, sujétala para que no se caiga, yo cortaré la cuerda.

Mi compañero obedece, coge a Eiver por debajo de los brazos y yo trepo por el árbol sin mucho esfuerzo, me deslizo por la rama con la mirada fija en la cuerda y la corto con mi cuchillo. Después me descuelgo, y cuando Darío y Eiver se apartan, me suelto y caigo a su lado con el pulso acelerado, odio las alturas. Darío deshace con habilidad el nudo que hay en sus pies y la ayuda a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí.

—Vale, pues hay que correr.

De nuevo Darío se pone en cabeza, y pese a la cojera, lo cierto es que su velocidad es más que aceptable. Va abriendo paso entre las ramas con su machete, seguido de Eiver que sin dejar de correr intenta sacar algo de su mochila, yo cierro el grupo echando varias miradas en todas direcciones, aunque sobre todo a mi espalda.

—¿Nos siguen? —pregunta Darío sin dejar de correr.

—No—respondo casi sin aliento—pero ni siquiera sé si corremos en la dirección correcta, podrían estar en cualquier sitio.

—¿Quiénes? —pregunta Eiver, que por fin deja de buscar en la mochila.

—Caníbales—responde Darío.

Eiver se detiene de pronto y eso me cabrea, sobre todo porque me ha faltado muy poco para romperme la nariz contra su cabeza.

—¿Qué coño haces? —pregunto enfadada, cogiéndola del brazo para que siga corriendo.

—Espera un momento, joder.

Darío está unos metros más adelante, aprovechando el parón para recuperar el aliento mientras Eiver observa lo que tiene entre las manos con atención.

—¿Es una brújula? —pregunto alucinada.

—Sí, vayamos hacia allí—señala con el dedo.

Solo hemos de desviarnos un poco hacia la izquierda de donde estamos, y lo cierto es que ahora mismo me da igual la dirección, lo único que quiero es alejarme de esa trampa todo lo que pueda.

Corremos sin descanso durante varios kilómetros sin dejar de seguir la dirección que indica Eiver, hasta que llegamos a otro riachuelo y Darío se detiene junto a la orilla.

—Creo que ya nos hemos alejado lo suficiente—dice completamente exhausto—necesito descansar.

Eiver y yo ni siquiera contestamos, asentimos y apoyamos las manos en las rodillas mientras recuperamos el aliento.

—¿Hacia dónde nos has dirigido? —le pregunto unos segundos después.

—Hacia el sur—dice muy segura.

—¿Al sur? ¿Tú sabes lo que encontraremos si seguimos por aquí? —pregunto alzando las cejas, sorprendida por su decisión.

—Sí, pero no creo que sea mucho peor que lo que hemos encontrado hasta ahora.

Darío me mira con los ojos muy abiertos, pero yo sonrío, me alucina mucho la capacidad de exponerse al peligro que tiene Eiver, aunque ahora mismo tampoco me parece una mala opción, no hay que entrar en el bosque oscuro de Tenebris, eso parece que todos los asentamientos lo tenemos claro, pero todavía falta mucho para llegar hasta allí, quizá tomar esa dirección sea incluso inteligente, no creo que encontremos muchos grupos por aquí.

—¿No te vas a quejar? —me pregunta ella con las mejillas encendidas por el calor y el esfuerzo de la carrera.

—No, este parece un buen sitio para pasar la noche—contesto mientras me agacho para rellenar mi cantimplora.

Cruzamos el riachuelo por encima de unas rocas para no mojarnos los pies y buscamos un lugar con la vegetación espesa. Darío despeja una pequeña zona junto a los troncos de dos enormes árboles que están casi pegados y se pone a cavar en el suelo para hacer una hoguera.

—¿Te apañas solo? —le pregunto—nosotras vamos a buscar la cena.

—Me apaño—responde concentrado.

—¿Quieres que vaya contigo? —pregunta Eiver sorprendida.

—Sí.

Capítulo X

Eiver

No miento si digo que la actitud de Zatriel me desconcierta por completo, sin duda es la mujer más enigmática que he conocido jamás. A veces me mira de una forma que me parece adorable, otras simplemente me entran ganas de matarla con mis propias manos.

Camino tras ella intentando no molestarla, falta poco para que anochezca y desde que el sol se ha escondido la temperatura ha descendido notablemente. Estamos en una zona donde la vegetación es muy densa, está claro que los rayos de sol no han penetrado por aquí, tanto la tierra como las plantas están húmedas.

La observo intrigada, metiéndose entre los arbustos y la maleza, buscando cerca de los árboles y mirando el suelo, deduzco que sigue el rastro de algún animal en concreto.

—Aquí—susurra por fin.

Después me coge del brazo y tira de mí dejándome de nuevo descolocada. Caminamos a paso rápido y nos agachamos detrás de unos helechos.

—¿Qué hacemos aquí?

—Hay rastro de jabalíes por esta zona, no tenemos tiempo de buscar el nido, así que cruzemos los dedos para que no anden muy lejos.

—¿Vas a cazar un jabalí? —pregunto enarcando las cejas, aunque lo cierto es que no me sorprende.

—Eso espero.

—¿No es un desperdicio? ¿Qué haremos con la carne que sobre?

Zatriel me mira de nuevo con ese rostro que no sé descifrar, me sorprende a mí misma centrada en sus labios cuando lo que debería preocuparme es la frase desagradable que seguramente pronunciará con ellos.

—Cocinaremos toda la que podamos cargar y nos la llevaremos, si logro cazar una cría será suficiente, tendremos carne para los tres durante unos pocos días.

—De acuerdo—digo apartando la vista de ella.

—Siento lo de antes, Eiver—dice de pronto—me he pasado, no creo que seas ninguna inútil, es solo que me sorprende que sigas con vida teniendo en cuenta que no tienes ni idea de cómo desenvolverte fuera de los muros de tu poblado, ¿me equivoco?

—No—reconozco abochornada.

—Bueno, ahora guarda silencio, los jabalís no tienen buena vista, pero compensan esa carencia con el oído y el olfato, no se acercarán si nos oyen.

—De acuerdo.

Zatriel apoya una rodilla en el suelo, carga su arco y se queda completamente quieta en esa posición, concentrada y preparada para cuando su objetivo aparezca. No quiero molestar, y además soy una gran interesada en que consiga su propósito, apenas hemos comido unas pocas hierbas en todo el día y estoy muerta de hambre.

Por mucho que lo intento no puedo dejar de observarla, recorro su cuerpo con la mirada

una y otra vez. Me gusta el modo en el que cuelgan sus múltiples trenzas por su espalda, rozando el guarda flechas de piel que lleva colgado. Miro su cuello y me estremezco al descubrirme pensando en cosas que no debería.

De pronto su cuerpo se mueve a cámara lenta, sus piernas siguen en la misma posición, pero su pecho gira poco a poco mientras tensa el arco con la mirada fijada de frente, hasta que de repente dispara y oigo el impacto de la flecha.

Se pone en pie, la imito y a unos cuarenta metros distingo el cuerpo sin vida de una cría en el suelo.

—Vamos—ordena.

—Espera, ¿y si los padres están cerca? —pregunto asustada.

—No se acercarán, son inteligentes y esperarán a que el peligro desaparezca.

Completamente alucinada, la sigo hasta llegar al cuerpo, el animal debe de pesar alrededor de quince kilos, pero a Zatriel no parece importarle y con un gesto hábil le arranca la flecha y se lo carga en el hombro.

Cuando volvemos, Darío ha rodeado los troncos de los árboles apoyando varias ramas contra ellos y tapándolas con helechos, solo ha dejado una parte abierta para que podamos entrar y ya tiene encendido un fuego oculto en un agujero.

Entre los dos se encargan de preparar el jabalí y de cortar la carne en pequeños trozos mientras yo los voy asando. Cuando terminan, los tres nos metemos dentro del refugio para comer mientras el resto de la carne que hemos decidido transportar se sigue haciendo.

—Mañana podríamos regresar a nuestros poblados desde aquí—opina Darío—parece la zona más segura.

Por algún motivo no le contesto y miro a Zatriel.

—Yo también puedo volver sin problema desde aquí—comenta ella de forma distraída.

—Pero no lo vas a hacer, ¿verdad? —adivino mirándola fijamente.

Zatriel coge un trozo de rama y comienza a remover las brasas del fuego.

—No, no lo voy a hacer—responde con la mirada fija en las brasas.

—¿Por qué? —pregunta Darío tan intrigado como yo.

—¿Qué más da? —responde ella en un susurro apenas audible.

—Venga ya—se queja nuestro acompañante—los tres estamos juntos en esto, nos hemos ayudado unos a otros en los últimos días. ¿Qué tiene de malo que nos expliques tus motivos? ¿No confías en nosotros?

—¿Qué motivos tienes tú para estar aquí? ¿Por qué te cogieron? —le pregunta ella a la defensiva.

—Ya os lo dije, salí a cazar con un amigo y me capturaron.

—No te creo, los moradores no suelen acercarse a los poblados, si te capturaron era porque estabas fuera de vuestra zona segura—sentencia ella.

—Tienes razón—sonríe frustrado—fuimos un grupo algo más grande, entre ellos había una chica que me gustaba, mi amigo y yo quisimos impresionarla y cometimos la estupidez de alejarnos. Ni siquiera los vi venir—reconoce arrepentido.

—¿Qué hay de ti, Eiver? —pregunta mirándome fijamente—tengo la sensación de que no tienes ni puta idea de hacia dónde dirigirte, lo cual me indica que no piensas volver a Lotia, ¿me equivoco?

Cabeceo negando y suspiro profundamente ante la mirada atónita de Darío.

—¿No vas a volver? —pregunta con los ojos muy abiertos.

—No puedo.

—¿Y a dónde ibas a ir cuando llegásemos?

—No lo sé—respondo nerviosa—quizá a buscar a mi amigo Zaiguer para saber si sigue con vida, o hacia el sur, no sé, no lo he decidido todavía.

—¿Ese Zaiguer y tú? —pregunta Zatriel.

—Somos amigos—aclaro con rapidez sin saber el motivo.

—Pero estabas con él cuando te capturaron, y tampoco podías estar cerca de tu poblado...

—Es una historia complicada.

—Tenemos toda la noche—añade Darío sonriente.

Zatriel me mira con media sonrisa que me altera y me provoca un extraño hormigueo en el estómago. Le quito la rama de la mano y esta vez soy yo la que se dedica a remover las ascuas, así tendré algo que hacer y evitaré mirarla mientras les cuento mi historia.

—En Lotia se comenzaron a secar los pozos de agua, o al menos eso fue lo que nuestro adalid nos hizo creer. Después de una reunión de emergencia, él y sus consejeros decidieron enviar partidas de dos personas más allá de nuestras fronteras en busca de un nuevo lugar en el que asentar nuestro campamento.

Los dos guardan absoluto silencio mientras hablo, y lo agradezco, es la primera vez que lo cuento en voz alta y cuando me escucho me sigue resultando imposible creer que todos fuésemos tan necios.

—Cada semana salían dos personas de forma voluntaria, todos queríamos solucionar el problema cuanto antes, ya que con la escasez de agua también llegó la escasez de comida de los cultivos.

—¿Cómo es posible que se secan los pozos? —interrumpe Darío de pronto—en Troal jamás hemos tenido problemas de agua y no nos encontramos tan lejos de vosotros.

—Cállate, Darío—le ordena Zatriel.

—De toda esa gente que fue partiendo de forma voluntaria nadie regresaba nunca, así que dejaron de aparecer voluntarios y el adalid decidió entonces meter nuestros nombres en dos urnas, una para hombres y otra para mujeres, y cada semana sacaba un nombre de cada una.

—Seguro que faltaban muchos nombres en esas urnas—comenta Zatriel de forma distraída.

—Sí, allí solo estaban los nombres de los que ellos consideraban prescindibles, lo cierto es que nuestro poblado ha crecido mucho en los últimos años, teníamos gente de sobra para cubrir todas las tareas. El nombre de mi padre y el de mi hermano salió en las urnas con una semana de diferencia, mi madre murió al darme a luz, así que de pronto me quedé sola.

—Lo siento—murmura Darío.

—Gracias. En la última selección me presenté voluntaria, no para buscar un nuevo asentamiento, sino para buscar a mi padre y a mi hermano. El otro elegido fue Zaiguer, era cazador y se las sabía apañar muy bien en el bosque, pero el mismo día que partimos y al poco de salir de la zona segura, descubrimos una zanja llena de cadáveres.

Los dos me miran con los ojos muy abiertos, yo los miro a ambos alternativamente, todavía impresionada cuando recuerdo aquella imagen.

—Todos los que pude reconocer eran habitantes de Lotia, descubrí entre los cadáveres el

cuerpo de mi padre, pero antes de que pudiera buscar a mi hermano nos atacaron.

—¿Los moradores? —pregunta Darío confuso.

—No, guardias de Lotia, escapamos con vida porque uno de ellos resultó ser el padre de Zaiguer, nos puso a salvo y nos explicó que llevaban haciéndolo desde el principio, que todo era una treta del adalid para reducir el número de población sin levantar sospechas, al menos eso fue lo que nos contó.

Durante bastante rato respondo a las preguntas de ambos lo mejor que puedo, hasta que por fin llegamos a la parte en la que fui atacada y secuestrada por los moradores.

—¿No supiste nada de tu amigo? —pregunta Zatriel.

—No, él se había ido por el lado opuesto pensando que el ruido procedía de allí, supongo que fue una maniobra de distracción para separarnos, cuando me golpearon perdí el conocimiento y desperté en la morada, espero que Zaiguer lograra escapar—digo frotándome las sienes.

—Seguro que sí—dice Darío convencido—por lo que dices de él parecía un tipo fuerte y listo.

—Tú también lo pareces y mira donde estás—le corta Zatriel.

La fulmino con la mirada, ¿es qué no sabe medir sus palabras?

—Lo siento, Darío, no he debido decir eso—se excusa con rapidez.

—No importa, es cierto—añade él sin darle mayor importancia.

—¿Qué hay de ti? —le pregunto, todavía tensa por lo que acaba de decir—pareces la más lista de los tres y también estás aquí, algo harías mal, ¿no? —digo mordaz, mirándola a los ojos.

Zatriel me mira fijamente, de nuevo con esa media sonrisa que no sé si es de suficiencia o para provocarme, pero cada vez que lo hace me desarma.

—Me pillaron en el lecho con la persona equivocada y me desterraron—confiesa alzando las cejas y mordiéndose el labio mientras me mira fijamente.

Darío comienza a reír, me giro hacia él con cara de asombro sin tener muy claro si entre los dos me están gastando una broma, pero él se ríe sin borrar el gesto de sorpresa de su rostro, y a ella no parece importarle.

—¿Hablas en serio? —le pregunto muy seria.

—Completamente—responde enfocándose de nuevo.

—¿Y quién era esa persona? —pregunto muerta de curiosidad.

—La mujer de nuestro adalid.

—¡Vaya, esto mejora por segundos! —exclama Darío sin dejar de reír.

Pero yo no puedo reír, ni siquiera puedo pensar, mi respiración se ha acelerado tras escuchar su confesión y ese hormigueo que antes estaba instalado en mi estómago ahora danza por una parte de mi cuerpo que me inquieta y me sofoca.

—¿Cómo fuiste tan necia? —le pregunta Darío más calmado.

—No sé, en Karvos puedes ser como quieras, pero si eres homosexual debes llevarlo con discreción, no está bien visto, nuestros antepasados eran demasiado tradicionales y nos educaron como a los cavernícolas. Es difícil saber quién lo es y quien no, todos lo ocultamos, pero ella—sonríe—a ella le daba igual, no me tanteó como hacen otras, vino directa a por lo que quería y eso me fascinó.

—No entiendo, ¿cuántos años tiene vuestro adalid?

Agradezco la pregunta de Darío, porque es algo que no puedo quitarme de la cabeza, los

adalides suelen ser gente que pasa de los cincuenta, Zatriel no puede tener más de veinticinco o veintiséis años, ¿se ha liado con una mujer que le dobla la edad?

—Él no sé, ella tiene cuarenta y es jodidamente atractiva—asegura sonriente.

—Que cojones tienes—añade Darío divertido.

—¿No tuvisteis cuidado? De esconderos para eso, ya sabes...—pregunto nerviosa.

—¿De escondernos para follar? —pregunta mirándome a los ojos, provocándome un sofoco.

—Sí...

—Claro, pero no había muchas opciones, era la mujer del adalid, todos la conocían y era difícil que pasase desapercibida, no le estaba permitido salir del campamento, así que siempre íbamos a mi cabaña.

—¿Y qué pasó? —pregunta Darío.

—No lo sé, supongo que alguien debió de vernos alguna vez, o sospecharlo, y le fue con el cuento al adalid, porque se presentó en mi cabaña con dos guardias, a ella se la llevaron y a mí me encerraron a la espera de juicio, supongo que ella debió interceder y por eso me desterraron, porque en Karvos, algo así se paga con la muerte. Y eso es todo—dice encogiéndose de hombros.

—Podrías venir a Troal conmigo, puedo hablar con nuestro adalid, si le digo que me habéis salvado la vida seguro que os permite quedaros, nuestro poblado es agradecido con quien nos ayuda—se ofrece Darío muy serio.

—Te lo agradezco—digo de pronto—pero no voy a ir a ningún poblado, te acompañaré igualmente como habíamos acordado, después iré a la repisa donde Zaiguer me dijo que podría encontrarle, quiero saber si está bien, y luego me dirigiré hacia el sur—digo muy segura.

—¿No te quedarás con Zaiguer si le encuentras? —pregunta Zatriel tragando saliva.

—No, no es la vida que quiero, tiene que haber algo más, y ese algo no está allí.

—¿Te puedo acompañar?

Su pregunta me sorprende tanto que durante un segundo me quedo sin habla.

—¿Quieres ir al sur conmigo? —pregunto alucinada.

—No tengo nada mejor que hacer—dice encogiéndose de hombros—además, te vendrá bien mi compañía, porque si no te mata algún salvaje te matarás tú sola cayendo en alguna trampa.

—Puedo aprender a sobrevivir—digo a la defensiva.

—Pues deja que te enseñe como hacerlo—dice tendiéndome la mano.

—De acuerdo—sonríe intentando evitar que note lo bien que me siento al saber que alguien con sus habilidades estará a mi lado.

Al estrechar su mano y notar su tacto sobre la mía siento la corriente recorrerme el cuerpo, no sé si esto es buena idea o no, pero si quiero vivir tengo que reconocer que me conviene tenerla cerca.

—Decidido entonces, acompañaremos a Darío, buscaremos a Zaiguer y si no nos han matado antes nos iremos al sur para que nos mate el bosque oscuro—sentencia Zatriel sonriente.

Darío comienza a reír sin parar, quizá tomarse las cosas a broma sea parte del método de supervivencia de estos dos, porque si no, no lo entiendo.

Capítulo XI

Zatriel

Todavía no me creo que tomara la decisión de acompañar a Eiver en su descabellado plan de atravesar el bosque oscuro. Llevamos tres días caminando, lo hacemos al ritmo de Darío, que como siempre encabeza el grupo y yo lo cierro, y teniendo en cuenta que nadie nos persigue, pues vamos bastante lentos, aunque en realidad no importa. No parece que ninguno de los tres tengamos prisa por llegar a ninguna parte.

En estos días estoy intentando que Eiver aprenda a utilizar el arco, pero es una negada y no puedo permitirme seguir malgastando flechas, quizá más adelante probemos de nuevo, hoy lo intentaré con el cuchillo.

Desde mi confesión de la otra noche noto que me mira diferente, intenta disimularlo para que no me dé cuenta, pero no se le da muy bien. Sé que la pongo nerviosa y eso me divierte, a veces me pego a ella más de la cuenta y se paraliza, unos segundos después reacciona y sus mejillas se encienden, si hubiese vivido en Karvos no me hubiese resultado difícil descubrir su atracción por las mujeres y ayudarla a aceptarlo, porque está claro que no es consciente de ello, al menos todavía.

—Hora de cenar—anuncia Darío cuando comienza a oscurecer.

Nos detenemos junto a unas rocas que utilizamos de asiento, todavía nos queda algo de carne, estos días Eiver ha recogido varios frutos comestibles por el camino, algunas cosas ni siquiera sabía que se podían comer, otras, simplemente no sabía dónde buscarlas.

Supongo que en este extraño grupo cada uno aportamos algo, yo sé cazar y defenderme, Eiver conoce todas las plantas que son útiles para algo y Darío ha demostrado ser muy diestro improvisando refugios y cavando agujeros para encender el fuego.

—Si seguimos a este ritmo, mañana por la mañana llegaremos a Troal—comenta Darío pensativo.

Eiver y yo nos miramos y sonrío, no tengo ni idea de donde están sus respectivos poblados porque jamás he venido tan hacia el este, pero ella parece tan sorprendida como yo porque su sentido de la orientación es tan malo como su estilo con el arco.

—Nos metemos en terreno peligroso entonces—comento, después doy un largo trago de agua.

—Sí, mañana debemos comenzar a ascender, tendremos que atravesar parte de la zona de caza de los moradores y puede que nos encontremos algún grupo de errantes. Debería ir solo, es absurdo que os arriesguéis para nada, podéis continuar por aquí, si la repisa de la que Eiver habla está por donde yo creo, no tendréis que arriesgaros tanto. Solo tenéis que subir, comprobar si está Zaiguer y luego limitaros a descender hacia el sur.

—Todo eso es jodidamente bonito, pero iremos contigo, no te hemos acompañado hasta aquí para dejarte solo cuando más peligro hay—sentencio.

La verdad es que no me reconozco, la Zatriel de hace unos días hubiera secundado sus palabras y se hubiese marchado ahora mismo sin mirar atrás, o mejor todavía, ni siquiera

hubiese venido.

Los miro a ambos intentando descubrir este cambio que han provocado en mí y me cuesta comprenderlo. Lo de Eiver es algo más fácil, soy consciente de que cada día que pasa me gusta más, pero Darío, creo que de él simplemente me he encariñado más de lo que debería.

—Vaya, parece que detrás de esa fachada de tía dura tienes sentimientos—comenta Eiver entornando los ojos.

—No te equivoques, podría clavarte tu propio cuchillo ahora mismo sin despeinarme—digo señalándola con el dedo en un tono que está muy lejos de resultar amenazante.

—Hace unos días podías, ahora ya no—afirma mirándome a los ojos.

Sus palabras me desconciertan, ¿habrá notado lo que siento por ella?

—Voy a mear—dice satisfecha por el efecto que sus palabras me han provocado.

Eiver desaparece entre los árboles y Darío se sienta a mi lado con gesto divertido.

—¿Cuándo pensáis liaros? —pregunta sonriente mientras se rasca el pelo.

—Cállate.

—Venga ya—me empuja ligeramente sin poder borrar la sonrisa.

Le doy un guantazo en la mano y lo miro mordiéndome el labio.

—¿Sabes? Si no sintiese esa extraña devoción por las mujeres me liaría contigo, me resultas muy curioso.

—Hubieses quedado mucho mejor diciendo atractivo—bromea, los dos reímos.

—Reconozco que eres un poco guapo, pero solo un poco.

—Tú también eres un poco guapa—responde burlón.

Mi corazón se acelera, pero no por la conversación que estoy teniendo con Darío, sino porque algo llama mi atención, y cuando consigo centrarme descubro que es el silbido de una flecha, ni siquiera tengo tiempo de moverme cuando atraviesa el pecho de Darío con tal fuerza que lo tumba y lo hace caer por detrás de la roca.

De forma instintiva cojo mi arco y las flechas y salto detrás de las rocas con los ojos bañados en lágrimas. Darío está de lado, le pongo bocarriba y veo como me mira mientras la sangre sale de su pecho a borbotones. Presiono con las manos y miro a un lado y a otro en busca de Eiver, pero no la veo.

—Ve a por ella—consigue decir con un hilo de voz.

—No pienso dejarte aquí, Darío—digo llorando con rabia.

—Escúchame, si os quedáis nos matarán a los tres y entonces mi muerte no tendrá sentido, por favor Zatriel, búscala y poneos a salvo.

Su voz es entrecortada, no sé si por el dolor o porque la flecha le ha perforado un pulmón, solo sé que no puedo dejar de llorar.

—Por favor, Zatriel—insiste cogiendo mis manos y quitándolas de su pecho—tienes que irte ahora.

Asiento con la cabeza, por el lugar en el que se ha clavado la flecha sé que lo de mi amigo no tiene solución, mis lágrimas caen en su cara y él esboza una ligera sonrisa, coloco mis manos en sus mejillas y le doy un tierno beso en los labios. Darío sonrío ampliamente con los dientes llenos de sangre y me doy la vuelta con la mirada fijada en el lugar por el que se ha marchado Eiver.

Gateo por detrás de las rocas para cubrirme y cuando se terminan me levanto de un salto y corro lo más rápido que puedo, oigo el silbido de otra flecha y me tiro al suelo de

cabeza para dar una voltereta y esquivarla, la flecha se clava en un árbol y yo sigo corriendo hasta esconderme tras otro.

—¡Eiver! —grito con todas mis fuerzas.

—¡Aquí! —grita ella.

Miro en su dirección con la adrenalina recorriendo mi cuerpo y la descubro un poco más adelante, también escondida detrás del tronco de un árbol.

—¿Puedes verlos desde ahí?!

—¡Solo a uno, está junto al árbol caído!

Asomo la cabeza rápidamente y localizo el árbol, me vuelvo a esconder, vuelvo a asomarme y esta vez miro hacia la parte baja del árbol, le descubro apostado junto a la base aprovechando el grosor de las raíces para cubrirse.

—Ya eres mío cabrón—murmuro para mí.

Me agacho, me pongo en posición y cargo mi arco.

—¡Eiver, cuando te diga corre hasta el siguiente árbol lo más rápido que puedas!

—¡De acuerdo!

Vuelvo a mirar para asegurarme de que sigue en su posición y grito.

—¡Ahora!

No aparto la vista de mi objetivo, pero Eiver debe haberme hecho caso, porque de pronto nuestro atacante se levanta ligeramente para poder apuntar a Eiver con su arco y disparo sin piedad, la flecha le atraviesa un ojo y lo hace caer de lado.

Miro rápidamente hacia Eiver, y cuando la localizo salgo corriendo hasta su posición y la cojo de la mano sin detenerme.

—¡Vamos, corre! —le ordeno tirando de ella.

—Espera, Zatriel, ¿y Darío? —pregunta aturdida.

—No te pares, Eiver, por favor—digo sin girarme, mientras mis ojos se inundan de nuevo.

Tres flechas más han silbado durante los primeros metros de nuestra carrera, pero está claro que el arquero que las ha lanzado no era tan bueno como el anterior.

Seguimos corriendo, siempre en dirección sur, ya no me hace falta la brújula de Eiver, simplemente hay que dirigirse hacia el lado opuesto de la montaña, y ahora que no está cubierta de niebla puedo ubicarla perfectamente.

Cada vez corremos más despacio, ha comenzado a llover y el agua nos entra en los ojos dificultando la visión. Ninguna de las dos ha dicho nada en todo el camino, simplemente nos hemos limitado a seguir juntas sin soltarnos de la mano, yo no puedo quitarme la imagen de Darío de la cabeza, y ella..., supongo que ella ya ha deducido la suerte que ha corrido nuestro amigo.

—¡Para ya! —grita de pronto deteniéndose en seco.

Me paro, la suelto y me giro hacia ella, su cara es un mar de lágrimas y las mías simplemente no han dejado de caer durante todo el trayecto.

—Dime que no—me suplica, sin dejar de llorar mientras se mueve nerviosa de un lado para otro—dime que no, Zatriel—solloza.

Me encantaría hacerlo, pero a estas alturas Darío ya debe estar muerto, simplemente me tapo la boca con la mano y rompo a llorar con fuerza, dejando que toda la tensión y la impotencia acumuladas salgan de mi cuerpo como las cenizas de un volcán que acaba de entrar en erupción.

Eiver grita de rabia al verme, un grito desgarrador y profundo que me atraviesa el alma.

De pronto se gira hacia mí, no sé descifrar su expresión, no sé si solo es rabia por lo que ha sucedido o si me odia por no haber sabido defenderle. Se acerca despacio sin dejar de mirarme mientras sus lágrimas caen, yo me preparo para recibir un bofetón que sin duda merezco, pero en lugar de eso se abraza a mí con fuerza y yo respondo abrazándola a ella, sorprendida y agradecida por su consuelo.

Ambas lloramos juntas por nuestro amigo durante varios minutos donde me permito no estar alerta, necesito este momento de duelo junto a ella. La intensidad de la lluvia aumenta y ambas seguimos abrazadas como si esperásemos que el manantial de agua se llevase nuestro dolor con él.

Abro los ojos por encima de su hombro, me paso los dedos para quitarme esa mezcla de agua y lágrimas y miro a nuestro alrededor. Apenas queda luz, debemos buscar un sitio para pasar la noche.

—Eiver—le susurro.

—Umm—murmura presa de los hipidos, pero con la calma que precede a un cuerpo después de tanto llanto.

—Hemos de movernos, hay que buscar algún sitio donde pasar la noche o moriremos congeladas. ¿De acuerdo?

—Sí—susurra.

Deshacemos el abrazo, ella se limpia los ojos y comenzamos a caminar entre los árboles. A los pocos minutos descubro uno con la base más grande que he visto en mi vida, las raíces sobresalen por encima de la tierra formando enormes arcos bajo los que nos podemos meter fácilmente y protegernos de la lluvia.

—Aquí—dice Eiver.

En el lugar en el que señala las raíces forman una especie de cueva que me hace alzar las cejas con asombro.

—Métete y comienza a cavar para encender un fuego, voy a buscar algo con lo que cubrir la entrada.

Eiver asiente y yo comienzo a cortar las hojas de los helechos más grandes que encuentro, no puedo evitar pensar en Darío, ahora mismo sería él el que estaría haciendo todo esto, mientras, yo enseñaría a Eiver a empuñar el cuchillo y a cogerlo para lanzarlo.

Mis ojos se inundan de nuevo, no sé realmente lo que siento, es una mezcla de frustración, tristeza y miedo. Aprovecho para soltar mi rabia asestando cortes certeros con el cuchillo sobre las hojas. Cuando tengo suficientes voy a nuestro improvisado refugio y cubro la entrada para evitar que el agua entre si llueve de lado, después vuelvo a irme, esta vez para arrancar cortezas de los árboles y conseguir yesca seca con la parte del interior.

Vuelvo cuando ya tengo bastante y me siento junto a Eiver, ambas en silencio, ella está terminando de comunicar los agujeros del fuego y yo arrancando tiras de yesca de las cortezas y amontonándolas a un lado.

Tras varios minutos encendemos el fuego y nos quitamos las ropas mojadas, he improvisado con ramas un pequeño tendedero que hemos situado justo encima de las brasas, tocará hacer turnos para ir cambiando las prendas y que se seque todo. Lo primero que colocamos son nuestras botas con las suelas hacia arriba, es soportable caminar con ropa mojada, se puede secar por el camino si hace sol, pero con las botas mojadas es una tortura.

Eiver saca su capa y ambas nos juntamos y nos cubrimos con ella, con eso y el calor que

desprende el fuego dentro del refugio, estaremos mucho mejor que otras noches.

—¿Cómo ha pasado? —pregunta de pronto en un susurro apenas imperceptible.

—Me distraje—confieso—estábamos hablando y no lo vi venir, para cuando me di cuenta de lo que pasaba ya era tarde, la flecha se le clavó en el pecho y cayó detrás de las rocas—digo casi sin respirar.

—No ha sido culpa tuya, Zatriel, te prohíbo que pienses así, todos nos distrajimos, ninguno pensamos que algo así pudiera pasar.

—Yo sí, Eiver, siempre intento estar alerta, siempre he odiado estos putos bosques por lo mismo, según dicen más del noventa por ciento de la población mundial murió durante los seísmos, y los pocos que sobrevivimos no somos capaces de convivir y compartir recursos. Ya no hay ningún lugar seguro, yo he estado a punto de morir porque me gustan las mujeres y a vosotros os están exterminando dentro de vuestros propios muros, nos tendríamos que haber extinguido todos, joder—digo enfadada.

—No digas eso, Zatriel, todavía queda gente buena por ahí, como Darío, o Zaiguer.

—Ya, pues mira lo que le pasa a la gente buena, Darío está muerto y lo más probable es que tu amigo también—digo derrotada.

Eiver traga saliva con esfuerzo y asiente intentando asimilar que tengo razón.

—Joder lo siento, perdona—digo levantando su barbilla con un dedo—no suelo ser tan pesimista Eiver, en serio—digo con una tímida sonrisa y los ojos húmedos—es que lo de Darío me ha afectado más de lo que hubiera imaginado, nunca pensé que le cogería tanto afecto a ese maldito cojo.

Eiver sonrío y me da un beso en la frente, me aprieta contra ella y me dejo envolver por su calor, sintiendo que su piel me quema.

—Descansa, yo haré la primera guardia—dice tranquila.

Cierro los ojos y suspiro intentando dejar la mente en blanco.

Capítulo XII

Eiver

Sorprendentemente hemos conseguido dormir bastante, quizá fue el llanto lo que nos agotó o simplemente nuestras mentes necesitaban desconectarse de lo sucedido.

La última guardia me ha tocado a mí, toda nuestra ropa ya está seca, pero no quiero moverme mucho para no despertar a Zatriel, que reposa su cabeza sobre mi hombro. Hace un rato que ha amanecido, cojo mi mochila con cuidado de no moverme mucho y saco un puñado de frutos del bosque para desayunar.

—Guárdame unos pocos, glotona—murmura Zatriel con pereza.

Prácticamente me pongo bizca para observar su cabeza sobre mi hombro, confieso que es una de las cosas que más me gusta de todo el día, ver como se despierta, como poco a poco abre esos preciosos y enigmáticos ojos y como se estira para desperezarse. Ahora mismo Darío estaría haciendo alguna broma sobre que siempre es la última en despertarse, me resulta imposible pensar que no le vamos a ver más, casi tanto como lo rápido que me acostumbré a mis dos compañeros.

Le pongo una mora roja delante de la cara y Zatriel la persigue hasta que la coge entre sus dientes y se la lleva hasta el interior de la boca.

—Mmm, joder, que buenas están—dice incorporándose.

Repito la operación, esta vez con una mora negra, Zatriel la persigue con una sonrisa y cuando me la quita se gira hacia mí y me besa la mejilla de forma rápida, después simplemente coge otra de mi mano y sigue comiendo de forma distraída, sin saber que ese beso ha desatado un intenso hormigueo en mi pecho que casi me ha cortado la respiración.

Suspiro, me cuesta mucho interpretar todo lo que me hace sentir últimamente y prefiero no pensar en ella. Cojo mi ropa y comienzo a vestirme, ella hace lo mismo mientras sigue masticando moras como si llevase días sin comer.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta cuando estoy hirviendo unas hierbas de manzanilla para tomar algo caliente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé—dice algo confusa—si dependiera de mí, iríamos hacia el sur sin perder más tiempo, ya has visto lo que pasó ayer.

—¿Insinúas que no busquemos a Zaiguer? —pregunto molesta.

—No insinúo nada, Eiver, solo digo que es arriesgado y que no me apetece nada perderte.

Tras eso se levanta y sale para hacer sus necesidades. Vuelve unos minutos después y es mi turno. Cuando vuelvo me está esperando fuera con el cuchillo en la mano.

—Hora de aprender—dice muy seria.

Me acerco a ella con cierta reticencia y lo coloca en mi mano sin darme la oportunidad de negarme.

—Tienes que sujetarlo con firmeza y no debes dudar, este trozo de aquí te protege para

que no te cortes cuando lo claves—dice mostrando la curva del final de la empuñadura, justo donde empieza la hoja—así que, si alguna vez has de hacerlo, clávalo hasta el fondo. Que no te tiemble el pulso, Eiver, si dudas te lo clavarán a ti.

Sujeto el cuchillo con firmeza y me muevo con él sin dejar de mirarlo, después de lo que le pasó ayer a Darío, dudo mucho que vuelva a temblarme la mano.

Zatriel me lo quita y lo coge por la hoja de forma que parece que lo acaricia, después ladea un poco el cuerpo, mira hacia un árbol y lo lanza de la misma forma que lo hizo la noche que escapamos de la morada, el cuchillo se clava en el tronco de forma magistral.

—Vaya—digo sorprendida por la fiereza de la maniobra.

Zatriel se acerca a mí, se para a escasos centímetros de mi cara con su mirada fija en mis ojos, estoy paralizada de excitación al pensar que quizá haya decidido besarme por fin, puedo ver el deseo en su mirada, pero en lugar de eso se inclina ligeramente y coge el cuchillo de mi pierna.

—Tu turno—dice con media sonrisa.

Intento centrarme, no quiero que note lo nerviosa que me ha puesto, pero cuando coloca el cuchillo sobre mi mano abierta descubro que me tiembla, aunque no es de miedo, es por ella. Zatriel sonrío ligeramente e ignora ese hecho como si no se hubiese dado cuenta, pero sé que es perfectamente consciente de lo que me hace sentir, ¿por qué no me besa si está claro que las dos lo deseamos?

—Para lanzarlo debes cogerlo siempre por la parte que menos pesa, en este caso la hoja —explica a la vez que me muestra todo lo que dice—debes colocarte la hoja plana sobre los dedos, con la parte que corta encarada hacia la palma de tu mano y la que no corta hacia los dedos, de esta forma, observa.

Y sujetando el cuchillo como me ha dicho, lo lanza de nuevo clavándolo en el árbol unos centímetros más arriba que el anterior. Tras su exhibición de destreza camina hacia el árbol y recupera ambos cuchillos.

—Ahora tú—dice entregándome el suyo.

Lo coloco sobre mi mano de la misma forma que ella me ha dicho y la miro buscando su aprobación. Asiente y lo lanzo con fuerza hacia el árbol de modo que golpea el tronco, pero no se clava y cae al suelo mientras intento comprender qué es lo que he hecho mal. Zatriel me mira y se coloca justo detrás de mí, me ofrece mi cuchillo y yo lo cojo nerviosa cuando comienza a susurrar en mi oído.

—Saber lanzar el cuchillo es tan importante como prestar atención al lugar donde quieres que se clave.

Su aliento cálido acaricia mi cuello y me eriza la piel, doy una gran bocanada de aire en un intento de canalizar el torbellino de emociones que recorren mi cuerpo. Si sigue así me volverá loca. Mi respiración está tan agitada que tengo la sensación de que comienzo a ahogarme, cierro los ojos un segundo, Zatriel guarda silencio como si intuyese lo que me ocurre y espera a que me relaje un poco para seguir con la explicación.

—Lo has lanzado muy fuerte—vuelve a susurrar—no se trata de fuerza, sino de cálculo, sabes de sobra que utilizando la mitad de la fuerza también hubieses alcanzado el árbol, tienes que lanzarlo de forma que al cuchillo le dé tiempo de darse la vuelta en el aire y clavarse.

—De acuerdo—exhalo agitada.

—Bien, prueba otra vez.

Zatriel se hace a un lado y vuelvo a suspirar, esta vez para intentar calmarme y aplicar sus consejos para mejorar mi lanzamiento. El cuchillo vuelve a volar, pero esta vez, simplemente he cometido un fallo de puntería y ha pasado por el lado del árbol.

—Que no cunda el pánico—dice divertida ante mi cara de frustración. Después recoge ambos cuchillos y me los entrega.

—Adelante—dice muy segura.

Vuelvo a lanzar, y esta vez doy en el blanco y además se clava, pero antes de que me dé tiempo a celebrarlo se cae y frunzo el ceño mosqueada.

—Lo he hecho bien—me quejo.

Zatriel recoge el cuchillo y vuelve con una sonrisa.

—Tienes la técnica, te ha faltado fuerza—comenta a la vez que me lo entrega—no seas quejica y vuelve a lanzar.

Y lo hago, repito el lanzamiento anterior aplicando un poco más de fuerza y el cuchillo se clava con firmeza en el tronco.

—¡Sí! —grito eufórica.

La miro, ella me devuelve la mirada y asiente orgullosa de mi logro.

—Lanza el otro—dice alzando las cejas.

Vuelvo a conseguirlo, y esta vez soy yo la que emocionada, corre a recuperar los cuchillos y vuelve a lanzarlos hasta diez veces sin fallar ninguna.

—Vaya, parece que por fin hemos encontrado algo que se te da bien, devuélveme mi cuchillo antes de que me lo pierdas, anda—dice colocando la palma de su mano hacia arriba mientras espera.

Me acerco a ella, crecida por el subidón que me ha provocado descubrir que puedo hacerlo y coloco el cuchillo en su mano con chulería.

—Se me dan bien muchas cosas, Zatriel—digo mirándola fijamente sin acabar de soltar el cuchillo.

—¿En serio? —pregunta alzando una ceja y mordiéndose el labio, después de quitarme el metal afilado y guardarlo.

—En serio—sentencio acercándome a ella peligrosamente.

—¿Y podrías hacerme una demostración de esa sabiduría tuya? Para hacerme una idea y eso...

—¿Siempre eres tan arrogante? —susurro muy cerca de su boca, provocando que su respiración se acelere y sus labios se abran ligeramente.

—Solo contigo—confiesa con la mirada clavada en mis labios.

—¿Por qué?

—Tu presencia me altera, Eiver—exhala.

Sonrí cegada por el deseo y sus labios reciben a los míos con la misma ansia y necesidad con la que sujeto su cara entre mis manos para mantenerla pegada a mí, Zatriel responde colocando sus manos en mi cintura y me arrastra hasta acorrallar mi cuerpo con el suyo contra el tronco de un árbol, su piel arde bajo mis manos y siento que las piernas me flaquean cuando aprieta su cuerpo contra el mío con necesidad. Durante varios segundos mi mente se nubla y todo desaparece a nuestro alrededor, solo puedo pensar en ella, en su lengua saboreando mis labios, en sus manos abrasándome la piel por encima de la ropa, en los discretos gemidos que escapan de nuestras bocas... Hasta que Zatriel se separa de golpe y frunce el ceño mirando en todas direcciones.

—¿Qué pasa? —pregunto atontada.

—Shhh—dice colocando un dedo sobre mis labios con cuidado mientras sigue concentrada y en expresión alerta.

Por fin se oye un sonido a lo lejos y la piel se me pone de gallina.

—No me jodas—dice nerviosa.

—¿Es lo que creo que es? —pregunto aterrada.

—No vamos a quedarnos para averiguarlo, coge tus cosas, nos vamos.

Mientras guardo las cosas en la mochila, ese aterrador sonido se oye de nuevo y ya no cabe duda de lo que es. Las dos nos miramos con gesto de pánico y Zatriel prepara su arco por si tiene que disparar.

—Caníbales—susurro.

—Parece que vienen por el noroeste, hay que correr, Eiver—sentencia.

Si seguimos a este ritmo perderé la cuenta de todas las veces que hemos tenido que salir corriendo desde que escapamos de la morada del cazador. Zatriel tiene razón, los pocos que sobrevivieron al desastre fueron incapaces de convivir y ayudarse y nosotros no hemos hecho otra cosa que seguir sus costumbres y empeorarlas. El sonido que hemos escuchado es el cuerno de advertencia de los caníbales, de vez en cuando les gusta cazar con sus propias manos y no con trampas, pero por lo visto les parece mucho más divertido si sus futuras víctimas saben que están cerca, provocar miedo les excita, y hoy han decidido jugar.

Tocarán su cuerno tres veces cuando inicien la cacería para avisar, y se pasarán horas rastreando el bosque en busca de gente como Zatriel y como yo, no se acercan a los asentamientos porque los aniquilarían los arqueros, pero sí que persiguen a todo aquel que no esté dentro de una zona segura. La sangre se me hiela cada vez que pienso en que si uno de ellos nos da caza nos devorarán vivas, ahora solo podemos esperar a que el cuerno suene de nuevo otras tres veces, indicador de que su cacería ha terminado.

Estamos corriendo en dirección sureste, si nos desviásemos un poco hacia arriba acabaríamos llegando al territorio de Lotia y podría buscar a Zaiguer, pero ahora no podemos arriesgarnos y seguimos sin descanso. El cielo hace rato que está encapotado y comienza a llover otra vez, al principio son gotas dispersas, pero conforme pasan los minutos se va desatando un temporal que no nos permite seguir corriendo.

—Ven—dice tirando de mí entre la maleza.

Nos metemos en una zona densamente poblada de vegetación. Las hojas mojadas nos acarician la cara y de vez en cuando alguna rama nos rasga la piel, pero Zatriel no se detiene y sé que hace lo correcto, no podemos seguir corriendo en estas condiciones y cuanto más nos adentremos entre la maleza más posibilidades tenemos de que no nos encuentren.

Tras unos minutos comenzamos a buscar un nuevo refugio en las raíces de los árboles, Zatriel se detiene ante unas que se retuercen en el aire como culebras, el espacio que queda debajo es justo, pero suficiente para las dos, y el follaje del árbol es tan denso que reduce considerablemente la cantidad de agua que nos caerá encima.

Asiento con la cabeza indicándole que me parece un buen lugar y entonces las dos nos metemos entre los helechos, cortamos de raíz un par de ellos en una zona que ningún rastreador podría ver porque la cubre la vegetación y los colocamos entre las raíces como si hubiesen crecido ahí, eso evitará que la poca agua que se cuele por las ramas del árbol nos caiga encima. Nos metemos en nuestro improvisado refugio, ambas sentadas con las piernas recogidas y pegadas al cuerpo y esperamos, las dos con el cuchillo en la mano.

—Las huellas—susurro agitada.

—No te preocupes, mira el barrizal que se está formando, el agua ya las ha borrado. No hagamos ruido y esperemos a que suene el maldito cuerno.

Suspiro y un extraño silencio se adueña de nosotras, lo único que se oye es la lluvia torrencial cayendo con fuerza sobre el bosque. Diminutos ríos comienzan a dibujar surcos en el barro, arrastran hojas, pequeñas ramas y tierra.

—Eh—me llama Zatriel con voz calmada tras unos minutos.

Me giro hacia ella y lo que me dicen sus ojos no me gusta.

—Sabes lo que debes hacer si nos cogen, ¿verdad? —pregunta clavando su intensa mirada en mi cuchillo.

El corazón se me desboca y una desagradable sensación de angustia se apodera de mí.

—Estás loca—susurro aturdida.

—Eiver—dice con dulzura—mírame.

—No podré hacerlo.

—Sí que podrás.

Se gira un poco hacia mí y comienza a palpar mis costillas por la zona donde se encuentra mi corazón. Daría lo que fuera porque me estuviese tocando con otras intenciones, pero no con estas.

—Aquí—aprieta un poco entre dos de mis costillas. La piel se me eriza.

—No.

—Eiver, si te van a coger debes clavarte el cuchillo justo aquí, apenas te enterarás, será una muerte rápida y mucho mejor que morir devorada a mordiscos por esos putos salvajes —explica muy segura.

La miro a los ojos y coloco mi mano sobre la suya, entrelazamos los dedos y apretamos con fuerza mientras siento como el miedo se apodera de mi cuerpo.

—Dime que lo harás, por favor—suplica.

—Lo intentaré.

—No es suficiente...

—Hazlo tú—le pido de pronto en un arranque de egoísmo—si nos cogen clávamelo tú, por favor.

—¿Crees que no lo haré? —pregunta muy seria.

—Sé que lo harás, por eso te lo pido.

—¿Y si no estoy cuando te cojan?

—Si tú no estás ya nada tendrá sentido.

Traga saliva, sé que mi confesión la ha sorprendido, pero aun así no se permite un momento de flaqueza dada la situación, tengo claro que su fortaleza y su sangre fría en estas situaciones son las que la han mantenido con vida hasta ahora.

—Eiver, por favor—suplica de nuevo.

—Lo haré, si tú no estás lo haré, te lo prometo.

—Bien—sonríe un instante. Después se centra de nuevo en el exterior y yo intento aparcar en un lugar oscuro de mi mente la conversación que acabamos de tener.

Las horas pasan, Zatriel y yo seguimos en silencio, sumidas en una especie de calma tensa sin dejar de prestar atención a cualquier ruido que nos parezca diferente.

El corazón ha estado a punto de saltarme del pecho en varias ocasiones, los caníbales tienen fama de ser excelentes rastreadores y sabemos que ni la peor de las tormentas les

detendrá si han decidido cazar. Hace mucho que me estoy meando, intento pensar en otra cosa y distraerme, pero desde hace un rato no funciona, siento que va a explotarme la vejiga.

—Tengo que salir a mear—susurro nerviosa.

—No vas a ir a ninguna parte—dice muy seria.

—No me aguanto, Zatriel, voy a reventar.

—Pues te meas encima.

—¿Qué? —pregunto sorprendida.

—Ya me has oído, si no eres capaz de aguantarte te lo haces encima, pero no delataremos nuestra posición porque tú no seas capaz de mantener las piernas apretadas.

—A veces eres muy desagradable, Zatriel, en serio—digo molesta.

—Soy como tengo que ser para mantenernos con vida—responde dando la conversación por zanjada.

De repente unos brazos aparecen entre las hojas que cubrían nuestro refugio y me arrastran hacia fuera, de forma tan rápida y brutal que apenas tengo tiempo de digerir lo que sucede.

Capítulo XIII

Kilier

—Mira, ahí—digo nervioso—¿los ves?

—Sí, cuento tres—contesta con la mirada clavada en ellos.

—¿Qué crees que buscan?

—Ya sabes lo que buscan, Kilier, comida—sentencia mi hermano.

—Carne humana—murmuro con el pelo de la nuca erizado—deberíamos irnos de aquí.

—Ni hablar, están demasiado cerca, esperaremos hasta que se alejen.

—¿Qué están haciendo?

—No lo sé, parece que siguen algún rastro.

—¿Nosotros? —pregunto asustado.

—No, y cállate de una vez, vas a conseguir que nos descubran.

—De acuerdo—mi hermano me dedica una mirada furiosa—perdón.

Decido callar y me mantengo pegado a él, aunque estoy cagado de miedo su presencia me transmite seguridad. De pronto pasa algo, hay movimiento entre los caníbales y me limpio el agua de la lluvia para ver mejor, el corazón me da un vuelco.

—¡Joder! —grito con la voz contenida—¿has visto eso?

—Sí—contesta mi hermano con la mandíbula apretada.

De forma instintiva me encojo como si pudiese hacerme pequeño y evitar con ello que esa panda de caníbales no me viese.

—Escúchame bien, Kilier, quiero que te quedes aquí y que no te muevas ni hagas ruido ¿entendido?

—Sí, ¿qué vas a hacer? No pensarás ir allí, ¿verdad? Si te acercas te matarán—digo agarrándole de un brazo.

—No si antes los mato yo a ellos.

Mi hermano aparta mi mano de su brazo, me hace un gesto con la cabeza para que me esconda y desaparece de forma tan sigilosa que cuando me quiero dar cuenta ya no está conmigo.

Capítulo XIV

Zatriel

Veo a Eiver volar de forma literal y caer al lado de otro árbol, cuando consigo reaccionar descubro a un puto caníbal a su lado, que como todos ellos, tiene la cabeza completamente afeitada y un enorme cordón alrededor de su cuello del que cuelgan decenas de orejas humanas. La mira como quien tiene ante sí un jugoso manjar, pero su rostro se congela cuando mi cuchillo le atraviesa la garganta. Corro hacia Eiver sin ver venir al segundo de ellos, que aparece de pronto entre los árboles y me golpea con un tipo de arma del que había oído hablar y que nunca había visto, hasta ahora.

Los caníbales no utilizan cuchillos, lanzas, arcos ni cualquier tipo de arma que se pueda ver por aquí, utilizan una especie de calcetines largos que rellenan con arena en la parte del fondo, después hacen un nudo para que no se salga y los utilizan como látigos.

Muchos me han hablado del intenso dolor que producen cuando te golpean con ellos, pero lo que yo me imaginaba queda muy lejos de lo que acabo de sentir cuando me ha golpeado de refilón en el costado derecho. La respiración se me ha cortado y he caído a plomo, de boca contra el suelo y sintiendo un escozor insoportable en la zona golpeada, no quiero imaginarme lo que hubiese pasado si me llega a dar de lleno, pero lo descubro un segundo después, cuando estando completamente aturdida debido al impacto, siento un segundo golpe en la parte de atrás de la pierna, casi rozándome el culo.

El grito que sale de mi garganta es desgarrador, no había sentido tanto dolor jamás. Intento arrastrarme hacia delante para escapar de su alcance y al alzar la cabeza descubro a Eiver con su cuchillo en la mano, lo lanza y escucho como se clava en el cuerpo del que me ha atacado, en otra situación sonreiría orgullosa, pero lo que hago es gritar para avisarla, porque un tercero se encuentra justo detrás de ella, volteando un calcetín sobre su cabeza mientras se prepara para golpearla.

—¡Eiver! —grito con todas mis fuerzas.

Eiver me mira a los ojos durante unas décimas de segundo, su gesto se descompone cuando entiende con mi mirada que corre grave peligro, entonces una flecha que no sé de dónde procede se clava en el pecho del caníbal. Siento alivio durante un instante, pero el muy cabrón parece no sentir nada, se mira el pecho, sonríe y vuelve a alzar el puto calcetín. Una segunda flecha le atraviesa el cuello lateralmente y cae a plomo sobre Eiver, que es incapaz de esquivarlo y cae quedando sepultada bajo ese asqueroso cuerpo.

Me intento arrastrar hacia ella para ayudarla, pero en cuanto intento moverme el dolor de mi pierna se intensifica de forma que además del escozor, siento como si la carne me estallase por dentro, la respiración se me corta de nuevo y cierro los puños con fuerza para ahogar los gritos de dolor, cuando de pronto, aparece un chico moreno y bastante desgredado, coge al caníbal que hay sobre Eiver por las ropas y lo lanza a un lado para quitárselo de encima.

Eiver se incorpora poco a poco hasta quedar sentada y veo como mira al chico con cara

de asombro, él le sonrío emocionado y la abraza con fuerza sin darle tiempo a decir nada, ella responde al abrazo, y en cuanto se sueltan él la coge por la barbilla y la besa en los labios con ansia.

Siento como mi corazón se encoge y un nudo se instala en mi pecho, no puedo seguir viéndolo ni quiero que Eiver sepa que lo he visto, así que dejo la cabeza caer contra el barro, sintiendo un nuevo tipo de dolor, uno que me desgarrar el alma y que me parece mucho más insoportable que el de mis heridas.

—Zaiguer...—la oigo decir emocionada.

—¿Estás bien? —le pregunta él.

—Sí—responde ella—¡Zatriel! —grita de pronto.

Percibo como se arrodilla a mi lado, apenas puedo abrir los ojos inundados de lágrimas, ella piensa que son por el dolor de las heridas o quizá por el agua de la lluvia, no pienso aclararle que me las ha provocado ella.

Eiver

—Zatriel, dime algo—digo nerviosa mientras observo su pantalón rasgado por detrás de la pierna.

Coloco la mano con cuidado y cuando la retiro veo con espanto que está manchada de sangre.

—Dios mío, tengo que curarla—digo quitándome la mochila.

—Aquí no, no es seguro—sentencia Zaiguer.

—¡No puede caminar! —le grito nerviosa—¿es que no lo ves?

Observo un segundo a Zatriel, tirada bocabajo en el suelo, con la cara llena de barro y el cuerpo tan dolorido que apenas puede abrir los ojos. Los míos se inundan de impotencia, si no hubiese intentado ayudarme, esto no habría pasado. El sonido de un cuerno hace que guardemos silencio mientras se repite dos veces más, la cacería ha terminado.

—Coge su arco, yo la llevaré—resuelve Zaiguer cogiéndola en brazos con agilidad.

Zatriel grita de dolor en cuanto Zaiguer la levanta.

—Aguanta—le susurro con angustia.

—Venga, hay que irse, Eiver, que la cacería haya acabado no significa que no nos devoren como a un trofeo si nos encuentran por el camino—dice echando a caminar mientras me cuelgo el guarda flechas de Zatriel a la espalda.

—¿A dónde vamos a ir? —pregunto angustiada a la vez que me voy limpiando el agua de la lluvia de los ojos.

¿Es que hoy no va a dejar de llover?

—Encontré otra cueva, llevo un par de días utilizándola como refugio, no está muy lejos, aunque la cacería me cogió lejos de ella y no me quise arriesgar a volver—dice casi sin aliento.

De pronto se detiene y aprovecho para acercarme a Zatriel, parece que ha encontrado la manera de aguantar el dolor sumida en sus propios pensamientos, tiene la mirada fija en las flechas que sobresalen por encima del hombro de Zaiguer, pero estoy segura de que ni siquiera las ve, ahora mismo Zatriel está en otra parte.

—Kilier—susurra Zaiguer de pronto.

—¿Kilier? —pregunto sorprendida.

Y antes de que me responda, alguien se descuelga de la rama de un árbol como si fuese

un mono y aparece de un salto delante de nosotros provocándome un susto de muerte.

—¡Joder! —digo con una mano en el pecho.

Cuando alza la mirada le reconozco, es Kilier, el hermano pequeño de Zaiguer.

—Hola, Eiver—dice sonriente.

—Hola...—respondo desconcertada.

—Vamos, no hay tiempo para esto—añade Zaiguer.

Y tiene razón, nos ponemos en marcha. Tengo muchas preguntas ahora mismo que me gustaría hacerle a Zaiguer, pero por encima de todo lo que más me preocupa es Zatriel, así que me centro en seguirles y por el camino voy recogiendo numerosas plantas que necesitaré para curarla.

Minutos después nos acercamos a una enorme pared de piedra, Kilier aparta unos arbustos y descubre una entrada.

—Kilier, aviva el fuego y después sal para hacer guardia—le ordena su hermano, mientras deja a Zatriel con cuidado junto a los restos de una hoguera que se encuentra al fondo de la cueva.

Miro extrañada la cueva en su conjunto sin entender cómo es posible que tengan la hoguera encendida dentro y no se estén ahogando con el humo. Entonces descubro un par de agujeros en el techo junto a una de las paredes, que a la vez que permiten que el humo salga, están dejando entrar un pequeño chorro de agua de lluvia que corre por un lado del suelo entre un pequeño surco que ha dibujado con el paso de los años.

—Si no fuese porque la zona es hostil, esta cueva sería un refugio excelente—comenta Zaiguer colocando un bulto de ropa debajo de la cabeza de Zatriel.

Kilier ha echado varias ramas secas que tenían protegidas dentro de la cueva sobre el fuego y lo ha avivado de forma que el calor se empieza a notar enseguida.

—Ayúdame a quitarle la ropa—le pido a Zaiguer.

Entre los dos desnudamos a Zatriel hasta dejarla en ropa interior, ella se ha dejado hacer, quejándose intensamente cuando no hemos podido evitar que su pantalón le rozase la herida. Intento mantener la mente fría para centrarme en lo que debo hacer, primero hago una inspección rápida por todo su cuerpo palpando la herida del costado con cuidado, ella se encoge y hace una mueca debido al dolor. El golpe es fuerte y tiene la piel algo arañada, pero no parece que haya nada roto, así que le pido a Zaiguer que me ayude a darle la vuelta y me centro en la herida de la pierna.

—Joder—susurra él.

Zatriel cierra los puños con fuerza y resopla cuando echo agua por encima para limpiar la sangre, le ha reventado la carne del muslo, tiene diversos cortes que se cruzan unos con otros y le falta una buena porción de piel. Me estremezco al pensar en el dolor que le voy a causar cuando haga lo que tengo que hacer para curarla. Cojo las hierbas que he recogido por el camino y las esparzo en el suelo, seleccionándolas por familias.

—Necesito que pongas a hervir estas—le pido a Zaiguer—el brebaje impedirá que su sangre se infecte.

—De acuerdo—dice él concentrado.

—En cuanto esté listo necesito que salgas y busques más como estas—digo mostrándole otras dos—crecen en las zonas más sombrías, siempre en los alrededores de los árboles, no tendrás problema en encontrarlas. Consigue todas las que puedas.

Zaiguer pone a hervir las hierbas y a la vez que espera a que el brebaje esté listo, se

ocupa de colgar toda la ropa de Zatriel al otro lado del fuego para que se vaya secando. Mientras, yo voy preparando el ungüento que debo aplicarle sobre la herida, es el mismo que utilicé para curarnos los pies, pero teniendo en cuenta la profundidad de su herida, el dolor que sentirá será terrible y no puedo permitirlo.

—Zatriel—le susurro tumbándome a su lado—eh, venga, mírame.

Al principio me ignora, pero tras insistirle varias veces al final me hace caso. Puedo ver el intenso dolor que está sintiendo en sus ojos cuando por fin me dedica una discreta mirada, me tiene preocupada su comportamiento, tengo la sensación de que se ha rendido y no quiere seguir luchando, espero que descansar la ayude y cuando despierte haya vuelto a ser la chica fuerte y decidida que hace que me tiemblen las piernas cada vez que me dedica una mirada o me sonrío.

—Tienes que masticar esto...

Me mira de nuevo, ahora veo ira en sus ojos y eso me desconcierta más todavía, pero me digo a mí misma que ese es un problema secundario, lo primero es que se recupere.

—Venga, Zatriel, esfuérzate, has de masticarlo, te ayudará con el dolor y además no está malo, tiene un sabor dulzón.

Abre los labios y le introduzco un par de hojas dentro de la boca con el dedo, no me aparto de ella hasta ver como las mastica y se las traga.

—Esto ya está, Eiver—comenta Zaiguer.

—Bien, añádele un poco de agua fría para templarlo y dámelo, por favor.

—Aquí tienes, voy a buscar lo que me has pedido.

—De acuerdo.

Él se va, y ahora empieza otro dilema, conseguir que Zatriel se incorpore para beber el brebaje.

—Ahora tienes que beberte esto.

Sorprendentemente, se apoya sobre los codos con una mueca de dolor y se bebe todo el contenido cuando se lo entrego, después se deja caer de nuevo, apoyando un lado de la cara sobre las ropas y cerrando los ojos.

—Haz lo que tengas que hacer sin miedo, no me moveré—asegura en voz muy baja sin abrir los ojos.

Aturdida, me arrodillo junto a su pierna y después de volver a limpiar la herida, le aplico una gran capa de ungüento asegurándome de cubrir bien toda la zona dañada. Con cada roce de mis dedos su cuerpo se tensa y se estremece de dolor, tiene los puños cerrados, los dedos de los pies encogidos y su cuerpo se mueve de forma espasmódica cada pocos segundos. Cuando por fin termino, creo que siento más alivio yo que ella. Saco la capa de mi mochila, la palpo bien para asegurarme de que no se ha mojado y se la echo por encima del cuerpo para taparla, después me inclino y beso su cabeza cerca de la oreja, Zatriel no reacciona.

—Descansa—le susurro. Aparto una de sus trenzas que cae sobre su cara y me incorporo dispuesta a salir. Por fin puedo ir a mear.

Capítulo XV

Zatriel

Una sensación de angustia me despierta en mitad de la noche, giro la cabeza y descubro a Eiver durmiendo a mi lado. Algo roza mi oreja desde el otro lado, percibo un aliento caliente y maloliente que me hace estremecerme y cuando me giro, varias orejas rozan mi cara mientras uno de ellos me mira relamiéndose. Intento avisar a Eiver, pero antes de que logre gritar me tapa la boca con una mano y con la otra me muestra un látigo de arena, abro la boca y consigo morderle dos de sus asquerosos dedos, él aparta la mano y observa con curiosidad la sangre que emana de ella, aprovecho para gritar y pedir ayuda.

—¡Eiver! —grito desesperada mientras me incorporo de golpe.

Al hacerlo siento un insoportable dolor en la pierna y me mareo, Eiver se incorpora asustada por mi grito y me sujeta por la cintura mientras mi cuerpo tiembla preso del dolor, su amigo, el come bocas, aparece frente a mí con cara de desconcierto y el chico más joven me observa desde un lado de la cueva con cara soñolienta. No entiendo nada.

—Has tenido una pesadilla, Zatriel—dice secando el sudor de mi frente.

Mi mareo aumenta y la vista se me nubla, Eiver me ayuda a tumbarme de nuevo y cierro los ojos, todo se vuelve oscuridad y silencio a mi alrededor.

Abro los ojos con pesadez, me siento débil como si llevase días durmiendo, cierro los puños y apenas tengo fuerza. Me centro en enfocar bien hasta que por fin veo de forma nítida el techo de la cueva, doy una gran bocanada de aire y lo expulso lentamente, después ladeo la cabeza y descubro al chico joven sentado a un metro de mí con la espalda apoyada en la pared, parece que fuera es de día y hay bastante luz en la cueva, lo que le permite observarme de forma descarada como si fuese la primera mujer que ve en toda su vida.

—¿Qué coño miras? —pregunto buscando a Eiver con la mirada.

No hay nadie más en la cueva, solo el mocosito y yo.

—Me han dicho que te vigile—dice algo desconcertado.

—¿Y tienes que traspasarme con la mirada para hacer eso? —pregunto de mal humor.

—Lo siento.

Apoyo los codos en el suelo y me incorporo lentamente, siento dolor, pero no mucho, así que erróneamente pienso que quizá he dormido dos días seguidos como la otra vez y los potingues de Eiver han hecho milagros en mi cuerpo, pero cuando apoyo las manos y me impulso hasta quedar sentada, siento un pinchazo de dolor atravesarme el muslo y dejo de respirar ante la cara de susto del chaval. Cierro los ojos y me muerdo los labios mientras mi pulso se acelera y mi respiración se agita debido a la ansiedad que me produce el dolor.

—No deberías moverte, Eiver me ha dicho que no te levantes hasta que ellos no vuelvan.

—Ellos...—murmuro para mí.

Cuando el dolor se calma abro los ojos y lo miro de nuevo, está claro que no es una amenaza, no es más que un crío asustado que no merece que descargue mi frustración

contra él, mi propio pensamiento me sorprende, días atrás esto no sería así, descargaría toda mi rabia contra el primero que se cruzase en mi camino, como hice con Darío en varias ocasiones, un nudo de angustia se instala en mi pecho al recordarlo.

—¿Cómo te llamas?

—Kilier—responde mientras me mira como si fuese un enigma imposible de descifrar.

—¿Dónde está Eiver?

—Ella y mi hermano han salido a cazar.

—¿Tu hermano?

—Zaiguer, el chico que os rescató...

—Ya—suspiro con tristeza—¿me acercas mi ropa por favor?

—No deberías levantarte—insiste.

—Y tú no deberías estar mirándome los pechos, salido de mierda, dámela—exijo de mal humor cuando descubro que sigo en ropa interior.

Está claro que sigo sin poder controlarme.

—Todo lo que tienes de guapa lo tienes de estúpida, ¿te lo han dicho alguna vez? —pregunta lanzándome la ropa con rabia.

—Alguna...

Me pongo el jersey y un chaleco de plumas negro y me destapo las piernas, después miro mis pantalones y suspiro al ser consciente de que no voy a poder ponérmelos yo sola, no con el dolor que siento cuando me muevo. Miro a Kilier, que me observa abrazado a sus rodillas con media sonrisa.

—Parece que me necesitas...—dice alzando una ceja con prepotencia.

—Yo no necesito a nadie—contesto rabiosa.

Sacudo el pantalón y doblo la pierna buena para introducirla por él, de nuevo me quedo paralizada por el dolor mientras me maldigo a mí misma por ser tan estúpida y orgullosa, Kilier no me ha hecho nada, su único pecado es ser hermano de la persona que me ha robado a Eiver. Una lágrima resbala por mi mejilla, no sé si es de rabia o de dolor, vuelvo a coger aire lentamente para calmarme, no quiero llorar.

Kilier se pone en pie y se coloca detrás de mí sin decir nada, cuela sus manos por debajo de mis brazos y me agarra con firmeza.

—¿Lista?

Asiento con impotencia y el chico tira de mí hacia arriba de forma muy lenta, pese a lo joven que parece, es tan alto como yo y está fuerte, lo que le permite soportar el peso de mi cuerpo con facilidad. Con su ayuda, y apoyando solo el pie bueno, consigo ponerme en pie.

—¿Te puedo soltar? —pregunta inseguro.

—Sí.

Entonces me rodea y se agacha frente a mí, yo coloco una mano en su hombro y conteniendo la respiración para soportar el dolor, levanto la pierna mala como puedo y él me pone el pantalón. Dejo que sea él también quien me lo suba mientras yo sigo agarrada a sus hombros, sin un punto de apoyo estoy segura de que me caeré. Cuando llega a mi cintura me agarra de un brazo para que yo me los abroche y después vuelve a agacharse y me pone las botas.

—Gracias—digo con sinceridad.

—Ahora deberías sentarte, Eiver ha dejado el brebaje preparado, debes tomártelo, casi se me olvida.

Me niego a sentarme, así que Kilier me ofrece el vaso y me lo bebo de un trago.

—¿Cuánto he dormido?

—Casi un día entero.

—¿Solo? —pregunto sorprendida.

Él se encoge de hombros.

—Oye, ya sé que me comporto como una gilipollas en muchas ocasiones, pero no lo hago a propósito—me disculpo.

—¿Eso quiere decir que seguirás haciéndolo en lugar de ser agradable como ahora? —pregunta con gesto travieso.

—Seguramente.

—De acuerdo—asiente como si no le importase.

—Bien, porque me estoy meando y necesito que me ayudes a salir de aquí.

—Podrías haberlo dicho antes de ponerte los pantalones—comenta de forma distraída mientras coge mi brazo y lo pasa por encima de sus hombros.

—Tienes razón—reconozco sonriendo.

Con la ayuda de Kilier, salgo de la cueva y doy una gran bocanada de aire puro mientras miro al cielo, está completamente despejado, aun así, el aire huele a la humedad que precede a las lluvias. Después de hacer mis necesidades con gran dolor, entramos dentro de nuevo y descubro que estoy agotada, me tumbo y el sueño vuelve a apoderarse de mí.

Eiver

Por fin me encuentro a solas con Zaiguer por primera vez desde que volvimos a vernos, tengo varias preguntas y noto que él también, y ahora que hemos cazado un par de conejos y recogido varios frutos secos, nos hemos permitido un descanso y estamos sentados sobre una roca comiendo moras.

—¿Cómo lograste escapar? —pregunto por fin.

—No llegaron a capturarme, perseguí aquel ruido durante varios metros hasta que uno de ellos me atacó, apareció de repente y me golpeó en la cabeza—dice levantándose un mechón de pelo y mostrándome una herida casi cicatrizada—pensó que con aquel golpe bastaba y se confió tanto que conseguí zafarme de él y eché a correr, estaba muy aturrido al principio, me dolía tanto la cabeza que ni siquiera sabía por dónde iba, no sabía dónde estabas tú, ni tampoco si aquel hombre estaba solo o había más, pero conforme corría me fui despejando y pude empezar a pensar, así que aceleré el ritmo hasta sacarle ventaja, me escondí entre unos matorrales y le asalté cuando pasó por delante, le degollé sin dudarlo—dice con rabia al recordarlo.

—Hiciste lo que tenías que hacer.

—Cuando volví a por ti no estabas, te busqué durante horas y seguí varios rastros, pero ninguno me llevó a ti. Cuando cayó la noche supe que ya no podía hacer nada, que ya te habrían llevado a la morada del cazador. Sabía que ir a buscarte era una locura, que no podría hacerlo solo, así que decidí volver a Lotia.

—¿Qué? —pregunto alzando las cejas.

—Bueno a Lotia no, se corrige, a la zanja, volví allí para pedirle ayuda a mi padre, pero cuando llegué me encontré con la sorpresa de que Kilier estaba con él, al parecer se escapó poco después de que nosotros nos marchásemos para venir con nosotros, pero los arqueros le vieron y consiguieron detenerle, ya sabes cómo se castiga a todo aquel que desobedece

una orden...

—El destierro—susurro en voz baja.

—Sí, le llevaron ante el adalid y le desterraron ese mismo día, mi padre lo mantuvo junto a él sabiendo que yo en algún momento volvería. No podía abandonar a mi hermano a su suerte Eiver, es solo un crío. Pero te abandoné a ti—dice sin poder mirarme.

—Es tu hermano, Zaiguer, hiciste lo que cualquiera hubiese hecho y fue una suerte, porque ir a buscarme a la morada del cazador es la peor idea que sin duda has tenido en tu vida.

—¿Cómo lograste escapar?

—Gracias a Darío y a Zatriel.

—¿Darío?

Le explico a Zaiguer toda la historia, los consejos de Zatriel antes de mi carrera, como el mal estado en el que ella se encontraba hizo que Darío me incluyese en su plan de fuga, una versión breve de como sobrevivimos los siguientes días y, por último, como mataron a Darío cerca de su campamento.

—Lo siento—dice secando unas lágrimas que no he podido evitar que caigan al pensar en Darío.

—Era un buen chico, estaba colado por Zatriel—me río al recordarlo.

—¿Era su novio?

—No, no—respondo nerviosa—digamos que Zatriel no estaba por la labor.

—Comprendo.

Un silencio incómodo se instala entre nosotros, Zaiguer me mira de soslayo de vez en cuando y yo solo quiero esconder la cabeza entre las piernas porque no tengo ni idea de cómo debo abordar esta situación.

—¿Por qué estabais tan cerca de Lotia? —pregunta para aliviar la tensión.

—Darío era de Troal y quería volver, su campamento está cerca de Lotia y yo necesitaba saber si seguías con vida, así que decidí acompañarle y Zatriel se apuntó a la aventura, la habían desterrado de Karvos y no tenía a donde ir, decidimos que cuando dejásemos a Darío y descubriéramos si estabas bien, iríamos al sur y atravesaríamos el bosque oscuro de Tenebris juntas. Pero todo se torció cuando mataron a Darío, nosotras conseguimos huir y después nos topamos con la cacería de los caníbales.

—Y ahora estás aquí—sonríe.

—Sí.

Zaiguer hace lo que llevo temiendo que haga desde que hemos salido, coloca una mano en mi rostro y se inclina hacia mí para besarme, llevo todo el día convenciéndome a mí misma de que no permitiré que esto suceda. También he pensado en mil formas de explicarle que no puedo darle lo que quiere, pero ahora que ha llegado el momento el miedo me ha paralizado, sus labios se han posado sobre los míos de forma lenta y suave, he cerrado los ojos y por un momento me he dejado llevar, pero solo un momento, por fin he reaccionado y me he separado de él colocando una mano en su pecho para detener su avance.

—No puedo, Zaiguer—susurro mirándole a los ojos.

No era esto lo que quería decirle, aunque tampoco puedo estar segura porque tengo la mente completamente en blanco, hay muchas cosas sobre las que he dudado durante toda mi vida, pero hay una que tengo muy clara, y es que, aunque a veces tengo ganas de matarla

y no soporto que se comporte como una insensible, es Zatriel la que se ha convertido en dueña de todos mis pensamientos.

Zaiguer me observa confuso, me siento fatal por él y estoy segura de que si Zatriel no hubiese aparecido en mi vida, lo mío con él hubiese ido a más. Pero las cosas son como son, el destino quiso que me capturasen y que nos conociésemos en uno de los lugares más horribles del mundo.

—¿Por qué? —pregunta muy serio.

No sé cómo explicárselo sin hacerle daño, así que lo suelto a bocajarro. Me basta una sola palabra para que él comprenda el motivo.

—Zatriel.

Zaiguer me dedica una mirada indescifrable mientras asiente muy serio, después se pone en pie y coge los dos conejos.

—Venga, volvamos, si no llevamos comida pronto; mi hermano se comerá a tu amiga— comenta de forma distraída.

No sé cómo tomarme su comentario, no sé si es un intento de dejarme claro que todo está bien entre nosotros o si simplemente no ha comprendido lo que implica lo que acabo de confesarle.

Caminamos durante todo el camino de vuelta en silencio, hasta que justo antes de llegar a la entrada se detiene y se gira hacia mí.

—¿Sigues pensando en atravesar Tenebris?

—Sí, cuando Zatriel se recupere nos iremos.

—¿Podemos ir con vosotras? Este no es un lugar seguro para Kilier, sé que ninguno lo es, pero quizá al otro lado haya algo mejor.

—¿Y tus hermanos?

—Mi padre se ocupará de ellos. Todos tendremos más posibilidades si vamos juntos, Eiver, no seré un problema entre tú y Zatriel, te doy mi palabra, solo quiero poner a salvo a mi hermano. Si encuentro un lugar seguro después incluso podría dejarle allí y volver a por el resto de mi familia.

—De acuerdo.

Sé que debería consultarle esta decisión a Zatriel, quizá no lo hago porque temo su respuesta, y porque, además, Zaiguer tiene razón, juntos tenemos más posibilidades, de no ser por él ahora mismo solo quedarían nuestros huesos, si es que no se los dan de comer a los cerdos.

Zaiguer se queda fuera despellejando los conejos, al verme entrar, Kilier se pone en pie y sale junto a su hermano. La respiración se me corta al ver la intensidad con la que me mira Zatriel desde su improvisado lecho, no he podido evitar recordar lo que estuvo a punto de ocurrir entre nosotras si el sonido de aquel maldito cuerno no nos hubiese interrumpido, me ruborizo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto arrodillándome a su lado.

—Bien.

—¿Te has tomado el brebaje?

—Sí—responde lacónica.

—Zatriel, ¿te pasa algo?

—No.

—¿Segura?

—Segurísima—dice sin mirarme.

Sus parcas contestaciones me ponen de mal humor, no sé qué demonios le pasa, esperaba encontrarme a la verdadera Zatriel, que me dijera que, aunque está dolorida se encuentra mejor, yo me hubiese acercado y la hubiese besado en los labios como llevo deseando hacer desde que llegamos a esta cueva, acaba de estropear el que probablemente sea el único momento que podamos tener a solas aquí dentro.

—Perfecto—contesto con ironía—date la vuelta, tengo que hacerte la cura.

Zatriel se destapa y con espanto descubro que está vestida.

—¿Qué has hecho? —pregunto enfadada.

—Creo que es evidente....

—Joder, Zatriel, esa herida cicatrizará mucho mejor si está destapada.

—Me estaba meando—se defiende.

Ruedo los ojos y me muerdo la lengua, ¿tan grave era salir un momento sin pantalones?

—De acuerdo, vamos a quitártelos.

—No, me los bajo un poco, me pones esa cosa y me los vuelvo a subir.

—Tú misma, no pienso discutir contigo, la pierna es tuya.

—Exacto, me duele a mí.

Tengo ganas de salir corriendo y dejarla aquí, soy consciente de su carácter duro y falto de tacto, pero hoy se está pasando. Le pongo el ungüento sin ningún tipo de miramiento y mi mal humor empeora cuando veo como pese a estar sintiendo un intenso dolor, prefiere morderse el puño antes que quejarse o pedirme que sea más delicada.

—Esto ya está, por cierto, Zaiguer y Kilier también cruzarán Tenebris con nosotras, por si te interesa saberlo.

Su cuerpo se tensa, pero no me dice nada y me pongo en pie. Cuando acabo de recoger las cosas, salgo y me siento junto a Kilier y Zaiguer.

—¿Todo bien? —pregunta Zaiguer al verme con el ceño fruncido.

—Perfectamente—suspiro.

—Ya veo.

—Tiene mala leche, ¿verdad? —añade Kilier con gesto divertido.

Lo miro y no puedo evitar sonreír ante su comentario, Zaiguer simplemente sigue cortando trozos de carne.

Han pasado tres días desde que llegamos a la cueva, Zatriel está mucho mejor, hay ciertos movimientos que todavía le provocan dolor, pero salvo eso, puede desenvolverse perfectamente. Su comportamiento conmigo sigue siendo distante, he intentado hablar con ella en varias ocasiones, pero me evita. Aun así, de vez en cuando la descubro mirándome. Con Zaiguer apenas ha cruzado unas palabras, parece que el único capaz de acercarse a ella sin que le atravesara con la mirada es Kilier.

—¿Cómo te ves para caminar? Deberíamos pensar en marcharnos, estar aquí es peligroso—comenta Zaiguer dirigiéndose a Zatriel.

—Estoy bien, podemos irnos ahora mismo si queréis.

—No estoy de acuerdo—intervengo—todavía no estás recuperada del todo.

—Puedo caminar, y eso es lo que necesitamos hacer—me corta tajante.

—Como quieras.

Zaiguer nos mira confuso y espera un tiempo prudente en silencio por si alguna de las

dos quiere añadir algo más, al ver que no es así, zanja el tema.

—Pues si estamos todos de acuerdo mañana nos marchamos en cuanto amanezca.

Capítulo XVI

Eiver

—Hora de parar—dice Zaiguer, haciendo un gesto con la cabeza para señalarme a Zatriel, que camina por delante de nosotros junto a Kilier.

Llevamos dos días caminando, el paso es lento, por mucho que ella quiera tantas horas en pie le pasan factura. Cuando cae la tarde su ritmo baja considerablemente hasta que comienza a cojear como ahora, aun así, no se detiene ni se queja, algo que me exaspera. Somos Zaiguer y yo quienes tenemos que decidir que ya no se camina más.

—Deberíamos buscar un lugar donde pasar la noche, necesitamos descansar—les digo a todos.

Zatriel se gira y nos mira sin decir nada, después clava su intensa e indescifrable mirada en mí un segundo, apenas perceptible para Zaiguer, pero que a mí me provoca una sensación de hormigueo que me acalora. Ruedo los ojos frustrada, no soporto su silencio.

—Oigo agua—comenta Kilier cuando nos acercamos a ellos—avancemos un poco, estoy seguro de que hay un río cerca, podría pescar, ¿cuánto hace que no coméis pescado? —pregunta dirigiéndose a todos.

—¿Sabes pescar? —le pregunta Zatriel alzando una ceja con sorpresa.

—Pues claro—contesta orgulloso—si me das un beso aquí te dejaré probar mi manjar—la provoca tocándose la mejilla.

Durante unas décimas de segundo temo que Zatriel le suelte una de sus burradas y que Zaiguer y ella tengan una pelea cuando él quiera defender a su hermano, pero lo que sucede en realidad, me deja con la boca abierta.

—Ya te gustaría a ti que te besara—dice divertida removiéndole el pelo—venga, vamos a buscar ese río.

Y ambos comienzan a caminar.

—Vaya...—comento aliviada.

Zaiguer sonrío y comienza a caminar tras ellos.

En efecto, Kilier tenía razón, hemos encontrado un río que no es muy amplio, pero sí que tiene el suficiente caudal como para que haya peces. Kilier y Zatriel han hecho punta en un par de ramas que han recogido del suelo y se encuentran un poco más arriba pescando.

—¿Te puedo preguntar algo?

Zaiguer aparece como un fantasma y se sienta a mi lado junto a la orilla del río, acaba de llegar de reconocer la zona y le ha parecido segura, así que hemos improvisado un refugio junto a unas rocas. Ahora estoy lavando algunas ropas.

—Claro. ¿Qué quieres saber?

—Bueno, es sobre ti y Zatriel, cuando me dijiste que ella era el motivo por el que no podías estar conmigo di por hecho que teníais algo, pero apenas os habláis, ¿te da miedo que te rechace si le dices lo que sientes por ella? —pregunta con curiosidad.

Ahora a ver cómo le explico que ese no es el caso, que entre nosotras ya ha pasado algo

y que lo que nos separa ahora es otra cosa que Zatriel no quiere contarme y que comienza a desesperarme. De pronto me paraliza, ¿y si para Zatriel lo que ocurrió no significó nada? Quizá este silencio sea su forma de decírmelo. Siento que mi corazón se detiene al pensarlo, pero no, ese carácter tan hostil que tiene en ocasiones me hace suspirar de alivio, porque si fuese así, estoy segura de que no se cortaría para decírmelo, tiene que ser otra cosa.

—No es eso Zaiguer, creo que está enfadada conmigo—digo pensativa.

—¿Crees?

—Sí, desde que llegamos a la cueva me evita, apenas me habla y las pocas veces que lo hace acabamos discutiendo—confieso mientras la observo hundir la lanza bajo el agua en un gesto increíblemente rápido.

—Quizá sea por nosotros, Eiver, puede que a ella no le haga gracia que os acompañemos, conmigo también es distante, en cambio, Kilier parece caerle bien—sonríe.

—Zatriel es una mujer complicada, le cuesta abrirse y a veces suelta cosas que hacen daño, pero cuando la conoces un poco es increíble.

—No lo dudo, deberías hablar con ella.

—Ya lo he intentado—digo con cansancio.

—Pues inténtalo mejor—dice mirando en su dirección.

Cuando alzo la vista veo que Kilier está viniendo hacia nosotros con una inmensa sonrisa y varios peces, Zatriel en cambio se ha quedado donde estaban.

—¿Por qué no viene? —le pregunto a Kilier.

—Me ha dicho que le apetecía estar sola un rato—dice encogiéndose de hombros.

Zaiguer me mira inquisitivo, y tras aspirar profundamente me pongo en pie y comienzo a caminar hacia ella con el corazón martilleándome el pecho.

—Buen trabajo, Kilier—le digo cuando paso por su lado mientras él sonríe orgulloso.

Los metros que me separan de Zatriel se me hacen eternos, está de espaldas a mí, con el culo apoyado en una roca sin llegar a sentarse, porque por muy cansada que esté, el dolor de su pierna al sentarse es mucho peor.

—Te he dicho que quería estar sola Kil...

Cuando se gira al escuchar unos pasos y descubre que soy yo, sus palabras se cortan y se pone tensa.

—Ya sé que quieres estar sola, pero será un momento—digo en son de paz.

—¿Qué quieres?

—Dos cosas: la primera es que me mires—digo colocándome delante de ella.

Zatriel me enfoca sin dudarle, y por primera vez en estos días me doy cuenta de que tras esa mirada fulminante también hay dolor.

—Te estoy mirando, así que ve al grano, ¿cuál es la segunda?

Su frialdad al hablarme me paraliza, no entiendo que le ocurre, pero hay algo que sí que tengo claro, no pienso irme de aquí sin saberlo.

—¿Lo que pasó el otro día significó algo para ti?

—¿Qué pasó? —pregunta mordaz.

—Ya lo sabes.

—Lo que pasó el otro día es una frase que puede abarcar muchas cosas, tendrás que ser más concreta.

—El beso—digo rendida—te recuerdo que nos besamos.

—Que te den, Eiver—contesta enfurecida mientras aparta la mirada.

—¿Qué me den? —pregunto nerviosa—contéstame, joder, ¿significó algo?

Zatriel se pone en pie, y mirándome con ojos vidriosos me hace a un lado para que le deje paso. Me aparto aturdida y ella comienza a caminar con paso decidido hacia los árboles. Su reacción me deja tan descolocada que durante unos segundos me quedo quieta en el sitio, viendo cómo se aleja cojeando.

Tengo el pulso disparado y una sensación de ansiedad muy incómoda por culpa de esta situación, si tengo que sentirme así de mal por lo menos quiero saber el motivo. Corro tras ella y le doy alcance cogiéndola de un brazo para que se detenga, pero se zafa con agilidad y sigue caminando. Frustrada y resoplando, corro hasta adelantarla y me paro frente a ella cortándole el paso.

—Déjame en paz, Eiver—dice intentando esquivarme.

—No—digo muy segura pese a estar a punto de llorar.

Zatriel coloca sus manos en mis hombros y me empuja hasta que mi espalda choca con un árbol y quedo atrapada con su cuerpo. Cuando me enfoca solo veo a un animal herido, sus labios tiemblan, y aunque parece que lo intenta, sus palabras se quedan atrapadas dentro de su boca una y otra vez, finalmente, deja de mirarme y apoya su frente contra la mía con resignación. Mis lágrimas caen al percibir su tristeza, coloco las manos en su cuello y cierro los ojos mientras nuestras frentes siguen unidas.

—Dímelo, por favor—le suplico en un susurro.

—Dijiste que Zaiguer y tú solo erais amigos—suelta a bocajarro.

—Y es cierto—contesto sin comprender.

Zatriel separa su frente de la mía, me mira directamente a los ojos con los suyos vidriosos y aparta mis manos de su cuello de un manotazo.

—¿Besas a todos tus amigos? —pregunta con rabia.

Su pregunta solo es un comentario, no espera una respuesta, simplemente lo ha dicho y se ha marchado. Intento pensar con rapidez, no entiendo nada, hasta que por fin llego a la conclusión de que el día que Zaiguer nos encontró, ella le vio besarme. Joder.

—Zatriel, espera—le pido corriendo tras ella. Otra vez.

Esta vez parece que no tiene ganas de pelear más, así que se detiene y se gira hacia mí.

—Siento mucho que vieras aquello—me disculpo—pero no era lo que crees.

—¿A no? Yo tuve la sensación de que te gustaba, no te vi apartarle en ningún momento—dice sin poder contener más sus lágrimas.

Esta vez soy yo la que la empuja hasta atraparla contra el tronco de un árbol, Zatriel se rinde y se deja llevar mientras recojo sus lágrimas con mis dedos y la miro sin comprender porque no me ha dicho esto antes, pero ahora eso ya da igual y me tengo que centrar en que comprenda lo que siento por ella.

—No me lo esperaba, Zatriel, estaba aturdida por lo que acababa de pasar y sorprendida de verle, me besó y me quedé paralizada—digo con sinceridad.

—¿Intentas que me crea que era la primera vez que eso ocurría? —pregunta desolada.

—No, pero tampoco quiero que creas algo que no es, Zaiguer y yo nos besamos en un par de ocasiones antes de que me raptaran los moradores, pero nunca fuimos más allá de un beso, cuando te dije que éramos amigos era cierto, yo le considero eso.

—¿Y él? —pregunta intentando crearme.

—Él pensó que quizá podía haber algo más entre nosotros, pero se lo aclaré el primer día que salimos juntos a cazar, te lo prometo, Zatriel—digo nerviosa—aprecio mucho a

Zaiguer, pero a ti te quiero, ¿puedes entender eso?

Me mira meditabunda y eso me duele, es cierto que lo que pasó entre nosotras no está hablado, sucedió sin más y luego toda la situación se descontroló, pero creo que ella y yo no necesitamos eso, no hace falta hablarlo porque cuando nuestros labios se juntaron por primera vez entendí que así era como tenía que ser, nuestras bocas encajaron de forma milimétrica y nuestra ansia por tomar el cuerpo de la otra fue prueba suficiente de lo que ambas sentimos, aun así, acabo de confesarle que la quiero y parece dudar.

—Estás siendo injusta—digo dolida—yo también podría dudar de ti, ¿sabes? No hace tanto que te expulsaron de Karvos por acostarte con la mujer del adalid de forma repetida. Quizá dudes de mí porque tú todavía sientes algo por ella y crees que a mí me pasa lo mismo.

De pronto alza la vista sorprendida por mis palabras, por primera vez en días su expresión hostil ha desaparecido dejando lugar a otra de completo desconcierto.

—Era sexo, Eiver—aclara aturdida.

—Pues debía de follar muy bien para que no te importase jugarte el cuello por un polvo.

—Vale, Eiver, no sigas, lo he pillado, ¿de acuerdo? —dice en son de paz.

—De acuerdo—contesto, y suspiro lentamente.

Zatriel se acerca y me mira directamente a los ojos. Pasa el reverso de su mano por mi mejilla y susurra un lo siento que leo en sus carnosos labios antes de que me bese. Mi cuerpo se estremece bajo el tacto de sus manos, y todo lo que el otro día era deseo y ansia, ahora es cariño y delicadeza. Respondo a su beso con calma y todo desaparece a mi alrededor, incluso el enfado.

Un carraspeo incómodo nos sorprende y las dos nos giramos asustadas.

—Siento interrumpir, pero está oscureciendo y no deberíais estar aquí solas—dice Zaiguer mirando al suelo.

Trago saliva y miro a Zatriel, ella me devuelve una preciosa sonrisa y asiente. Nos unimos a Zaiguer y volvemos junto a él, cuando llegamos a nuestro improvisado refugio, Kilier nos espera con varias raciones de pescado recién hechas.

—Umm, que bien huele—dice Zatriel, sentándose a su lado.

Kilier le ofrece un trozo, y cuando ella va a cogerlo él lo retira con un gesto divertido y se señala la mejilla. Para sorpresa de todos, y más del propio Kilier, Zatriel se acerca y le da un sonoro beso en la mejilla que lo hace enrojecer hasta la raíz del pelo. Todos reímos mientras él sonrío como un bobo. Zatriel se mete un trozo en la boca y lo mastica con gusto observando a Kilier.

—Oh, joder, que bueno.

Creo que es la cena que más estoy disfrutando de todas, no solo porque está buenísimo, sino porque además esa tensión horrible que había entre Zatriel y yo ha desaparecido por fin.

—¿Os habéis fijado en que en las últimas horas no hemos dejado de descender? —pregunta Zaiguer pensativo.

—¿Te preocupa? —pregunta Zatriel sin comprender.

—No, es solo que me sorprende.

—A mí me sorprende más que llevemos casi una semana sin tener problemas—añade ella de forma distraída.

—Es cierto—segundo—desde los caníbales no hemos vuelto a encontrarnos con nadie

más.

—En la cueva era difícil, estaba escondida y tuvimos mucho cuidado las veces que salimos a cazar, y por aquí, no sé—se encoge Zaiguer de hombros—quizá sea cierto que todo el mundo teme tanto el bosque oscuro que ni siquiera se acercan.

—Ojalá sea así—murmuro—me encantaría que por una vez dejaran de perseguirnos.

—Y a mí, pero esto es malo, nos estamos relajando demasiado y eso podría salirnos caro—dice Zatriel mirándonos muy seria.

—Tienes razón—vuelve a decir Zaiguer—no sé cuánto falta hasta Tenebris, pero debemos estar alerta en todo momento y no separarnos, y eso va por vosotras—nos advierte—me parece muy bien que necesitaseis intimidad para resolver vuestras cosas, pero hasta que no estemos en un lugar seguro no volváis a alejaros, y mucho menos hasta el punto de perderos de vista.

—De acuerdo—asiento.

Zatriel no dice nada, pero sé que está de acuerdo.

—También va por ti, Kilier—le señala.

Para cuando terminamos de cenar, la noche ya lo ha envuelto todo y decidimos que es el momento de descansar. Kilier es el encargado de hacer la primera guardia, que consiste simplemente en mantenerse despierto sin separarse del grupo, estar atento a cualquier ruido sospechoso y alertar al resto en caso de que sea necesario. Me duermo rodeada por los brazos de Zatriel.

Capítulo XVII

Zatriel

Llevamos más de una semana caminando sin apenas descanso, mi pierna todavía se resiente en algunas ocasiones, sobre todo cuando nos movemos por terrenos abruptos. Seguimos sin ver a nadie, aun así, no bajamos la guardia y hemos establecido unas posiciones.

Cuando Darío estaba con nosotras él siempre iba en cabeza, Eiver en medio y yo detrás cubriendo la retaguardia, ahora es Zaiguer el que encabeza el grupo, Kilier va en el medio con Eiver y yo sigo detrás.

Los primeros días no soportaba ver a Zaiguer, para mí era una amenaza clara, alguien con la capacidad de arrebatarme a la persona que más he deseado nunca y eso me mantuvo en un estado de frustración constante, pero desde que Eiver me aclaró la situación, me he permitido ser más flexible con él, sobre todo desde la conversación que tuvimos ayer, cuando paramos a descansar y se sentó a mi lado mientras mi novia y su hermano recogían bayas y algunas hierbas por los alrededores.

—Sé que no te caigo muy bien—dijo de pronto.

—¿Qué?

—Le dije a Eiver que no me interpondría entre vosotras y lo mantengo, Zatriel, no pienso intentar nada con ella, si estoy aquí es porque busco un lugar mejor para mi hermano.

—Yo no he dicho nada—me encogí de hombros.

—No hace falta, veo como me fulminas con la mirada cuando me acerco a ella. Eiver me gusta, no te lo negaré, pero no de la forma en la que te gusta a ti, lo mío no es tan intenso como lo que veo en vosotras, de hecho, me dais envidia, algún día me gustaría conocer a una mujer que despierte en mí algo como lo que parecéis sentir.

—¿Cómo sabes que es tan intenso? —pregunté por curiosidad.

—Porque se percibe—sonrió aturdido—dejáis esa esencia en el aire, no sé cómo explicarlo, además, cuando le pregunté a Eiver el motivo por el cual no podía estar conmigo, definió el amor con una sola palabra, y esa palabra fue tu nombre. Ella pensó que me fui porque me sentía herido, pero lo hice porque aquello me erizó la piel.

El grupo se detiene, me he distraído pensando en mis cosas y el pulso se me ha acelerado al pensar que quizá pueda haber peligro cerca. Me acerco a ellos y comprendo enseguida lo que pasa. Llevo días preguntándome como distinguiríamos el bosque oscuro de Tenebris del resto del bosque, pero mi duda se acaba de disipar, estamos ante el límite con total seguridad.

Ante nosotros se extiende un espeso y oscuro bosque, las copas de los árboles no dejan pasar la claridad y es imposible ver nada con nitidez más allá de cinco metros.

—Tengo la piel de gallina—dice Kilier nervioso y claramente asustado.

—Normal, eres un crío—bromeo para intentar que se relaje.

—No soy un crío, joder, ya tengo quince años—dice empujándome, los brazos de Eiver

me rodean para que no trastabille.

Sonrí y me centro de nuevo en lo que tenemos delante, lo cierto es que yo también estoy nerviosa, no sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí dentro, ni siquiera si conseguiremos salir con vida.

—¿Estáis seguros de que queréis entrar ahí? —pregunto mirándolos a todos.

Eiver no contesta, simplemente se mantiene a mi lado y me coge de la mano. Zaiguer asiente con seguridad y Kilier mira a su hermano con cierta incertidumbre.

—No nos pasará nada—lo tranquiliza.

—Deberemos caminar muy juntos, con esa oscuridad, si nos separamos será muy fácil que nos perdamos. También es muy importante que no pierdas esa brújula, Eiver—le digo sin soltar su mano.

—¿Por qué? —pregunta Kilier sin comprender.

—Porque el bosque es tan denso que es imposible tomar ningún punto de referencia, ni siquiera veremos las estrellas, sin la brújula, daremos tumbos y será casi imposible salir de ahí—le aclara su hermano.

—Viendo esto, las historias que nos contaban sobre que nadie salía con vida de aquí tienen bastante sentido—añade Eiver.

—Dejemos de darle vueltas a todo, lo que nos ha traído hasta aquí ha sido la intención de descubrir que hay al otro lado de Tenebris, así que hagámoslo—sugiere Zaiguer dando por finalizada una conversación que solo nos pone más nerviosos.

Y así lo hacemos, de nuevo él encabeza el grupo y todos nos adentramos en el bosque. Los primeros minutos resultan inquietantes hasta niveles alarmantes, el tema de la luz no mejora en ningún momento, es como estar en el fondo de una cueva donde solo entra un hilo de luz que apenas ilumina la entrada. Los ruidos son escalofriantes, las hojas y las ramas se mueven constantemente, emitiendo unos sonidos suaves, pero a la vez téticos, es difícil explicar lo que se siente estando aquí dentro, es como si la muerte estuviese escondida detrás de cada árbol.

Ninguno de los cuatro se atreve a hablar durante las primeras horas, todo aquí es nuevo para nosotros, incluso los olores. Por la cantidad de tiempo que llevamos caminando y por el cansancio acumulado, calculamos que ya debe estar anocheciendo. Decidimos que es el momento de buscar refugio, lo cual no será un problema porque las raíces de estos árboles se elevan de una forma tan exagerada, que incluso cabemos de pie bajo algunas de ellas.

Elegimos el que creemos que mejor nos protege del aire, y mientras los dos hermanos lo preparan y encienden el fuego, Eiver y yo aprovechamos para ir a vaciar la vejiga tras uno de los árboles que hay al lado. En cuando estamos a solas la agarro de la cintura y la pego a mi cuerpo. Eiver sonrío y me besa con ansia, no veo el momento de arrancarle la ropa y hacerle el amor, pero con los dos hermanos pegados a nosotras por ahora es algo que tiene que esperar y que sin duda me consume por dentro.

—Eh, eh, frena, Eiver—le pido sonriente cuando sus manos comienzan a recorrer mi cuerpo con desesperación—si haces eso no respondo, y me da igual que los dos machitos estén ahí al lado.

Eiver apoya la frente sobre la mía con frustración y suspira.

—Esto es una tortura—se queja.

—Tendremos nuestro momento, te lo prometo—susurro dándole otro tierno beso en los labios.

Parece que nos hemos entretenido algo más de la cuenta, porque cuando volvemos encontramos a los chicos en pie, preparados para salir a buscarnos.

—Joder—dice Zaiguer aliviado—¿os importa no desaparecer?

—Perdona—se disculpa Eiver en nombre de las dos.

—Eh, mirad—nos pide Kilier con cara de alucinado.

Cuando alzamos la vista descubrimos miles de pequeñas luces fosforitas en las hojas de los árboles, poco a poco se comienzan a multiplicar y a aparecer también por los troncos, por el suelo. En cuestión de segundos el bosque está iluminado por tonos azulados, verdosos y blancos. Todos miramos embobados, hipnotizados e impresionados.

—Es precioso—susurra Eiver—¿sabéis lo que es?

Todos negamos, tampoco necesitamos saberlo, nos vale con que siga encendido el máximo de tiempo, porque por primera vez desde que hemos entrado en Tenebris, sentimos tranquilidad. Cuando terminamos de cenar, de nuevo es Kilier el que hace la primera guardia, pero estamos tan impactados por lo que seguimos viendo que ninguno queremos cerrar los ojos. Eiver se coloca entre mis brazos y yo me dedico a seguir las trazas de su trenza con los dedos mientras miro las copas de los árboles.

—¿Qué crees que encontraremos si conseguimos salir de aquí? Al otro lado, me refiero—pregunta en un susurro.

—Pues la verdad es que no lo sé, no me lo he planteado, ¿qué crees tú que encontraremos?

—Imagino que más bosque, aunque a mí me gustaría encontrar el mar.

—Bueno—le susurro—si no está al otro lado siempre podemos seguir hasta encontrarlo, puede que sea un buen lugar para vivir, quién sabe.

Eiver sonrío, me da un discreto beso en los labios y se acomoda cerrando los ojos.

—Seguimos descendiendo—murmura Zaiguer adormilado.

Eiver

Caminar entre esta penumbra nos tiene a todos en un estado taciturno demasiado prolongado, ya llevamos varios días caminando, y si no fuera porque el bosque se ilumina por las noches, creo que ya habríamos perdido la noción del tiempo. Zaiguer y Zatriel están preparando la comida mientras Kilier y yo recogemos agua procedente de las hojas de los árboles.

Ayer fue un día de mucha tensión para todos, hacía mucho aire, se oían ruidos muy extraños y teníamos la sensación constante de que alguien nos vigilaba, al final localizamos un lugar para descansar que nos permitía defendernos con facilidad y decidimos tomarnos el resto del día libre. Hoy el aire ha cesado, pero la sensación de vigilancia persiste, no sé cuántos días más aguantaremos con esta incertidumbre.

—Vamos, Kilier, ya tenemos suficiente.

Nos sentamos con los demás y todos estamos más centrados en nuestro entorno que en la comida que estamos masticando. Otro ruido extraño que no sabemos con exactitud de donde procede nos alerta, Zatriel y Zaiguer se ponen en pie de un salto y cargan sus arcos, comienzan a moverse lentamente hacia un lado y hacia otro a la espera de cualquier ataque, ambos completamente concentrados. Kilier y yo aguardamos nerviosos, casi sin respirar.

—¿Ves algo? —pregunta Zaiguer.

—No, y me estoy hartando de este bosque de mierda—responde enfadada.

—Deberíamos movernos, recoged vuestras cosas, seguiremos avanzando.

Obedecemos a Zaiguer y en menos de dos minutos estamos de nuevo en marcha, la diferencia es que ellos siguen con los arcos cargados en todo momento, avanzamos con más lentitud, pero ahora mismo lo que importa es la seguridad. Miro la brújula cada pocos metros, asegurándome de que seguimos la dirección correcta, hacia el sur, con la teoría de que si seguimos siempre una única dirección, en algún momento saldremos de este bosque.

—Parad—ordena Zatriel a nuestras espaldas.

Todos nos giramos lentamente en busca del motivo de esa orden, pero solo la descubrimos apuntando a un lugar inconcreto.

—He oído algo.

—¿Por dónde? —pregunta Zaiguer.

—Joder, no lo sé, creo que por aquí—responde nerviosa.

Noto algo agarrarse con fuerza a mi mano, es Kilier, casi tan asustado como yo. Por instinto me llevo la mano a la pierna para coger mi cuchillo, pero de nuevo la encuentro vacía, olvidé recuperarlo el día que nos atacaron los caníbales. Todos seguimos mirando, atentos a cualquier sonido o movimiento y de pronto la sangre se me congela cuando descubro unos enormes ojos ambarinos muy cerca de Zatriel.

—Zatriel, a tu derecha—la advierte Zaiguer rápidamente.

En ese momento un enorme lobo sale de entre los arbustos y se lanza sobre ella, Zatriel dispara su flecha y lo alcanza en el pecho, el animal emite un fuerte gruñido de dolor y cae, pero pronto se levanta y es Zaiguer el que le atraviesa la cabeza mientras Zatriel vuelve a cargar su arco. Un aullido estremecedor se oye a lo lejos y ninguno necesitamos más para entender que nos van a atacar.

—¡Corred! —grita Zaiguer.

Realmente ni siquiera estamos seguros del lugar exacto del que procedía el aullido, pero todos hemos tomado la dirección contraria a los arbustos tras los que el lobo ha salido. Corremos lo más rápido que podemos teniendo en cuenta que apenas vemos unos metros más allá de nuestras narices, todo es muy confuso, no dejo de mirar hacia atrás una y otra vez para asegurarme de que Zatriel me sigue.

Las posiciones están algo cambiadas, soy yo la que sigue a Zaiguer en lugar de su hermano, que corre detrás de mí seguido de Zatriel.

—¡Deja de girarte y céntrate en no caerte! —me pide Zatriel.

No puedo evitar hacerlo, temo que en cualquier momento nos den alcance por detrás, ella sería la primera en ser atacada.

—¡Ya vienen! —grita Zatriel unos minutos después.

Cuando me giro de nuevo, descubro varios pares de ojos ambarinos moviéndose entre la oscuridad, calculo que en pocos metros nos darán alcance si seguimos a este ritmo, pero tampoco podemos correr más, no solo porque no se ve, sino porque comenzamos a estar realmente agotados.

—¡Por aquí! —ordena Zaiguer.

Torcemos a la izquierda y enseguida me doy cuenta del motivo del cambio de sentido, comienza a haber luz entre los árboles, cuanto más nos acercamos a ella más se expande, los árboles comienzan a estar más espaciados y un rayo de esperanza se cierne sobre nosotros, quizá logremos salir de aquí.

Aceleramos el ritmo en un último esfuerzo, si llegamos a un lugar con más luz puede que

logremos encontrar algún sitio donde escondernos de los lobos hasta encontrar una solución. El terreno comienza a descender considerablemente, lo que hace que no solo sea más fácil ganar velocidad, sino que también sea más difícil frenar.

Tras pasar entre dos árboles, de repente nos encontramos fuera del bosque, la luz nos ciega completamente, tantos días caminando entre la penumbra hacen que nos cueste acostumbrarnos al cambio. Distingo la figura de Zaiguer de forma borrosa delante de mí, sigue corriendo y yo tras él, hasta que de pronto se detiene en seco y a duras penas mantiene el equilibrio para no caerse por lo que parece un barranco. Su suerte termina en el momento que yo entro en escena, porque no consigo detenerme a tiempo, mi cuerpo choca con el de él y ambos nos caemos.

Comenzamos a rodar sin control alguno por una rampa muy empinada llena de barro y piedras, hasta que de pronto se acaba y nos encontramos en plena caída libre. Quiero gritar el nombre de Zatriel por última vez, pero antes de lograrlo mi cuerpo se hunde bajo el agua fría como la nieve.

Tras varias vueltas bajo el agua consigo sacar la cabeza, lo miro todo a mi alrededor asustada mientras doy grandes bocanadas de aire, el río es amplio y caudaloso, la fuerte corriente me arrastra sin remedio y me parece imposible poder llegar hasta la orilla. Hago lo que puedo por mantenerme a flote mientras busco a mis compañeros con desesperación, hasta que a unos metros por delante de mí, veo a Zaiguer.

Grito su nombre con fuerza, pero con el ruido intenso del agua embravecida no me oye, de pronto desaparece ante mi mirada de pánico, segundos después yo también lo hago al caer por una cascada.

De nuevo me encuentro sumergida entre una explosión de agua y espuma, por suerte la caída no ha sido muy alta y de nuevo logro salir a la superficie, nado con esfuerzo para salir de la zona espumosa y descubro que en esta parte el río es mucho más ancho, forma una especie de laguna alrededor de la cascada y conforme me alejo, el agua está más calmada.

—¡Eiver, aquí! —grita Zaiguer.

Sigo su voz y le encuentro muy cerca de la orilla, agarrado a un tronco caído.

—¡Nada hacia mí!

Haciendo uso de las pocas fuerzas que me quedan, le hago caso mientras la angustia me consume, no he visto a Zatriel por ningún sitio, ni tampoco a Kilier. Por fin llego hasta él, me tiende una mano y me arrastra hasta el tronco, donde me agarro y apoyo la cabeza para recuperar el aliento. Estoy exhausta.

Minutos después salimos del agua, apenas hay árboles a nuestro alrededor, solo una extensa manta de hierba verde que se expande en todas direcciones.

—¿Los has visto caer? —pregunta nervioso.

—No.

—¡Joder! —grita.

—Lo siento Zaiguer, si hubiese podido parar...

—No es culpa tuya. Nos quedaremos aquí, si han caído al agua la corriente los arrastrará, igual que a nosotros. Los esperaremos.

—¿Y si no han caído? —pregunto con los ojos bañados en lágrimas.

—Rezaremos para que hayan logrado escapar y encuentren el río. Si mañana no han aparecido caminaremos río arriba para ir a buscarlos.

—¿Mañana? —pregunto confusa.

—Estamos agotados y empapados, Eiver, soy el primero que quiere ir a por mi hermano, pero así no llegaremos muy lejos, además tengo un problema.

—¿Cuál?

Zaiguer se sube el pantalón y me muestra su tobillo izquierdo, está inflamado y amoratado.

—He tocado fondo en la primera caída y me lo he torcido—comenta con el ceño fruncido.

—Si no han caído no llegarán aquí—suspiro abatida.

—Sí que lo harán, mi hermano tiene una habilidad especial para localizar los ríos, si pasan cerca lo escucharé, y Zatriel sabe de sobra que el río es una zona segura, estoy convencido de que si lo encuentran seguirán su curso.

—Está bien—concedo intentando creerle.

Siento un enorme nudo en el pecho, pero Zaiguer tiene razón, ahora mismo no podemos hacer nada más que esperar.

Capítulo XVIII

Zatriel

—Estamos rodeados—dice Kilier en un sollozo.

Miro rápidamente en todas direcciones y valoro nuestras opciones, son prácticamente nulas, a nuestras espaldas la empinada rampa por la que han caído Eiver y Zaiguer, frente a nosotros, una manada de lobos a punto de saltarnos encima.

—Desciende despacio, Kilier—le pido en voz baja.

—Nos caeremos—comenta nervioso.

—La muerte será más rápida, créeme, no quieres acabar entre sus garras.

Poco a poco ambos caminamos hacia atrás descendiendo por la rampa, los lobos avanzan hacia nosotros con el mismo paso, sigo sin comprender porque no nos han atacado ya, ¿quizá sea por el miedo a caerse?

—Es un río—dice Kilier esperanzado.

—¿Crees que podemos saltar? —pregunto sin apartar la vista de los lobos.

—Sí, no hay mucha altura, creo que sobreviviremos.

—Bien, salta—le ordeno mientras me cuelgo el arco alrededor del pecho para asegurarme de no perderlo en el salto.

—¿Qué? Ni hablar, lo hacemos juntos—dice cogiendo mi mano en un movimiento rápido.

La acción de Kilier provoca que dos de los lobos salten sobre nosotros haciéndonos caer. En cuanto me hundo en el agua braceo lo más rápido que puedo para salir a la superficie y toso varias veces para expulsar el agua que no he podido evitar tragarme mientras la corriente me arrastra.

—¡Zatriel! —grita Kilier de forma desesperada.

Solo tengo tiempo de verle durante unos segundos antes de caerme de nuevo, pero son suficientes para darme cuenta de que él no caerá conmigo, parece que ha caído más cerca de la orilla que yo y se ha quedado atrapado entre las ramas de un árbol caído. Caigo y vuelvo a hundirme bajo una cascada de agua espumosa mientras me pregunto porque Kilier no se ha subido al tronco para salir del río.

Vuelvo a sacar la cabeza, apenas puedo respirar y mantenerme a flote porque estoy agotada, pero entonces escucho una voz que hace que una inyección de adrenalina me recorra el cuerpo, es Eiver. Está en la orilla junto a Zaiguer pidiéndome que nade hacia ella, no estoy segura de poder conseguirlo pese a que aquí la corriente es más floja, me siento débil y mareada, me limpio el agua de los ojos y al mirarme la mano descubro restos de sangre, vuelvo a tocarme la cara, más sangre. Eso explica mi mareo, he debido golpearme en la cabeza con algo, pero ni siquiera me he enterado.

Cuando quiero darme cuenta Eiver aparece a mi lado y me pasa un brazo alrededor del pecho.

—Yo te llevo—susurra.

Y me dejo arrastrar por ella con un cansancio insoportable. Zaiguer se arrodilla junto a la orilla y me ayuda a salir del agua cuando llegamos.

—¿Dónde está Kilier? —pregunta nervioso.

—Arriba, en el río.

—¿Vivo? —titubea.

—Sí—digo tapándome la ceja con la mano.

—Déjame ver.

Eiver me aparta la mano y examina la herida, después saca un trozo de tela de su mochila, que sorprendentemente sigue con ella tras la caída y me limpia la sangre.

—Tienes un corte en la ceja y un buen chichón, pero creo que no es grave—comenta mientras hace presión para detener la hemorragia.

—Perfecto, porque hay que subir a por Kilier.

Veo como Zaiguer se pone en pie y trastabilla.

—¿Qué haces? —le regaña Eiver—no puedes caminar así.

—¿Así como? —pregunto confusa.

—Se ha torcido el tobillo.

—Me da igual, pienso ir a por mi hermano, aunque tenga que arrastrarme con la manos —asegura impaciente.

—Utiliza esas manos para fabricar flechas—le pido, a la vez que me pongo en pie y disimulo el mareo que de nuevo he sentido—he perdido todas las mías y veo que tú también. Yo iré a por Kilier, vosotros quedaos aquí.

—Y una mierda, yo también voy.

—Con esa cojera me harás ir más lenta y dudo mucho que tu hermano aguante mucho más donde le he visto por última vez, si quieres hacer algo útil quédate aquí.

Zaiguer me mira enfurecido, pero finalmente asiente.

—Voy contigo—se ofrece Eiver.

—No, quédate con él, me moveré más rápido si voy sola.

Salgo corriendo sin esperar una respuesta de Eiver, rodeo la laguna y me coloco al lado de la cascada buscando el camino más rápido para subir. Veo varias rocas y sin pensarlo me pongo a trepar por ellas, tengo el pulso laténdome en la frente y me duele la cabeza como si me hubiesen golpeado con un tronco. Me detengo un segundo y tomo aire, no me puedo permitir marearme aquí porque como me caiga me mato con total seguridad.

Las rocas se acaban cuando apenas me faltan unos metros para llegar arriba, hay una pendiente de tierra bastante empinada a la que puedo acceder de un salto y varios arbustos a los que agarrarme para no caerme hacia atrás. Salto, pero no logro mantener el equilibrio y me caigo de bruces, mi cuerpo comienza a resbalar por la tierra y en el último momento consigo agarrarme a una raíz rezando para que aguante mi peso. Suspiro aliviada.

Miro hacia arriba con cansancio, me faltan un par de metros y lo habré logrado. Sin soltar el arbusto me impulso y me agarro a otro, y así hasta que por fin consigo subir. Me pongo en pie, de nuevo el mareo me hace necesitar unos segundos, después corro por la orilla hasta que veo el árbol caído. No veo a mi joven amigo y un escalofrío me recorre la espalda.

—¡Kilier! —grito a pleno pulmón. Pero no obtengo respuesta.

Me subo al enorme tronco y avanzo a cuatro patas sobre él, la sensación me impresiona, el río pasa enfurecido por debajo de las múltiples ramas que se hunden en el agua y da la

sensación de que en cualquier momento la fuerza del río se llevará todo el árbol con ella. Sigo avanzando, limpiándome los ojos con la mano cada pocos segundos porque el agua me salpica y me molesta, sigo sangrando, y de pronto le veo.

Está agarrado a una de las ramas, con la cabeza descansando sobre ella, completamente agotado. Desde aquí entiendo porque no ha salido él solo, hay demasiada separación entre la rama y el tronco del árbol.

—¡Kilier! —le llamo emocionada.

Me parece increíble lo feliz que estoy al ver que el mocoso sigue con vida.

—¡Kilier! —le llamo de nuevo.

Por fin reacciona y levanta la cabeza hacia arriba lentamente.

—Zatriel—sonríe con esfuerzo.

Al ver su cara el corazón me da un salto, está pálido, si no le saco rápido del agua dudo que aguante mucho.

—Dame la mano, Kilier.

Él me observa desde abajo y niega con la cabeza.

—No llego, Zatriel, tengo mucho frío y los brazos entumecidos, no puedo moverme.

—Sí que puedes, Kilier, vamos cariño—le ruego—puedes hacerlo, tu hermano está ahí abajo esperando.

—¿Zaiguer está vivo? —pregunta con un hilo de voz.

—Sí, venga, Kilier, no me hagas esto—le pido nerviosa.

Pero apenas reacciona. Intento pensar lo más rápido que puedo, desde aquí no puedo alcanzarle si él no extiende el brazo, y aunque pudiera, no conseguiría subirlo yo sola si él no colabora, solo se me ocurre una opción, que no estoy segura de que sea la idea más inteligente que he tenido, suerte que Eiver no está aquí para verlo. Apoyándome en otras ramas, me deslizo y me meto en el agua junto a él, le cojo un brazo, me lo paso por encima y le doy un bofetón en la cara para hacerlo reaccionar. Kilier abre los ojos confuso.

—Cógete a mí—le ordeno.

Me mira aturdido, creo que ni siquiera es consciente del todo de lo que ocurre, pero finalmente me hace caso, se suelta y se abraza a mi cuerpo.

—No me sueltes, ¿me oyes?

—Ni loco—murmura—no sabes el tiempo que llevo queriendo hacer esto...

Perfecto, parece que el contacto con un cuerpo femenino le ha activado las hormonas al muy salido, espero que también le active el cerebro. Utilizo ambas manos para avanzar rama a rama, tener el cuerpo sumergido me dificulta el avance, sobre todo teniendo en cuenta la fuerza de la corriente y que además arrastro a Kilier conmigo. El agotamiento que siento me hace pensar en soltarme en varias ocasiones, sería lo más fácil, caeríamos los dos por la cascada y Eiver nos sacaría del agua, pero no estoy segura de que Kilier sobreviva a las volteretas que todos hemos dado bajo la cascada antes de conseguir salir a la superficie, ni yo tampoco.

Tras varios esfuerzos titánicos, mis pies comienzan a tocar el suelo y suspiro de alivio. Llego hasta la orilla con Kilier, ambos salimos a pasos lentos y pesados y nos dejamos caer en el suelo. Él parece volver a la vida de forma milagrosa al verse fuera y a salvo, al contrario que yo, que he consumido la poca energía que me quedaba.

Después de varios minutos de descanso, es Kilier el que sin decirme una palabra me coge por debajo de los brazos y me pone en pie, me apoyo en su cuerpo y me froto la frente con

los dedos para intentar centrarme.

—Dime donde están, puedo llevarte en brazos, Zatriel, me encuentro mucho mejor—dice convencido.

—Están abajo, junto a la orilla—digo señalando la cascada—yo he subido por ese lado, pero tendremos que buscar otro sitio para bajar, es demasiado peligroso.

—De acuerdo, daremos un rodeo por allí.

Tras eso, Kilier me pasa un brazo por detrás de la espalda y hace un intento de cogerme.

—¿Qué coño haces? —pregunto a la vez que me aparto.

—Llévate, estás hecha caldo, Zatriel, y yo me encuentro bien, será muy fácil bajar por allí—señala hacia la zona donde hay varios árboles—si te fijas hace pendiente hacia abajo, estoy seguro de que por ahí llegaremos sin dificultad.

—Puedo caminar, tú solo quédate cerca por si me caigo, ¿de acuerdo?

—Eres una cabezota—me regaña resignado mientras nos ponemos en marcha.

Tiene razón, rodeando la zona por la que yo he subido podemos bajar caminando, solo hay algunas zonas donde es necesario destrepar, Kilier me tiende la mano para ayudarme y la acepto, me siento demasiado débil como para hacerlo sola.

—Gracias por venir a buscarme—dice de pronto, tras sujetarme por la cintura después de bajar un salto de tierra.

Lo miro a los ojos y descubro en ellos la profunda sinceridad de sus palabras, le iba a soltar alguna de mis idioteces, pero su mirada me ha desbordado y lo único que he podido hacer ha sido acariciar su mejilla con afecto.

—Sabía yo que en el fondo me querías—se burla sonriente.

—Si se lo dices a alguien te mataré mientras duermes.

Eso le borra la sonrisa de golpe y seguimos caminando, minutos después llegamos a la explanada, Kilier corre hacia Zaiguer, Eiver corre hacia mí y cuando llega me abraza con fuerza.

—Mmm, me gusta que hagas eso—susurro cerrando los ojos.

—Estás hecha una mierda, eh—susurra también, después de besar mi cuello.

—Un poco.

—Ya, solo tienes que aguantar un poco más, he descubierto un refugio impresionante por allí delante.

—¿Has descubierto? —pregunto incorporándome y mirándola inquisitiva.

—No iba a quedarme aquí de brazos cruzados, Zatriel, tú en misión de rescate, Kilier desaparecido, Zaiguer cojo... Necesitaba hacer algo útil y he tenido cuidado, así que no te enfades.

Lo cierto es que en este momento no tengo fuerzas ni para discutir, y si ha descubierto un refugio solo puedo agradecerérselo, necesito tumbarme para descansar con urgencia o acabaré desfalleciendo. Eiver me coge de la mano y juntas caminamos hasta alcanzar a los hermanos, que ya se han puesto en marcha, Zaiguer ha pasado el brazo por encima del hombro de Kilier para ayudarse a caminar.

Por suerte, el lugar al que se refería Eiver no está muy lejos. Descendemos un poco más por la explanada, después atravesamos una zona donde hay varios árboles y entre ellos descubrimos una cabaña de madera muy antigua, tanto, que está claro que pertenece al mundo anterior al desastre y que por algún motivo sorprendente no se desplomó durante los seísmos. Tiene una puerta tallada de forma milimétrica que encaja a la perfección en el

marco, una pequeña ventana en la que algún día hubo un cristal y que ahora permanece tapiada con una madera, lo cual llama mi atención y hago que todos se detengan.

—¿Has comprobado si había alguien? —le pregunto a Eiver.

—Sí, está vacía, quiero decir, que no había nadie dentro cuando he abierto la puerta.

—Es un refugio libre—deduce Kilier con asombro.

—¿Un qué? —pregunta su hermano.

—Un refugio libre, se construían en lugares estratégicos para que los montañeros que fueran alcanzados por un temporal y no pudiesen bajar a tiempo tuvieran un lugar donde refugiarse. Seguro que por aquí pasaba alguna ruta de montaña conocida.

—¿Cómo sabes todo eso? —pregunto sorprendida por las cosas que cuenta el mocoso.

—En mi poblado hay varios libros, a veces los traen los mercaderes, mi padre le intercambié uno por unas lonchas de cerdo a uno de ellos, era un libro de senderismo.

—Puedes creerle—confirma Zaiguer—lo ha leído mil veces.

—Perfecto, pero eso no resuelve nuestro problema, dices que no había nadie dentro, Eiver, pero ¿te has fijado en si había signos de que estuviese ocupado?

—No—responde aturdida—la verdad es que no.

—No importa, quédate aquí con Zaiguer, Kilier y yo iremos a echar un vistazo.

—No, iré yo con Kilier, tú descansa.

—¡No os mováis! —grita una voz de mujer a nuestras espaldas.

Perfecto.

Capítulo XIX

Zatriel

—Levantad las manos y daos la vuelta lentamente—ordena con autoridad.

Suspiro agotada, ¿qué más puede pasarnos hoy? Despacio para no alterarla, nos giramos y descubrimos a una chica con el pelo tan rubio que con el reflejo del sol parece blanco. Tiene los dos lados de la cabeza totalmente rapados y el pelo recogido en una larga cola de caballo.

Observo a su alrededor y llego a la conclusión de que está sola, lo cual nos daría ventaja si no fuese porque nos está apuntando con una ballesta.

—Tirad los arcos—dice mirándonos a Zaiguer y a mí de forma alternativa.

—No tenemos flechas—digo rodando los ojos.

Me mira enfurecida y se acerca a mí con paso decidido hasta que apenas nos separa un metro de distancia, entonces me apunta a la cabeza.

—Yo sí que tengo, vuelve a hablar y te meteré una en la boca, ya verás como entonces te callas—sentencia.

La ira me consume y me muerdo la lengua para no decirle lo estúpido que sería para ella hacer eso, yo moriría, pero ella no tendría tiempo de volver a cargar la ballesta sin que Zaiguer se le echase encima.

—Oye no queremos problemas, solo buscábamos un lugar para pasar la noche, estamos agotados y hambrientos—interviene Eiver de forma conciliadora, haciendo que la rubia la mire con interés.

¿Por qué ella puede hablar y yo no?

—¿De dónde venís?

—De las montañas del norte—contesta Zaiguer.

Ella le mira con sorpresa y arruga la frente, en su cara se dibuja un gesto extraño que no sé descifrar.

—¿Habéis cruzado el bosque oscuro de Tenebris? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí.

Esta vez es Kilier quien responde y yo la que alucina porque también conozca el bosque oscuro.

—¿Cómo habéis cruzado? —pregunta sorprendida.

¿En serio?

—¿Cómo? —pregunto irónica—volando, ¿eres tonta o qué? —pregunto mordaz, cansada de esta mierda.

Se gira hacia mí tal y como esperaba, lo malo es que con el revés de la mano me cruza la cara con tanta fuerza que pierdo el equilibrio y caigo hacia delante de rodillas.

—¡Te he dicho que te calles, joder! —grita nerviosa.

Me pongo una mano en la mejilla para paliar el dolor y la miro sin poder evitar que una risa nerviosa se me escape, eso la enciende más, da otro paso hacia mí y en el momento que

se prepara para golpearme de nuevo me impulso hacia delante, quedando mi cuerpo por debajo del alcance de su ballesta y empujándola con fuerza hasta hacerla caer de espalda, la ballesta se dispara y la flecha pasa muy cerca de la pierna de Zaiguer, que se lanza sobre ella, le asesta un puñetazo en la mejilla que la deja aturdida y le quita el arma para entregársela a su hermano.

Ruedo hacia un lado y me quedo tumbada hacia arriba unos segundos con la sensación de que en cualquier momento me explotará la cara. Eiver se arrodilla a mi lado y me mira enfurecida, sé que no le gusta lo que he hecho, que su mente racional lo considera arriesgado, pero era la única manera de revertir la situación.

—Ahora el arma la tenemos nosotros—me defiende antes de que ladre.

—Podría haberte matado.

—Todos moriremos algún día, Eiver...

—Te odio cuando te pones así—dice enfadada. Se levanta y se va junto a Zaiguer, que apunta a la chica con el arma.

Kilier se planta ante mí con media sonrisa y me tiende una mano, la acepto y me levanta de un fuerte tirón, de nuevo me mareo y me sujeto a mi extraño amiguito.

—¿Estás bien? —me pregunta divertido por mi hazaña.

—Ajá.

—¿Cómo te llamas? —interroga Zaiguer a nuestra prisionera.

—Raizel—responde con el ceño fruncido.

—¿Estás sola?

—Sí.

—¿De dónde vienes? —le pregunta Eiver, a la vez que un trueno ensordecedor emite un fuerte estruendo.

Kilier y yo miramos confusos hacia el cielo. ¿En qué momento se ha nublado de esta manera?

—De Kran.

Los cuatro nos miramos sorprendidos, Kran es otro de los asentamientos de las montañas del norte.

—¿Has cruzado Tenebris tú sola? —le pregunta Eiver sorprendida.

Otro trueno retumba y las primeras gotas comienzan a caer.

—No entré sola, pero fui la única que salió con vida.

Lo cierto es que la creo, después de lo que hemos visto allí dentro no es difícil pensar que la gente muera, solo necesitan encontrarse con los lobos, o caer por un barranco y después por una cascada...

—Escuchad, no pretendía haceros daño—dice mirándome a mí—pero tenía que asegurarme de que no sois una amenaza.

—¿Y cómo sabemos que no lo eres tú? —le pregunta Kilier.

—Podría haberos matado si hubiese querido, te podría haber matado a ti cuando has venido sola la primera vez—dice señalando a Eiver, que palidece ante su comentario—pero no lo he hecho. Podéis seguir apuntándome si queréis, pero os recomiendo que vayamos adentro, aquí las tormentas son frecuentes por la tarde y también muy fuertes, en nada comenzará a llover con dureza.

Todos nos miramos de nuevo, el cielo se ha teñido de un tono tan oscuro como tétrico que solo se ve alterado por los destellos de unos rayos que nos ciegan sin piedad, el viento

comienza a soplar con fuerza y la temperatura está cayendo en picado.

—De acuerdo, aunque por ahora yo me quedaré con esto—dice Zaiguer dejando de apuntarla con la ballesta.

Ella asiente y los cuatro la seguimos hasta el interior de la cabaña.

—Podéis dejar vuestras cosas ahí, encenderé el fuego y podréis secar también vuestras ropas.

Los cuatro estamos embobados mirando el interior de este refugio con asombro, hay un lugar donde hacer fuego, lo que parece una cocina un tanto extraña, mantas, utensilios de aluminio, y un par de colchones en los que Kilier acaba de sentarse.

—Guau—dice alucinado.

Dedicamos los siguientes minutos a organizarnos, Eiver ha elaborado uno de sus ungüentos con las pocas hierbas que le quedan y se lo está aplicando a Zaiguer en el pie, mientras tanto, él se dedica fabricar flechas con algunas de las ramas que nuestra peculiar compañera tiene acumuladas aquí dentro para el fuego. Yo simplemente me he tumbado en los colchones, no tengo fuerza para nada y la cabeza está a punto de explotarme. Kilier y Raizel están asando carne de no sé qué animal para la cena.

Noto que el colchón se hunde a mi lado y veo a Eiver, mirándome con una ternura que me hace estremecerme y desear que me acune entre sus brazos.

—¿Cómo te encuentras? —dice limpiando mi cara con un trapo húmedo.

—He estado mejor otras veces—contesto haciendo una mueca.

—Ha sido un día duro...

—¿Sigues enfadada conmigo?

—No—suspira resignada—es solo que me cuesta acostumbrarme a que te dé igual morir.

—No me da igual, Eiver, de hecho, ahora mismo no me va bien morir, me apetece demasiado estar contigo...

Todos ríen ante mi comentario, ella pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Pues demuéstramelo—ordena, después me besa tiernamente en los labios y me hace sentir como si flotase en una nube.

Me quedo en un estado taciturno durante varios minutos, hipnotizada por el sonido de la intensa tormenta, hasta que alguien anuncia que la cena ya está lista y mis tripas rugen recordándome que no hemos comido nada desde esta mañana. Me levanto con cansancio y me siento entre Eiver y Raizel, esta última me ofrece un trozo de carne en son de paz.

—Siento haberte golpeado.

—Tranquila, últimamente me pasa a menudo—digo mordiendo un trozo—. Umm, joder, está buena... ¿Qué es?

—Carne de cabra.

—¿De cabra? ¿Aquí hay cabras? —pregunta Zaiguer sorprendido.

—Sí, bueno, aquí no, pero más abajo sí, he visto cabras, vacas y ciervos por ahora. Creo que es el clima, aquí hace menos frío y supongo que sobreviven mejor—comenta distraída. Lo cierto es que llevamos días notando que cuanto más descendemos, menos frío hace.

—¿Cuánto llevas en este lado del bosque?

—Una semana, pensaba quedarme un par de días más y después seguir descendiendo.

—¿No has visto a nadie más por la zona? —sigue interrogándola Zaiguer.

—No, aunque tampoco me he movido mucho, cuando logré salir de Tenebris estaba tan agotada que me pasé cuatro días sin salir de este refugio, todavía me quedaban algunas

provisiones y me dediqué a descansar y recuperar fuerzas. Lo poco que he explorado ha sido hacia el este, pero no parece haber nada, salvo prados y animales que se acercan a comer hierba de vez en cuando.

—¿Por qué te fuiste de Kran? —quiere saber Eiver.

Raizel nos mira con cierta duda, se ha puesto tensa con la pregunta y parece pensar si debe contestar o simplemente inventarse alguna excusa, no se lo permito.

—La verdad, Raizel—le exijo mirándola duramente.

—De acuerdo, salí en una misión de exploración, eso es lo que era en mi poblado, exploradora.

—¿Y qué tenías que explorar exactamente?

—Este lado, nuestra misión era atravesar Tenebris para descubrir si esta zona era habitable y segura.

—¿Por qué?

—Porque nuestro adalid estaba convencido de que varios poblados estaban formando una alianza secreta, que preparaban a un ejército para conquistar todo el territorio y gobernarnos a todos.

—¿Qué poblados eran esos? —pregunta Zaiguer.

—No lo sé, tal vez ni siquiera sea cierto, últimamente estaba paranoico. El caso es que me envió junto a un grupo, éramos siete al principio, dos de ellos murieron a manos de un grupo de moradores que encontramos por el camino, y el resto en Tenebris devorados por una manada de lobos—dice angustiada.

—Lo siento—susurra Eiver.

—No sé si este lugar es mejor o peor que el norte, pero no pienso volver—sentencia segura—éramos el cuarto grupo que enviaba a la misma misión en dos meses, todos hemos escuchado las mismas historias, nadie vuelve de Tenebris, y aun así nos enviaba a una muerte segura.

—Eso me suena—murmura Zaiguer—en Lotia pasaba algo parecido.

—Quizá sea cierto lo de que se está formando una alianza secreta—comenta Eiver.

—¿Y qué sentido tiene que envíen a la gente a morir? —pregunto yo—dices que en Lotia os consideraban prescindibles, pero si lo que se avecina es una guerra lo último que querrán es perder gente joven, Zaiguer es experto con el arco y tú en hacer curas milagrosas con las plantas, puede que haya muchos como vosotros, pero gente así es muy útil en una guerra.

—Olvidas que yo soy experto con la lanza—añade Kilier claramente ofendido.

—Perdona—digo guiñándole un ojo y haciendo que le suban los colores.

Todos reímos y después nos quedamos en silencio meditando mis últimas palabras.

—Tal vez lo que pasa en Lotia no tenga nada que ver con lo que pasa en Kran—comenta Eiver meditabunda.

—Es imposible saber lo que ocurre, la cuestión es que ahora estamos aquí, vinimos buscando algo mejor y de momento tenemos un buen refugio en el que pasar la noche, descansemos un par de días, recuperemos fuerzas y después decidimos hacia dónde ir—propone Zaiguer—puedes venir con nosotros si quieres—le dice a Raizel.

—¿Me devolverás mi ballesta?

—Solo si prometes no apuntarnos más con ella—contesta sonriente.

—Hecho—sonríe ella también.

Eiver y yo nos miramos y sonreímos ante la química que parece haber entre estos dos.

Colocamos los colchones de forma transversal para poder tumbarnos los cinco, los pies nos salen por debajo, pero sin duda es mucho más cómodo que dormir en el suelo. Eiver hace la primera guardia.

Eiver

Llevamos tres días en el refugio, el tobillo de Zaiguer ha necesitado más tiempo del que pensábamos hasta que ha bajado la inflamación. Hoy será el primer día que saldrá de aquí, estamos acumulando provisiones para tres días de viaje. Ayer fui con Zatriel y Kilier hacia el bosque, estuvimos recogiendo varias hierbas medicinales, también encontramos algunos frutos que no supe reconocer y que dejamos por si acaso. Hoy toca explorar más territorio, tenemos pensado ir río abajo, con suerte encontraremos una zona poco profunda y Kilier podrá pescar algo.

En apenas una hora llegamos a un lugar perfecto, el río es más estrecho y mucho menos caudaloso, además hay varios saltos de agua que a Kilier le parecen perfectos para pescar. También hay más árboles y más vegetación en esta zona, incluso encontramos un pequeño hueco entre unas rocas, donde da el sol de lleno y nos sentimos protegidos de todo lo que hay alrededor, Zatriel me dedica una mirada llena de deseo y me estremezco, sé lo que pasa por su cabeza ahora mismo, lo que haríamos si estuviésemos a solas. Un escalofrío agradable me recorre la espalda al pensarlo.

—Podríamos pasar aquí el día—comenta Zaiguer—podemos encender un pequeño fuego, comer lo que mi hermano pesque y disfrutar de un día tranquilo, ¿qué os parece un poco de descanso? Nos lo hemos ganado.

Zatriel y yo nos miramos sorprendidas por su ocurrencia, precisamente él que siempre está en guardia y que nos echa bronca en cuanto ve que nos relajamos un poco.

—A mí me parece perfecto—contesta Zatriel encogiéndose de hombros—pero deberíamos echar un vistazo por la zona antes de acomodarnos, asegurarnos de que no hay peligro.

—Nosotros lo haremos, vosotras quedaos aquí—se ofrece Raizel.

—Acabaremos mucho antes si vamos los cuatro, nos podemos dividir en dos grupos y...

Raizel me coge de un brazo y me empuja hasta que acabo junto a Zatriel.

—Os estoy ofreciendo un poco de intimidad—susurra en voz baja—aprovechadla, yo me ocuparé de que nadie os moleste durante un buen rato.

El corazón me late enfurecido mientras observo a Raizel alejarse junto a Zaiguer, ambos se dirigen al lugar donde se encuentra Kilier. Me giro lentamente, miro a Zatriel que todavía mantiene las cejas alzadas por el asombro que le han producido las palabras de la rubia.

—Vaya—dice sonriente—empieza a caerme bien la tal Raizel...

Sonríó y clavo la mirada en el suelo, Zatriel se acerca a mí, coloca sus brazos en mi cintura y me da un casto beso en el cuello.

—¿Nerviosa? —susurra.

—Un poco...

—No tenemos que hacer nada, Eiver, habrá otros momentos y...

—Cállate, Zatriel, no quiero esperar a otro momento—digo en un arranque, mientras comienzo a quitarle la ropa con desesperación—llevo pensando en esto día y noche desde que te conozco.

Zatriel alza una ceja y sonrío, se pega a mí, camina a pequeños pasos mientras me besa y

me quita la ropa, hasta que lentamente nos dejamos caer sobre la hierba completamente desnudas. La sensación es increíble, el cosquilleo de la hierba hormigueando mi piel por debajo y el fuego de las caricias de Zatriel abrasando mi cuerpo por encima. Suspiro completamente entregada, recorro su espalda con las uñas y me agarro con fuerza a sus hombros cuando su mano se mete entre mis piernas con destreza.

—Parece que por aquí abajo algo se alegra de verme—sonríe al notar mi humedad.

—Zatriel...

Dejo de hablar cuando noto como sus dedos se insinúan en mi entrada. Con su pierna separa más mis piernas y me abro para ella, Zatriel entra dentro de mí con decisión y mis ojos se abren mucho a la vez que mi respiración se corta al sentirla dentro. Mi boca se abre como si quisiera decir algo, pero ahogo un suspiro entrecortado y Zatriel se detiene.

—¿Te duele? —pregunta preocupada.

—No, no, es que es..., sigue por favor—suplico agitada.

Sus dedos se mueven dentro de mí despacio, Zatriel busca con exquisito cuidado los movimientos que más me alteran, pese a que estoy muy nerviosa por ser mi primera vez con una mujer, disfruto plenamente de sus caricias y sus besos. Tras unos pocos movimientos más, algo explota en mi interior con una intensidad que me mareo de tanto placer, ahogo mis últimos suspiros en su cuello y me dejo caer sobre la hierba para recuperar el aliento.

Zatriel se mantiene sentada sobre mí a horcajadas, recorriendo mi cuerpo con mirada traviesa mientras yo dibujo la línea de sus pechos con un dedo, sus pezones se erizan y endurecen bajo mis dedos y me incorporo para atraparlos con los labios. Cuelo una mano entre sus piernas y la toco con la misma cantidad de torpeza que de miedo por hacerle daño.

—Entra sin miedo—susurra ansiosa mirándome a los ojos.

Y lo hago, busco su entrada y dejo que mis dedos se deslicen hacia su interior, nunca pensé que me sentiría tan bien haciendo esto ni que me gustaría tanto sentirme parte de ella. Zatriel comienza a mover su pelvis lentamente sobre mis dedos mientras mis ojos la observan extasiados por la sensualidad del momento y el torrente de sentimientos que ha conseguido despertar en mí en tan poco tiempo. Cada vez se mueve más rápido y jadea con más fuerza, hasta que unas últimas investidas más duras y fuertes, la sumergen en un orgasmo que le arranca la mejor de las sonrisas que le he visto hasta ahora.

Nos concedemos varios minutos durante los cuales nos mantenemos abrazadas en silencio, hasta que Raizel silba para anunciarnos que ya vuelven y nos separamos para vestirnos con rapidez.

Capítulo XX

Eiver

Hace dos días que abandonamos el refugio y no dejamos de descender, y cuanto más lo hacemos, más agradable es la temperatura, hasta nos hemos atrevido a bañarnos en un lago que hemos encontrado por el camino. Ayer abandonamos el curso del río al descubrir que tomaba el rumbo contrario al que queríamos seguir.

—¡Eh, venid aquí, corred! —nos llama Kilier, detenido junto al borde de un barranco.

Los cuatro caminamos hacia él con cara de circunstancias, hasta que llegamos y todos enmudecemos. Detenidos en esa especie de mirador, divisamos a lo lejos lo que parece un poblado en ruinas, desde aquí no se aprecia muy bien, pero todo parece un amasijo inmenso de edificios derruidos. Es el primer rastro importante que encontramos del mundo de antes.

—Si rodeamos el barranco podremos bajar y llegar allí antes de que anochezca— comenta Zaiguer convencido.

—¿Queréis bajar ahí? —pregunta Raizel extrañada.

—Claro, ¿tú no? —responde Zatriel como si fuese evidente.

—Está en ruinas, no parece que nadie viva allí abajo.

—Mejor, así exploraremos tranquilos—añade Kilier contento.

La decisión está tomada, rodeamos el barranco por la izquierda y descendemos por un camino bastante abrupto que nos obliga a esquivar rocas, raíces y montículos de tierra hasta llegar abajo. Media hora después y siempre entre los árboles, llegamos al perímetro del poblado.

Zatriel y Zaiguer están preparados con sus arcos, Raizel con la ballesta y Kilier y yo con unas lanzas que él mismo ha fabricado. Esperamos varios minutos en silencio mientras lo observamos todo con inquietud, a la espera de cualquier ruido o señal que nos indique que por aquí hay alguien. Pero el silencio es sepulcral. Zaiguer y Zatriel intercambian una mirada y asienten, comenzamos a adentrarnos en lo que en su día debieron ser calles asfaltadas y perfectamente transitables, ahora son enormes socavones que se hunden en la tierra o trozos inmensos de asfalto que se elevan varios metros y se apoyan unos sobre otros a la vez que la maleza crece entre ellos.

—No os separéis—susurra Zatriel.

Empezamos a encontrar vehículos, la mayoría volcados o aplastados entre las ruinas y los miramos con curiosidad extrema, nos han hablado de ellos, pero hasta ahora solo los habíamos visto en imágenes de algún libro infantil. Algunos están incluso atravesados por ramas de los arbustos que han ido creciendo al desaparecer el asfalto, la imagen de todo el conjunto es dantesca y nos hace tener una idea del horror que se tuvo que vivir aquí el día del desastre.

—Juguetes—dice Raizel sorprendida, con la cabeza medio metida dentro de uno de los pocos vehículos en los que se puede ver parte del interior.

Cuando me asomo descubro lo que parecen ser restos de juguetes en la parte trasera del vehículo, que es donde solían ir los niños, la piel se me eriza.

—Sigamos—ordena Zatriel.

Continuamos moviéndonos entre cascotes durante varios minutos, trepamos por encima de ellos, subimos y bajamos constantemente levantando pequeñas nubes de polvo. Descubrimos varios edificios que todavía conservan parte de su estructura, están vacíos, solo quedan restos de objetos por algunos sitios, lo demás debió de ser saqueado hace mucho tiempo.

—¡Aquí! —grita de nuevo nuestro joven rastreador.

Nos giramos hacia Kilier y lo encontramos tendido en el suelo sobre una montaña de cascotes, tiene la cabeza metida en un agujero que el mismo se ha abierto apartando ruinas con las manos.

—Hay un montón de cosas y creo que están bien conservadas—dice eufórico.

Nos turnamos para mirar por el conducto y cuando me toca me doy cuenta de que tuvo que ser una especie de tienda, hay decenas de estanterías, la mayoría de ellas volcadas, pero están llenas de productos que gracias a que quedaron completamente sepultados bajo el manto de escombros siguen intactos.

Cuando me quiero dar cuenta mis cuatro amigos están apartando cascotes en uno de los lados, hasta que al fin abren un agujero lo suficientemente grande como para que podamos entrar.

—Tened mucho cuidado, si cometemos un error todo esto se nos podría venir encima y pasaremos a la historia sepultados por idiotas—asegura Zatriel.

Entramos intentando que no se mueva ni una sola piedra, el lugar es enorme, por el hueco que hemos abierto entra bastante luz, pero no es suficiente para iluminarlo todo y ver por donde pisamos en todo momento, así que Raizel enciende un par de antorchas y nos dividimos en dos grupos, ella y Zaiguer por un lado, y nosotros tres por el otro.

Hay de todo. Cojo un envase de una de las estanterías y al limpiarle el polvo descubro que es comida enlatada, la fecha data de pocos años después del desastre, lo que para nosotros son demasiados y deducimos que el contenido estará en mal estado.

Zatriel tropieza con algo, la cojo del brazo asustada y Kilier se agacha para ver que hay en el suelo, lo que al principio nos parecen ladrillos, resultan ser libros cuando les quitamos el polvo.

—¿Me puedo llevar alguno? —pregunta mirando a Zatriel.

—Sí, pero escoge bien, no podemos cargar con mucho peso.

Encendemos otra antorcha y se la dejamos a Kilier, Zatriel y yo continuamos adelante hasta que Zaiguer nos llama. Caminamos con cuidado hasta el pasillo en el que se encuentran, es la zona que parece menos afectada, las estanterías siguen en pie, aunque la mayoría de los productos estén en el suelo, pero cuando vemos lo que es, a Zatriel se le dibuja una enorme sonrisa en los labios.

—Armas—susurra impresionada.

Debía de ser una sección para cazadores o para gente de montaña, hay de todo lo que podemos necesitar, cuchillos, arcos, ballestas y muchas cosas que no tengo claro para lo que sirven, pero lo más importante es que también hay ropa.

—¿Qué es esto? —pregunta Zaiguer con un pequeño y acolchado bulto.

—Son tiendas de campaña—responde su hermano, que acaba de aparecer a nuestras

espaldas—los excursionistas las usaban para acampar, son pequeños refugios que puedes montar y desmontar, y lo mejor es que son impermeables.

Durante varios minutos, Kilier nos va mostrando y explicando lo que son la mayoría de las cosas que hay por aquí. Es como estar en el paraíso, todo lo que hay puede hacer que nuestra supervivencia en la montaña sea mucho más fácil y agradable de lo que ha sido hasta ahora. Bajo las órdenes de Kilier todos nos hemos hecho con unas enormes mochilas de montaña que estamos llenando con sacos de dormir, tiendas de campaña de peso reducido, mantas térmicas, cantimploras, navajas multiuso, brújulas y cualquier cosa que nos ha parecido necesaria.

Después nos armamos, yo cojo varios cuchillos y una ballesta con la esperanza de que se me dé mejor que el arco. Kilier nos mete un par de libros a cada uno en la mochila, lo cierto es que ya pesan bastante, pero ninguno nos negamos porque estamos ansiosos por leer más obras escritas hace más de cien años. Por último, sacudimos el polvo a varias ropas y nos vestimos. Cogemos algunas prendas más de recambio dejando las mochilas a punto de explotar. Tendremos que acostumbrarnos al peso, pero merecerá la pena el esfuerzo.

Tras meditarlo entre todos y valorar las opciones, decidimos no pasar la noche aquí dentro. aunque nos proporcione refugio no es un lugar seguro, cualquier pequeño temblor podría provocar que todo se venga abajo en cualquier momento, aunque lleve así más de cien años.

Al salir volvemos a tapar el agujero por el que hemos entrado por orden de Zaiguer.

—Quizá necesitemos volver más adelante—dice, y todos asentimos.

—Salgamos del poblado, es mejor dormir en el bosque, nos desenvolvemos mejor allí— sugiere Zatriel.

Salimos por el lado contrario al que hemos entrado, nos adentramos en el bosque y tras explorar la zona y ver que parece segura, decidimos acampar junto a unos arbustos. Kilier es el que descubre como montar las tiendas con más facilidad y en menos de una hora tenemos dos de ellas ancladas al suelo alrededor de una pequeña hoguera que Raizel y yo hemos encendido.

—Haremos cambios de guardia cada dos horas—resuelve Zaiguer.

El motivo de montar solo dos tiendas es simple, siempre habrá uno de nosotros de guardia, por lo que iremos rotando y siempre seremos dos en cada tienda. Raizel se encarga de la primera guardia esta vez, los hermanos ocupan una tienda y nosotras la otra.

Al principio el espacio tan reducido del interior me resulta un poco agobiante, pero se me pasa en cuanto nos quitamos la ropa y me tumbo sobre Zatriel.

—Solás otra vez—sonríe con mirada lobuna.

—Sí, pero no hagas ruido, ¿vale? —le pido nerviosa—no quiero que nos oigan.

—¿Yo? Pero si la que grita eres tú—comenta burlona.

—No es verdad...—me defiende sin aliento cuando me pega a ella.

Cuatro horas más tarde Zaiguer me despierta, es mi turno de guardia y él espera mi sitio para dormir, pero cuando voy a levantarme y miro bajo el saco que hemos abierto para utilizar como manta, descubro que hay un pequeño problema, después de hacer el amor nos hemos quedado dormidas y seguimos desnudas.

—Joder—susurro—sal de aquí—le pido a Zaiguer que me mira confuso.

—¿Qué pasa? —pregunta sin entender.

—Tengo que vestirme, ¿vale?

—Oh—dice divertido.

Cuando sale me giro hacia Zatriel y la despierto.

—No he terminado de dormir—murmura soñolienta.

Su comentario me arranca una sonrisa y la miro con ternura, después la zarandeo un poco y la llamo de nuevo.

—¿Ya me toca?

—No, pero deberías vestirme, salvo que quieras dormir desnuda junto a Zaiguer.

Mis palabras la despiertan de golpe y las dos nos vestimos de forma rápida.

—Te avisaré en un par de horas—le digo después de besarla.

Zatriel

Me gusta esto de las tiendas de campaña, son un invento cojonudo, no solo por lo prácticas que son, sino porque además de protegernos de las lluvias y del aire, también me proporcionan momentos de intimidad junto a Eiver.

Todavía no ha amanecido, de hecho, apenas hace unos minutos que he comenzado mi guardia. Decido dar una vuelta por los alrededores guiada por la luz que proporciona la luna a través de los árboles, me servirá para asegurarme de que no hay peligro cerca y también para estirar las piernas. Cojo mi arco y cargo una flecha, no me gusta moverme sola sin estar preparada por si me atacan.

Camino de forma circular a unos metros de las tiendas y al poco rato descubro que me estoy meando, así que busco un lugar un poco despejado de hierbajos que no me pinchen el culo cuando me agache y me bajo los pantalones. Siempre me ha parecido fascinante ver como sale humo de mi pis cuando entra en contacto con el aire, y pensando en eso me levanto, me abrocho el pantalón y vuelvo a cargar el arco. Tenso la cuerda y apunto en todas direcciones como si fuese a disparar a algo, me gusta comprobar que mi arco responde como debe.

Cuando me doy por satisfecha, me giro en dirección contraria decidida a volver a las tiendas cuando algo llama mi atención en el cielo, al principio no tengo claro lo que es, así que camino entre los árboles siguiendo la dirección y subo por un montículo un poco más despejado que me permita ver mejor. Siento un escalofrío recorrerme la espalda cuando veo que lo que en un principio me habían parecido unas nubes un poco raras, en realidad son columnas de humo. Cuento al menos diez desde mi posición, enfoco hacia abajo y veo las llamas de las hogueras a las que pertenecen, además de decenas de diminutas luces producidas por llamas mucho más pequeñas, probablemente antorchas.

—Joder—murmuro para mí.

Corro hacia las tiendas y cuando llego me detengo un segundo a pensar, hasta que no amanezca será imposible ver nada más allá de las llamas, así que decido no despertar a nadie y esperar, al fin y al cabo, en poco más de una hora tendré que levantarlos a todos, ya es una costumbre ponernos en marcha con las primeras luces del día.

La espera se me hace eterna, estoy ansiosa por descubrir lo que hay a los pies de esta montaña y no puedo dejar de darle vueltas a lo que he visto, hasta que me hago una pregunta que me inquieta, ¿y si quien sea que está ahí abajo envía exploradores lo suficientemente lejos como para encontrarnos? Nos cogerían desprevenidos, así que me pongo en pie como un resorte, bajo la cremallera de la tienda donde están Eiver y Zaiguer y los despierto sin miramientos agarrándoles los pies. Los dos abren los ojos asustados por las

formas.

—He encontrado algo que debéis ver, levantaos sin hacer ruido—les pido en voz baja. Después hago lo mismo con Kilier y Raizel.

—¿Qué pasa? —pregunta Zaiguer cuando por fin están todos fuera.

—Coged las armas y seguidme.

Todos obedecen y en pocos minutos enmudecen cuando les muestro lo que he encontrado.

—¿Cómo es posible que no lo hayamos visto antes? —se enfada Zaiguer.

—No se ve desde nuestra posición, lo he encontrado porque necesitaba estirar las piernas y he mirado por casualidad. Me ahorro el detalle de lo interesante que ha sido el humo de mi pis.

—Se supone que no te puedes alejar tú sola—me regaña Eiver, acompañando sus palabras con un empujón.

—No me he alejado, estamos a pocos pasos del campamento—me defiendo.

Tras eso nos agachamos a esperar la luz del amanecer, y cuando llega nos muestra un enorme campamento, hay cientos de tiendas más grandes que las nuestras alrededor de las múltiples hogueras. Desde aquí distinguimos diminutas figuras humanas, pero somos incapaces de reconocer si es un asentamiento o si simplemente están ahí de paso.

Volvemos a nuestras tiendas y nos organizamos de forma rápida y en lo que nosotros llamamos estado de emergencia, que quiere decir que tenemos que estar en alerta máxima y ser más sigilosos que nunca.

Reducimos nuestra hoguera a unas pocas brasas, las justas para cocinar algo que llevamos a la boca, hervir los típicos brebajes matutinos que prepara Eiver y apagarlo y taparlo todo para no dejar rastro.

—¿Creéis que habrán visto nuestra columna de humo? —pregunta Eiver nerviosa y todavía algo soñolienta.

—Imposible—responde Raizel—apenas se ve y se disipa antes de llegar a las copas de los árboles, si nosotros no hemos sido capaces de ver las suyas en toda la noche teniendo en cuenta lo grandes que son, te aseguro que ellos tampoco han visto esto.

Ellas dos son las que se ocupan del desayuno mientras Kilier desmonta y guarda las tiendas, Zaiguer y yo controlamos el perímetro. Desayunamos por turnos, y cuando lo tenemos todo recogido hacemos una pequeña reunión para decidir qué hacemos.

—Yo voto por ir en dirección contraria y alejarnos todo lo que podamos, son un grupo demasiado grande—opina Raizel.

Eiver la mira negando.

—También son el primer grupo de personas que vemos al otro lado, podrían explicarnos muchas cosas, sabríamos cómo se vive aquí...

—Por lo que veo no es mucho mejor que como vivíamos allí—comento lacónica.

—Yo estoy con Eiver—interviene Kilier—deberíamos acercarnos, tal vez sea un asentamiento y podamos unirnos a ellos.

—Aquí nadie se une a nadie, ¿me oyes? —le regaña Zaiguer—me da igual si son un asentamiento permanente o si se desplazan para encontrar algo mejor, no los conocemos, no sabemos cómo son ni sus costumbres, podrían ser gente normal o una puta banda de caníbales.

—Estoy con Zaiguer—secundo.

—¿Y qué proponéis? —pregunta Eiver mirándome directamente a los ojos.

Me gusta tanto cuando hace eso...

—Yo propongo que dos de nosotros nos acerquemos y les observemos de cerca, desde allí podremos valorar mejor si suponen o no una amenaza.

—No me lo digas, tú y Zaiguer—me mira enfadada.

—Sí, yo y Zaiguer.

—¿Por qué siempre tienes que ser tú la que se arriesgue, Zatriel? —pregunta nerviosa, y también molesta.

—Porque eso es lo mío, Eiver, aquí cada uno tiene su función, Zaiguer y yo somos buenos con las armas, no os ofendáis—digo mirando a Kilier y Raizel—somos cazadores, lo hemos hecho siempre, tú eres buena con las plantas y gracias a ello sigo con vida, Kilier es un pescador cojonudo y un gran rastreador, y Raizel es exploradora. Somos los más preparados para esto y lo sabes.

—Tiene razón, Eiver, ahora mismo no nos podemos permitir que los sentimientos interfieran en las decisiones que tomamos—interviene Zaiguer—esto es lo mejor y no debes cuestionarlo.

Eiver asiente con resignación, yo cojo su cara entre mis manos y le doy un corto beso en los labios.

—Te prometo que tendré cuidado—susurro.

—Más te vale—me amenaza antes de besarme la frente.

—Vosotros buscad un lugar cerca donde esconderos, nos veremos aquí cuando el sol alcance las copas de los árboles—ordena Zaiguer.

Todos nos colgamos nuestras respectivas mochilas, algo que consensuamos ayer es que nadie abandona su mochila bajo ningún concepto. Cuando estamos a punto de tomar caminos diferentes, Zaiguer se detiene en seco y le dedico una mirada interrogativa sin comprender el motivo, y aunque al principio duda, finalmente, se dirige hacia Raizel y la besa en los labios mientras todos miramos con los ojos muy abiertos.

—Cuida de ellas, Kilier—le pide a su hermano.

—Sabemos cuidarnos solas—contesta Raizel, todavía sofocada por el beso.

—¿Nos vamos ya o queréis que montemos una tienda? —pregunto alzando las cejas.

A Kilier le hace mucha gracia mi pregunta, a su hermano no tanta.

—Vamos—dice dándome un empujón que me hacer reír.

—Así que tú y Raizel, eh...

—Cállate—dice poniéndose delante.

Tardamos menos de lo esperado en llegar abajo y nos agachamos detrás de unas rocas para echar un vistazo rápido. Las primeras tiendas están a unos pocos metros y escondemos la cabeza de golpe cuando descubrimos a un hombre que patrulla por la zona con algo negro colgado del hombro.

Zaiguer me coge de la mano, se coloca un dedo sobre los labios para indicarme que guarde silencio y tira de mí despacio. Los dos avanzamos de cuclillas hasta otra de las rocas, es más grande y además hay matorrales por los lados. Entre ellos podemos observar mejor sin ser vistos, el patrullero no está, pero vemos otro un poco más adelante.

Con sumo cuidado nos metemos en el bosque de nuevo y nos adentramos un poco.

—No podemos acercarnos tanto, nos acabarán descubriendo—comenta en un susurro.

—Estoy de acuerdo, podríamos subir a un árbol y mirar desde ahí.

Mi sugerencia no es la idea más razonable, pero sí la más segura. Nos alejamos un poco más, buscamos un árbol alto y con follaje denso y trepamos hasta ponernos en pie sobre una de sus enormes ramas. Lo que vemos nos paraliza.

—Es un puto ejército—comenta Zaiguer.

—¿Son armas de fuego? —pregunto nerviosa.

—Creo que sí.

Por la cantidad de tiendas calculamos que debe haber cientos de personas en el campamento. Por ahora vemos hombres y mujeres por igual, todos armados, aunque no todos llevan armas de fuego, solo unos pocos de ellos, lo cual nos indica que quizá no dispongan de muchas. Los demás son como nosotros, arcos, ballestas y también unos enormes palos con clavos clavados alrededor, ese tipo de arma es muy común entre los moradores.

El sonido de un cuerno resuena por todo el valle y un escalofrío nos recorre el cuerpo al escucharlo, si estuviéramos al otro lado de Tenebris esto significaría que una nueva cacería de caníbales comienza, pero aquí es otra cosa, es como un despertador. De repente la gente comienza a salir de las tiendas, a desperezarse. Algunos de ellos entran en una tienda más grande y varios minutos después salen en compañía de un hombre robusto, con la barba más larga que el pelo y una capa sobre los hombros. Deducimos que es la persona al mando.

—Volvamos—sugiere Zaiguer.

Estoy de acuerdo, ya hemos visto todo lo que teníamos que ver, no son un asentamiento ni creo que nos reciban con los brazos abiertos si nos acercamos para hacer preguntas. Es un ejército armado que se prepara para algo.

No sé si será buena idea quedarnos para descubrirlo, pero es algo que tendremos que decidir entre los cinco.

Capítulo XXI

Zatriel

El corazón me bombea con fuerza, un ejército de esas magnitudes no presagia nada bueno. Me dispongo a bajar del árbol para volver junto a nuestros amigos e informarles del auténtico problema cuando Zaiguer me detiene sujetándome del brazo.

—Oye, quiero pedirte algo.

—¿Qué algo? —pregunto intrigada.

—Necesito que me prometas que si me pasa algo cuidarás de Kilier.

—No te va a pasar nada, ¿podemos continuar ya?

—Zatriel, hablo en serio.

Su mirada es tan intensa que consigue traspasarme y tocarme la fibra, creo que el amor me está volviendo débil.

—Siempre cuidaré de tu hermano, estés tú o no, ¿te vale eso?

—Me vale—sonríe agradecido.

—Bien, supongo que no tengo que pedirte que hagas lo mismo con Eiver—digo alzando una ceja.

—No, no tienes—sentencia dando la conversación por zanjada, lo cual es una lástima, porque era el momento perfecto para preguntarle si debo cuidar también de Raizel. En fin.

Descendemos del árbol con facilidad intentando hacer el mínimo ruido. Una vez abajo comenzamos el camino de regreso despacio, atentos a cada paso que damos y asegurando que nadie nos ha visto o nos sigue. Estoy nerviosa, creo que es la vez que más tensión acumulo, quizá sea porque son un número tan elevado que si nos descubren nuestras posibilidades de sobrevivir son más bien nulas.

Zaiguer avanza en cabeza mirando a un lado y a otro, yo voy detrás, caminando prácticamente de espaldas mientras ascendemos por el bosque para cubrir la retaguardia. Oímos una rama quebrarse y nos detenemos en seco, el corazón me late en las sienes y un sudor frío empieza a recorrerme la espalda. Todo ocurre en pocos segundos, rastreamos con la mirada a nuestro alrededor convencidos de que no estamos solos cuando una flecha que no hemos escuchado silbar se clava en el muslo de Zaiguer.

Lo cojo antes de que caiga al suelo y lo arrastro tras un árbol en la dirección opuesta al lugar del que ha venido la flecha. La miro un segundo, es corta, de una ballesta.

—Tapona la herida—le digo mientras intento localizar la procedencia.

—Tienes que irte, Zatriel, tienes que ponerlos a salvo.

—No pienso irme a ningún sitio, así que cállate—digo furiosa.

—Zatriel...

—Saben defenderse Zaiguer, es solo una puta flecha, tapona la herida con una tela y ponte en pie, no me iré de aquí sin ti.

Otra flecha pasa rozando el árbol tras el que nos ocultamos y se clava en el siguiente.

—Salid y no os haremos daño—dice una voz de mujer intentando no llamar mucho la

atención.

Nos miramos sorprendidos, no parecen estar interesados en que les oiga nadie del campamento, lo que nos lleva a pensar que quizá no pertenezcan a él.

—¿Cómo sabemos que lo que decís es cierto? —pregunto mientras ambos intentamos ver algo.

Noto algo en la nuca, algo punzante que me presiona y me empuja hacia delante.

—No lo sabéis—responde un hombre detrás de nosotros—ahora soltad las armas.

Miro a Zaiguer de reojo y veo una ballesta apoyada en su nuca también, perfecto. Soltamos las armas, levantamos los brazos y poco a poco yo me pongo en pie.

—Tú también—le exige a Zaiguer.

—No puedo, te recuerdo que me habéis disparado en la pierna.

—Ah, eso—sonríe con malicia—no es nada, así que no seas nenaza, en pie—ordena.

Con algo de dificultad, se pone en pie y se coloca a mí lado. Una mujer que calculo que me dobla la edad sale de entre los árboles, seguida de un chico y una chica que deben tener la edad de Kilier. No parece que haya nadie más, ¿de verdad nos ha reducido una pareja con un par de adolescentes?

—No pertenecéis al estandarte negro, ¿quién sois? —pregunta la mujer apuntándonos con una lanza afilada. A Kilier le encantaría.

—Venimos del norte, de las montañas—responde Zaiguer.

Creí que su respuesta calmaría la situación, como pasó con Raizel cuando nombramos Tenebris, pero aquí ha resultado causar el efecto contrario.

—Están con ellos, mátalos—suelta a bocajarro dirigiéndose al hombre.

—Eh, eh, espera—le pido nerviosa—creo que te has confundido, ¿vale? Nosotros no estamos con nadie.

—¿Crees que soy estúpida, pequeña zorra? —pregunta enfurecida.

—No lo sé, ¿lo eres? —pregunto mordaz, ante la mirada atónita de Zaiguer.

La mujer alza las cejas sorprendida antes de soltarme un bofetón que me cruza la cara. Noto el sabor a metal dentro de mi boca y escupo una mezcla de sangre y babas delante de sus pies. Me coge por el cuello, me levanta y me empotra contra un árbol mientras su compañero la cubre con la ballesta. Los críos no se mueven, solo observan la situación claramente nerviosos.

—No me lo digas, tú eres la graciosa de los dos—dice golpeándome en el estómago sin esperar una respuesta.

Tal vez debería plantearme hacer algún tipo de ejercicio de autocontrol, estoy segura de que me ahorraría muchos golpes, pero cuando estoy nerviosa soy incapaz de morderme la lengua.

—¡Déjala ya! —le grita Zaiguer—no somos una amenaza, joder, estábamos acampados no muy lejos de aquí y vimos las columnas de humo, solo nos hemos acercado a mirar.

Por fin me suelta y me dejo caer hasta sentarme en el suelo con la espalda apoyada en el tronco del árbol, echo la cabeza hacia atrás y miro hacia arriba, la mujer nos observa de forma extraña, creo que en el fondo sabe que no mentimos.

—¿Dónde habéis acampado? —exige saber—llevadme allí.

—No nos acordamos—murmuro esperando el siguiente golpe.

Se inclina sobre mí sin que yo tenga muy claro lo que pretende hacerme, pero no logro descubrirlo, porque justo en ese momento siento el impacto de un objeto justo encima de

mi cabeza, la mujer se queda petrificada observando y rápidamente miro hacia arriba, descubriendo un cuchillo clavado en el tronco.

—No he fallado, el siguiente te lo clavo en la cabeza.

Nunca me he alegrado tanto de escuchar la voz de Eiver, la mujer levanta las manos cuando ve que Raizel apunta con su ballesta a los dos chicos y la lanza de Kilier apoyada en la nuca del hombre.

—No les hagáis daño—suplica mirando a los chicos a la vez que el hombre suelta la ballesta—haremos lo que queráis.

Kilier y Raizel se aseguran de que no tienen más armas y los empujan hasta colocar a los cuatro juntos.

—¿Estás bien?

Eiver se agacha un instante frente a mí y observa mi labio.

—No es nada. Ayuda a Zaiguer, está herido.

Me tiende una mano que acepto encantada y la acompaño a examinar la herida de Zaiguer.

—No parece profundo, voy a sacarla, ¿de acuerdo?

Por primera vez veo miedo en los ojos de Zaiguer, pero Eiver no le da mucho tiempo para pensar, tira de la flecha, que no es más que un trozo de madera con la punta afilada. Le rasga el pantalón y Eiver le limpia la sangre.

—Presiona la herida.

Lo hago mientras ella saca unas hierbas que machaca con una piedra de forma rápida. Aplica el ungüento en la herida, Zaiguer emite un gruñido y después le da otra para que la mastique.

—Te aliviará el dolor.

Antes de interrogar a nuestros nuevos amiguitos decidimos alejarnos más del campamento y los hacemos caminar hasta el lugar donde habíamos acampado nosotros.

—Estás hecha toda una guerrera—le susurro a Eiver mientras caminamos.

—Conocí a una chica que me enseñó a lanzar cuchillos...

—Mmmm que interesante, ¿debería ponerme celosa?

—Pues más te vale, porque me estoy acostando con ella—asegura divertida, y me mira de soslayo con ojos achispados.

No puedo evitar sonreír, la besaría aquí mismo, pero esto es serio y no debemos distraernos.

—¿Cómo os han cogido?

La pregunta de Eiver hace que me cambie el humor, reconozco que habernos dejado coger por estos cuatro es algo que daña bastante mi ego.

—No lo sé, creo que simplemente estaban escondidos en el bosque cuando nosotros hemos pasado, porque no me lo explico. Ya has visto a los críos, esos no han empuñado un arma en su vida. Ella tan solo tenía la lanza y estoy segura de que ni siquiera sabe usarla, la única arma decente que tienen es esa ballesta y un cuchillo.

Eiver me mira sin poder evitar que se le escape una sonrisa burlona que decido ignorar.

—¿Cómo nos habéis encontrado? Se supone que debíais estar escondidos en un lugar seguro.

La chica joven tropieza delante de nosotras y cae de rodillas haciendo que todo el grupo nos detengamos. La mujer se gira y se agacha para ayudarla a levantarse y me dedica una

mirada que suplica compasión, la prepotencia de antes se ha esfumado por completo y ahora solo queda una mujer que teme por su vida y la de su familia. Seguimos caminando.

—Nos escondimos—me cuenta Eiver—encontramos un buen lugar bastante cerca de nuestro campamento, pero ya sabes lo audaz que es el oído de Kilier, le pareció oír algo y decidimos acercarnos a mirar, y os vimos. El resto ya lo sabes.

—Vaya, pues me alegro de que le hicieras caso, aunque no me gusta, Eiver. No me gusta que andes sola por ahí sin mí.

La miro fijamente, ella sonrío al ser consciente de mi preocupación por ella y yo agacho la cabeza con timidez.

Cuando llegamos Raizel obliga a la familia a sentarse en el suelo. Zaiguer se sienta también para estirar la pierna y descansar.

—¿Cómo has dicho que se llamaba el enorme asentamiento de ahí abajo? —le pregunto a ella.

—Son el estandarte negro, y no son un asentamiento, solo están aquí de paso, supongo que descansarán un par de días más y seguirán su camino.

—Antes estabas segura de que no pertenecíamos al estandarte negro, pero cuando hemos dicho que veníamos de las montañas del norte has dado por hecho que estábamos con ellos, explícate.

La miro inquisitiva, pero está claro que no necesito amenazarla, está más que dispuesta a hablar.

—Es complicado de explicar.

Es el hombre el que ha hablado esta vez, lo cual me sorprende porque está claro que aquí la que manda es ella.

—Tenemos tiempo—digo chulesca.

—No, en realidad no lo tenéis, habéis tenido mucha suerte de que no os hayan encontrado todavía. Ese ejército de ahí abajo tiene hambre, pronto saldrán decenas de cazadores que rastrearán todo el bosque en busca de comida fácil. Tú llevas un arco, imagino que eres cazadora, así que sabes de sobra que abarcarán todo el terreno que necesiten hasta encontrar comida suficiente. Llegarán aquí.

Suspiro y miro a Zaiguer con el ceño fruncido, ambos sabemos que el hombre tiene razón.

—De acuerdo, según tú, ¿a dónde debemos ir para poder tener una charla tranquila?

—Al otro lado de esta montaña.

El hombre señala con la cabeza hacia el lado contrario al que se encuentra el ejército.

—Detrás de esa montaña hay un antiguo poblado en ruinas, nadie va allí nunca, no queda nada y los que lo encuentran lo pasan de largo. Debajo de los restos de la antigua iglesia hay un acceso oculto que lleva a una cripta, llevamos viviendo allí unos meses.

Todos nos miramos sorprendidos, preguntándonos cuantos poblados más habrá por la zona.

—¿Por qué nos revelas el lugar donde te escondes? —pregunta Eiver sin entender.

—Porque quiere proteger a su familia, prefiere revelarnos el único lugar seguro que conoce antes que quedarse aquí—responde por él Raizel—deberíamos hacerle caso y salir de aquí cuanto antes.

—Muy bien, vayamos a buscar ese poblado.

Caminamos al paso de Zaiguer que, aunque la herida no es grave, sí que está en una

zona molesta que le impide caminar con normalidad. Los restos del poblado se divisan desde lejos cuando comenzamos a descender por el lado opuesto de la montaña. Ocupa una porción de terreno mucho más pequeña que el anterior, pero el estado es igual de desolador. Lo rodeamos hasta llegar al lugar más próximo a la iglesia y nos detenemos.

—¿Por qué paramos? —pregunta el hombre que parece haber tomado el mando que antes llevaba la mujer.

—Porque no sabemos si nos estáis tendiendo una trampa, tú vendrás conmigo y me mostrarás esa cripta, si no volvemos en lo que tarda en hervir el agua, mis amigos ejecutarán a tu familia, ¿te queda claro?

—Sí—asiente preocupado.

—Voy contigo.

El dueño de las palabras es Kilier, no pregunta, afirma, y aunque su hermano tuerce el gesto le permito hacerlo, confío en él pese a que sea tan joven.

Al igual que me pasó en el otro poblado, no puedo evitar sentir un intenso escalofrío cuando camino por encima del amasijo de ruinas de un lugar en el que en su día debieron vivir varias familias cómodamente, seguramente ajenas hasta el último segundo de la desgracia que se les venía encima. La mujer del adalid de Karvos, además de tener debilidad por las mujeres, era curiosa por naturaleza, no había libro en el poblado que no hubiese caído en sus manos y siempre que llegaban los comerciantes, procedentes según ellos de lugares muy lejanos cuya ubicación no podían revelar, ella se acercaba a la zona de intercambio, buscaba entre las cosas que traían por si alguna le interesaba, y si no lo hacía, simplemente les pedía que le contarán historias a cambio de un poco de comida o un lugar donde descansar esa noche.

Ella fue la que me habló por primera vez de las iglesias, lugares de culto y devoción a un Dios que sin duda estaba muy lejos de allí el día del desastre. Recuerdo que también mencionó las criptas, ubicadas bajo las iglesias con el propósito de enterrar a los muertos. Resulta inquietante que sea el único lugar de este poblado que se haya mantenido intacto.

—Es por ahí, para entrar hay que apartar esa piedra—dice señalando al suelo.

—Muy bien, quítala—le ordeno.

Kilier decide ayudarle, entre los dos la apartan y ante nosotros se rebelan unas escaleras de piedra que descienden empinadas.

—Quédate aquí—le susurro a Kilier—si no salgo enseguida no entres a buscarme, vuelve corriendo y ponlos a salvo.

Kilier asiente, guardo mi arco y utilizo un cuchillo que le pongo en la nuca a nuestro amiguito para invitarlo a bajar primero. Le sigo nerviosa e inquieta a la vez, no sé realmente lo que esperaba encontrar aquí abajo, pero la verdad es que estoy algo decepcionada, quizá lo había imaginado de otra manera.

Es un lugar pequeño, con el techo en forma de arco, algo que sí que me impresiona, y está iluminado por unas tímidas antorchas que sin duda han colocado ellos. No hay nadie, pero sí que hay mantas y colchones en el suelo, utensilios, cuencos con agua y ropa. Sin duda no mienten, parece que llevan tiempo escondiéndose aquí. Llamo a Kilier y le pido que vaya a buscar al resto. Mientras espero a que regresen me dedico a observar las paredes y las inscripciones que hay en ellas.

—¿Hay cuerpos aquí? —le pregunto con curiosidad.

Él me mira desde el lugar donde lo he obligado a sentarse y afirma.

—Debía de ser un pueblo rural, en las iglesias modernas ya no se estilaba construir criptas—añade.

Por fin llegan, Kilier tapa la entrada desde dentro y Eiver ordena a nuestros prisioneros que se sienten todos juntos al fondo de la cripta. Raizel se sienta en la escalera para vigilar la entrada y por fin llega el momento de que nos cuenten lo que saben.

—Hora de hablar, vamos a empezar por el principio, ¿qué es el estandarte negro? ¿De dónde han salido? —exijo saber.

De nuevo es la mujer la que toma el mando.

—De todas partes, los encabeza un hombre al que todos llaman *Comandante*. Según dicen procede de las tierras del este, de un asentamiento ubicado a los pies de una colina. Empezamos a oír hablar de él hace tiempo, historias que los mercaderes contaban y que no sabemos cuánto tienen de cierto, ya sabéis que inventan más que hablan.

—¿Qué historias?

—Que había armado un pequeño ejército y arrasado los asentamientos cercanos, mata a todo aquel que no se une a su causa, por lo que su ejército es cada vez más grande y lo arrasan todo a su paso.

—¿Con qué fin? ¿A dónde van? —pregunta Zaiguer.

—Están convencidos de que hay oro en las montañas del norte.

—¿Oro? —pregunta Kilier extrañado—¿para qué quieren oro?

—El oro es la mayor y más valiosa moneda de cambio que jamás ha existido jovencito. Quien posea oro lo tendrá todo, podrá comprar hombres, mujeres, comida, territorios o incluso favores. El oro es poder, y está a punto de caer en las peores manos.

La mujer habla como si nos estuviera contando un cuento, haciendo hincapié en ciertas palabras y cambiando la entonación de otras. Empiezo a pensar que está un poco ida de la cabeza.

—Vale, a ese ejército lo dirige un asesino al que llaman *Comandante*, mata a todo aquel que no se une a su causa y se dirige hacia las montañas del norte en busca de oro, es decir, al otro lado de Tenebris. ¿Me equivoco? —resumo.

—Es correcto.

—¿Y qué los lleva a pensar que allí hay oro? Nosotros venimos de distintos asentamientos del norte y te aseguro que en ninguno hay oro.

La mujer niega con incredulidad ante mis palabras, algo que me molesta bastante, pero una mirada de Eiver basta para que me muerda la lengua.

—Creedme, lo hay, nadie movilizaría un ejército tan grande si no estuviese convencido. ¿Queréis saber por qué os hemos relacionado con ellos? —pregunta el hombre.

Todos asentimos expectantes.

—Sencillo, dicen que varios comandantes del norte lo están extrayendo de la montaña en secreto.

—Allí no hay comandantes, son adalides—lo corta Raizel.

—Comandantes, adalides, líderes, jefes... Da igual como los llaméis allí, al final son lo mismo.

—Lo que dices es imposible, nadie que haya entrado en Tenebris ha vuelto nunca—interviene Eiver con gesto confundido.

—Sí que los hay, solo que no atraviesan Tenebris, lo hacen por las cuevas.

—¿Qué cuevas? —pregunta Zaiguer furioso—no hay otra manera de llegar al otro lado,

nos estáis tomando el pelo.

—Mi padre no miente—interviene el chico joven sorprendiéndonos a todos—yo he estado en la boca de esas cuevas, cuando ocurrió el gran desastre toda esta zona se vio muy afectada. El bosque de Tenebris muere al oeste junto a una enorme pared de rocas, dicen que salieron del suelo, que no estaban, y entre ellas dejaron grandes agujeros, decenas de galerías que formaban laberintos mortales para todo aquel que entraba.

—La gente se perdía en el interior, no lograban salir y acababan muriendo—sigue esta vez la chica—hasta que a un grupo de exploradores se les ocurrió marcar los túneles con sangre animal. Un explorador se adentraba en una de las grutas e iba dibujando una fina línea de sangre durante su recorrido, si ese explorador no volvía, otros dibujaban una X en esa entrada, lo que indicaba que no era seguro y se iban a buscar otro acceso.

—Hasta que dieron con un camino—adivina Kilier completamente sumergido en la historia que narran los chicos.

—Exacto. Dicen que tardaron años, pero que finalmente un explorador encontró una salida, después siguió la línea que él mismo había dibujado y volvió para alertar a sus compañeros, que no dudaron en acompañarlo después de marcar la entrada con un círculo para indicar que era segura. Cuando exploraron la zona descubrieron que estaban junto al bosque de Tenebris, solo que al otro lado.

—¿Cómo sabéis eso? —pregunto a la vez que una extraña sensación se instala en mi pecho.

—Nosotros provenimos de un asentamiento que se encuentra cerca de esas cuevas, todos las conocemos, hemos escuchado las historias desde pequeños—contesta el padre.

—¿Habéis entrado?

—No, estaba terminantemente prohibido, nuestro líder no hacía más que hablar de nuestros antepasados, de personas que desobedecieron y al llegar al otro lado fueron devoradas por personas, salvajes.

—Caníbales—murmuro.

—Intentar atravesar las cuevas está castigado con pena de muerte, así que nadie se acerca y tampoco lo cuestiona, se supone que es por seguridad, pero hará cosa de un año llegó un grupo de viajeros provenientes del otro lado. Los guardias que los descubrieron cuentan que venían preguntando por la persona al mando, los llevaron ante nuestro líder y a los pocos días volvieron de regreso.

—¿Qué querían?

—Nunca lo supimos, aquello se mantuvo en secreto y se colocaron guardias en las inmediaciones de la cueva. Uno de esos guardias se fue de la lengua una noche, estaba borracho y contó que las cuevas se estaban utilizando tanto de ida como de vuelta, que nuestro líder enviaba emisarios y también los recibía. Habló también del oro, de una entrada a los pies de la montaña donde los norteños lo estaban extrayendo.

—¿Cómo sabemos que no nos estáis mintiendo?

—Porque Ulises estuvo allí junto a nuestro hijo mayor—dice señalando al chico, que clava la mirada en el suelo con tristeza.

—¿Dónde está vuestro otro hijo?

Eiver pregunta, pese a que todos nos imaginamos la respuesta.

—Muerto—responde el tal Ulises—mi hermano murió cerca del camino de acceso a la cueva. Yo estaba jugando con unos amigos, apostando quién de nosotros se acercaría más

sin que le vieran. Desde lejos veíamos a cuatro guardias sentados alrededor de un fuego en su turno de descanso, la apuesta era llegar hasta unos arbustos que había justo detrás de ellos y volver, era sencillo, siempre he sido rápido y sigiloso, pero justo cuando llegué uno de ellos se puso en pie para ir a mear y me descubrió.

Ulises mira a sus padres con tristeza y un gran sentimiento de culpa sobre sus espaldas. Se toma unos segundos, no le decimos nada porque en su voz notamos lo difícil que es para él explicar esto.

—Me capturaron y me dejaron allí con ellos a la espera de que llegaran los guardias del siguiente turno, entonces me llevarían al poblado y me ejecutarían delante de todos, como se hace con cualquiera que incumple las normas. Durante ese rato no dejaron de hablar, yo tenía las horas contadas y sabían que ya no podría contarle a nadie lo que escuchase, así que hablaron con tranquilidad sobre el oro, dijeron que algunos de vuestros comandantes en el norte se habían aliado en secreto y que estaban enviando hombres bajo otros pretextos a excavar el oro, hombres que ya no volverían nunca más. Es una misión sumamente secreta.

La sangre se me congela cuando veo el rostro de Eiver enrojecer de ira, se pone en pie tan rápido que ni siquiera tengo tiempo de intentar detenerla cuando llega hasta Ulises y le pone el cuchillo en el cuello. Me pongo en pie y amenazó a sus padres y a la chica con mi cuchillo cuando veo su intención de defender a su hijo.

—No os mováis—digo muy seria.

—¿Qué comandantes eran esos? —le pregunta Eiver fuera de sí.

—No lo sé—farfulla Ulises claramente asustado.

—Eiver, déjalo—le pido.

—Dime un nombre, ¿qué más oíste?

Eiver está fuera de sí, me da miedo que le haga daño al chico sin querer o que se lo haga ella misma, así que le hago un gesto a Kilier para que vigile al resto y me dirijo a ella. Me coloco a su lado y lentamente acerco la mano al cuchillo para apartarlo del cuello de Ulises, ella me mira con cierta duda y los ojos vidriosos.

—Dame el cuchillo, él no sabe nada, Eiver, y lo poco que sepa no te lo va a decir si lo matas.

—Vamos, Eiver—dice Zaiguer de pronto—él no sabe nada de tu hermano.

—¿Qué más oíste? —pregunta entre lágrimas cediéndome el cuchillo.

Se lo entrego a Zaiguer y me siento al lado de Eiver, la acuno entre mis brazos mientras Ulises, todavía nervioso y asustado, bebe un poco de agua para calmarse.

—Solo eso, que estaban utilizando a la gente para excavar y que utilizaban el oro para conseguir cosas.

—Por eso los vuestros vinieron a este lado—interviene su padre—utilizan el oro como moneda de cambio, y ahí es donde entra nuestro líder, él les consigue lo que piden a cambio de un precio. Al principio parecía que le bastaba, usaba el oro para conseguir otras cosas para él, comodidades, otras armas mejores, mujeres, en este lado hay de todo si sabes dónde buscarlo.

—Has dicho al principio—comenta Zaiguer—¿qué quieres decir con eso? ¿El trato se ha roto?

—No es que se haya roto, es que a nuestro líder le ha podido la ambición, ha visto el valor real que supone tener oro y si los rumores son ciertos, el estandarte negro está aquí

por orden suya, parece que han llegado a un pacto para hacerse con la mina de oro y dividirse las ganancias. Lo van a controlar todo.

Capítulo XXII

Eiver

Me pongo en pie y subo las escaleras de la cripta para salir, desde que he escuchado al confesión de Ulises siento que me ahogo. Zatriel me sigue y me ayuda a mover la piedra de la entrada. Cuando por fin salimos ya está oscureciendo, aunque todavía queda algo de luz.

Apoyo las manos sobre las rodillas y cierro los ojos mientras intento que mi corazón deje de latir enfurecido.

—Eh—susurra Zatriel a mi lado—sentémonos ahí.

Le hago caso y nos sentamos en el suelo con la espalda apoyada en unos restos de pared que en su día fueron parte de la iglesia.

—Si lo que ese chico dice es cierto mi hermano podría estar vivo Zatriel.

—No lo entiendo, creía que tu hermano estaba en aquella zanja.

—No encontré su cadáver, nos atacaron antes de poder buscarlo, pero puede que no estuviera allí. Cuando evoco esa imagen solo veo cuerpos de hombres, no recuerdo ver a ningún chico, quizá a los más jóvenes los cojan antes de llegar a la zanja y los lleven a la mina.

—Es muy rebuscado, Eiver—dice cogiendo mi mano.

—Ya.

Nos quedamos en silencio un rato, Zatriel me acaricia el pelo mientras yo le doy vueltas a todo lo que esa gente nos ha contado, un ruido llama nuestra atención y descubrimos a Zaiguer, Kilier y Raizel saliendo de la cripta.

—¿Y esa gente? —se tensa Zatriel.

—Abajo, no son una amenaza. Lo único que pretenden es sobrevivir—comenta Zaiguer en tono calmado.

—¿Os han contado algo más?

—Poco, solo como su hermano mayor perdió la vida para salvar al pequeño, después de aquello huyeron del campamento y vagan por ahí desde entonces.

—¿Creéis que lo que cuentan es cierto? —pregunta Zatriel.

—Sí, tiene mucho sentido—responde Raizel muy segura—y encajaría con lo que ocurre en Lotia, personas enviadas de forma constante a misiones absurdas.

—Pero los matan—la corta Zaiguer—Eiver y yo vimos muchos cuerpos en aquella zanja.

—Pero no los vimos todos Zaiguer, y tampoco los contamos, piensa en aquella imagen, no había tantos cuerpos como personas desaparecidas.

Sé lo desesperado que suena lo que digo, Zatriel me mira y después besa mi mano para mostrarme su apoyo.

—No lo sabemos, Eiver—comenta Zaiguer con la duda sembrada en el rostro.

—Reconoce que es una posibilidad, Zaiguer—vuelve a intervenir Raizel—lo que esta gente cuenta también es muy parecido a lo que el adalid de Kran pensaba, recuerda que mi misión era llegar a este lado para comprobar si era seguro, porque él estaba convencido de

que otros asentamientos se estaban aliando y formando un ejército para atacarnos.

Raizel se rasca el pelo nerviosa.

—Pensadlo bien, no iba tan desencaminado, su único error es que cree que será gente del norte la que atacará Kran, cuando en realidad el mayor enemigo avanza contra todos los poblados desde el sur.

Algo se activa en mí cabeza en ese instante. Ahora no solo pienso en mi hermano y en la posibilidad de que siga con vida, también está mi amigo Brano, ajeno por completo a lo que sucede y que morirá por el ansia de poder de otros.

—Tenemos que avisarles—digo lacónica.

—¿Avisarles? ¿De qué hablas, Eiver? —pregunta Zaiguer confundido.

—De nuestros pueblos, de toda la gente inocente que morirá si ese ejército cruza al otro lado.

Todos me observan, dudando entre lo seguro y lo correcto.

—Lo que dices es una puta locura.

Raizel resopla nerviosa mientras se frota las sienes, después señala a Zaiguer.

—Él está herido, si los lobos nos atacan de nuevo no podrá correr.

—No hará falta, ahora sabemos que ese es el mayor peligro que encontraremos en Tenebris, y los lobos temen el fuego, cruzaremos con antorchas.

Las palabras de Zatriel suenan rotundas y cargadas de un dote de seguridad que me reconforta. Sobre todo, al saber que también parece dispuesta a volver.

—Tiene razón—secunda Zaiguer—si llevamos antorchas no se nos acercarán. Yo no seré una carga, y si lo soy tendréis que avanzar sin mí, pero debemos ir.

—No te entiendo, se supone que debes cuidar de tu hermano, mantenerle a salvo.

Raizel parece aturdida, Zaiguer se acerca a ella y le acaricia el rostro con la mano de forma cariñosa. Kilier sonrío.

—Cuido de mi hermano lo mejor que puedo, pero sigo teniendo familia allí, no me perdonaría nunca quedarme aquí sin hacer nada sabiendo que un ejército se dirige hacia ellos.

—Yo tampoco—añade Kilier.

—No sé si mi hermano seguirá con vida o no, probablemente es algo que jamás descubriré, pero allí tengo a mi amigo Brano—sonrío al recordarlo, después los miro a todos muy seria—en el norte queda mucha gente que merece saber lo que ocurre y tener al menos la oportunidad de defenderse, no os pido que nos quedemos a luchar, solo que los avisemos—susurro agotada.

—Me desterraron de Karvos por un hecho concreto, pero tengo amigos allí, gente que es ajena a todo lo que está pasando y que no merece morir. Además, no pienso separarme de ti—me señala Zatriel.

Mi corazón se desboca cuando ella me mira de esa forma tan intensa. Se coloca a mi lado mostrándome su apoyo y besa mi hombro. Espero que algún día todo esto acabe y encontremos un lugar tranquilo donde vivir, uno en el que mi única preocupación sea amarla como se merece.

—Vinimos a este lado en busca de algo mejor, pero no lo hay, lo que hay aquí no es tan distinto de lo que hay allí, también se matan entre ellos, la gente sufre—digo señalando la entrada de la cripta en la cual se encuentra la familia—quedarnos aquí no nos mantendrá a salvo a ninguno, si tengo que vivir escondida prefiero hacerlo en el norte y con la conciencia

tranquila. Y quién sabe, quizá todo esto sirva para que nuestros poblados se unan por fin y sean capaces de convivir, esto les afecta a todos.

—Eres demasiado optimista—comenta Zatriel de forma lacónica—esto les afecta a todos por culpa de algunos, no tengo claro que estén dispuestos a unirse cuando conozcan la verdad.

—Tal vez...

—Volvamos al norte—dice Kilier convencido.

Zaiguer y Zatriel asienten con la cabeza.

—¿Raizel? —le pregunta Zaiguer.

—Me juré no volver nunca allí, pero vosotros sois lo más parecido a una familia que tengo ahora mismo, así que yo también voy—responde con resignación—pero olvidáis lo más importante, suponiendo que consigamos llegar, ninguno de vosotros puede volver a sus asentamientos, Zatriel y Kilier fueron desterrados, y a vosotros os enviaron a la muerte.

—Pero a ti no, tú sí que puedes volver, podríamos ir a Kran, contarle lo que ocurre a tu adalid y confiar en que lo transmita a los demás asentamientos—sugiere Zaiguer.

—Podemos hacerlo, pero en Kran no confían en nadie que no sea de Kran, cuando le confirme al adalid que parte de sus sospechas eran ciertas, levantará el asentamiento y hará que todos nos desplazemos hacia aquí. No entrará en una guerra ni avisará de ella a quienes para él son unos traidores que han provocado todo esto.

—Pero no todos los asentamientos están implicados—comento con esperanza.

—No, pero tampoco sabemos cuáles son.

—No hará falta, hay otra manera de expandir el mensaje—nos sorprende Zatriel.

—¿Cuál?

—Hay alguien en Karvos que me escucharía y que tiene poder suficiente para convencer al adalid de cualquier cosa—responde mirándome fijamente.

—La mujer del adalid de Karvos—adivino con resignación.

Zatriel me mira y alza las cejas con cara de circunstancias.

—¿Y por qué iba a creerte? —pregunta Kilier.

—Por qué se acostaban juntas—sentencia Zaiguer provocándome una sensación incómoda y desconocida, ¿celos?

—¿Y cómo llegamos hasta ella?

Zatriel se muerde un labio y me mira suplicando perdón con la mirada. Yo le devuelvo una tímida sonrisa, no puedo enfadarme por algo que sucedió antes de conocerme.

—Si conseguimos llegar a territorio de Karvos no habrá problema, su hermano es cazador y me llevo muy bien con él, solo necesitamos dar con él y hacer que prepare un encuentro.

—Dicho así parece fácil—comenta Raizel.

Zatriel se encoge de hombros.

—De acuerdo—comienza a decir Zaiguer—parece que todos tenemos claro que volvemos.

Asentimos con la cabeza sin interrumpirle.

—Ese ejército se pondrá en marcha pronto. A favor tenemos que son demasiados y movilizar un campamento así de grande lleva tiempo y los hace más lentos, aunque supongo que tampoco tendrán prisa. En contra están esas cuevas, no sabemos si el camino por ahí es más corto o largo, lo que intento decir es que no sabemos el tiempo que tenemos hasta que lleguen al otro lado, deberíamos marcharnos cuanto antes.

—Estoy de acuerdo—secunda Zatriel—podemos descansar unas horas en la cripta y salir en cuanto comience a amanecer. Si no nos detenemos mucho, por la noche podríamos acampar junto al río y al día siguiente adentrarnos en Tenebris.

—¿Y qué hacemos cuando lleguemos al otro lado? —pregunta Raizel.

—Podemos avanzar hasta la cueva donde estuvimos escondidos cuando nos atacaron los caníbales, descansar allí y después dividirnos. Zaiguer, Kilier y tú podéis ir a Kran, y Eiver y yo iremos a Karvos.

—¿Quieres que nos separemos? —le pregunta Kilier acongojado.

—No, no quiero, Kilier—responde acercándose a él—pero no tenemos mucho tiempo y necesitamos avisar a todos cuanto antes.

—Zatriel tiene razón—sigue su hermano—pero haremos un pequeño cambio, yo iré hasta Lotia, no puedo entrar, pero sí avisar a mi padre para que ponga a mis hermanos a salvo, también le pediré que avise a Brano—dice mirándose.

—Voy contigo—dice Kilier muy serio.

—No, Lotia no es un lugar seguro para nosotros, Kran sí, irás con Raizel y eso no es discutible.

—¿Y después? ¿Qué hacemos cuando hayamos avisado a todo el mundo? —quiere saber Raizel.

—Volvemos a la cueva. Nuestra misión es avisarles, nada más, no quiero que estemos separados más de lo necesario, después ya decidiremos lo que hacemos.

Todos asienten, destapamos la entrada de la cripta y descendemos las escaleras para descansar antes de nuestra nueva aventura.

Capítulo XXIII

Zatriel

Nos despedimos de la familia y nos ponemos en marcha cuando todavía no ha amanecido del todo. Hemos decidido regresar exactamente por donde vinimos, cuando llegamos al lugar donde acampamos, decidimos asomarnos de nuevo para ver si hay algún cambio en el ejército.

—Siguen ahí—susurra Zaiguer, que no parece tener muchos problemas para caminar.

—No parece que tengan intención de ponerse en marcha hoy, si no ya estarían preparándose—pienso en voz alta.

Las siguientes horas son las más tensas del día, todos nos movemos en silencio y alertas a cualquier movimiento, rezando para que ningún rastreador dé con nosotros. No respiramos con alivio hasta llegar al primer poblado, estamos demasiado alejados del ejército como para que puedan encontrarnos.

Esta vez no entramos en sus ruinosas calles, bordeamos el poblado bajo la protección de los árboles mientras mascamos algunas hierbas que ha recogido Eiver, no pensamos detenernos hasta llegar al río.

Ya ha oscurecido cuando lo hacemos, hemos tardado más de lo que pensábamos, de modo que, en lugar de perder tiempo para montar las tiendas, decidimos caminar un poco más y pasar la noche en el refugio donde conocimos a Raizel. Dejamos que Zaiguer descanse mientras Eiver se ocupa de curar su herida y nos repartimos las tareas entre los tres, esta vez yo me ocupo del fuego y Kilier y Raizel salen en busca de algo para comer.

Vuelven con una cabra de tamaño pequeño, lo cual nos permitirá cenar hoy y tener comida suficiente para atravesar Tenebris sin tener que detenernos a cazar.

En cuanto amanece partimos de nuevo siguiendo el curso del río hasta la cascada por la que caímos, esta vez no necesitamos rodearla, simplemente comenzar a subir por la montaña hasta alcanzar Tenebris. El grupo se adelanta y yo me quedo rezagada con Eiver, que no deja de recoger plantas.

—¿Te ayudo?

—No, tengo suficientes, además seguro que acabas tocando algo que no debes y te envenenas—dice burlona.

La rodeo con los brazos y la estrujo con fuerza, Eiver sonrío y me besa hasta dejarme atontada.

—Venga, volvamos antes de que Zaiguer se enfade.

En pocos minutos los alcanzamos y llegamos de nuevo a los pies de Tenebris. El silencio se cierne sobre nosotros mientras dejamos las mochilas en el suelo para preparar nuestra entrada. Ato el arco a la mochila, si tengo una mano ocupada sujetando una antorcha no podré utilizarlo, así que me coloco un cuchillo en la pierna y Kilier enciende mi antorcha y

todas las demás.

—¿Listos? —pregunta Zaiguer.

Asentimos y por segunda vez en muy poco tiempo nos adentramos en Tenebris. No consigo acostumbrarme a esta oscuridad casi absoluta, quizá por la mala sensación que me dejó el ataque de los lobos este bosque me parece mucho más tétrico que la primera vez.

Caminamos en silencio durante horas, atentos a cualquier ruido o cualquier movimiento, vuelvo a percibir la sensación de muerte instalada en cada rincón de este denso bosque.

—Tengo hambre—susurra Kilier.

De nuevo hemos perdido la noción del tiempo y no tenemos claro si fuera es de día o ya ha caído la noche. Decidimos acampar, y se constata que ya es de noche cuando las múltiples motas luminosas inundan todo el bosque con su espectáculo de colores.

—¿Qué creéis que serán? —pregunta Raizel mientras enciende una hoguera.

—Puede que sean luciérnagas mutantes—comenta Kilier divertido.

—Tú sí que eres mutante—bromea su hermano.

Es la hoguera más grande que hemos encendido hasta ahora, no es aconsejable llamar la atención así, pero es lo mejor para mantener a los lobos alejados. Montamos las tiendas alrededor del fuego y de nuevo nos turnamos para hacer guardia.

Durante el día calculamos las horas en función de la altura del sol, por la noche nos orientamos buscando la estrella polar, pero aquí es imposible, no se ve nada más allá de los árboles, así que buscamos varios troncos del mismo tamaño y entre todos decidimos que las guardias durarán lo que tarde en consumirse uno.

Eiver

Me despierto agitada con la sensación de que alguien nos observa, miro a mi lado, Zatriel duerme profundamente. Me incorporo y me froto los ojos con la sensación de que he dormido demasiado, ¿no debería haberme despertado ya Raizel para relevarla? Miro a Zatriel e intento calmarme, diciéndome a mí misma que soy una paranoica, pero no consigo quitarme esa extraña sensación del cuerpo, y como no puedo dormir; decido salir.

Abro la cremallera con cuidado para no despertar a mi chica, pero no lo consigo.

—¿Ya te toca? —pregunta soñolienta.

—No, pero tengo pis, enseguida vuelvo.

Cuando salgo de la tienda la sensación de que algo va mal se dobla, percibo algo extraño, algo que no encaja y que debido al sueño me está costando más de la cuenta identificar. Me froto los ojos de nuevo, la sangre parece que comienza a llegar a mi cerebro y descubro la primera cosa mala: Raizel no está junto a la hoguera vigilando como debería, no está en ningún sitio.

Mi cuerpo se tensa y el pulso se me acelera mientras intento pensar, tal vez esté haciendo pis, pero entonces descubro la segunda cosa mala: el tronco que indica el cambio de guardia está totalmente calcinado, Raizel ya debería haberme avisado hace un buen rato, esta sería mi hora de guardia y después le tocaría a Zatriel.

Me muevo de forma errática durante unos segundos sin saber qué hacer cuando de pronto veo una pequeña llama que se acerca entre los árboles. Paralizada por el miedo, cojo el primer tronco que encuentro y me agacho junto a la tienda, la llama se aproxima veloz hasta que descubro que es Raizel la que viene corriendo con una antorcha en la mano y cara

de agotamiento.

—¿De dónde coño vienes? —le pregunto enfadada.

—Hay que irse—susurra sin aliento—despiértalos a todos.

No la cuestiono, no entiendo muy bien porque no estaba en su sitio, pero no voy a perder con preguntas un tiempo que puede suponer la diferencia entre vivir o morir. Los llamo a todos mientras ella apaga el fuego del todo.

—¿Qué pasa? —pregunta Zatriel nerviosa en cuanto saca la cabeza de la tienda.

—Hay un grupo de hombres armados acampado a pocos minutos.

—¿Qué dices? —pregunta Zaiguer incrédulo.

—Creo que son gente del estandarte y que nos están siguiendo.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero me parece demasiada casualidad, quizá dieron con la familia de la cripta y ellos les hablaron de nosotros. También puede ser una simple batida de reconocimiento o un grupo de exploradores que se ha metido en el lugar equivocado, el caso es que están muy cerca y no nos conviene que nos encuentren.

Raizel parece realmente asustada, por lo que decidimos no perder el tiempo en desmontar las dos tiendas y abandonarlas aquí. Todavía nos quedan tres, así que guardamos nuestras cosas en las mochilas, apagamos las antorchas y nos vamos.

Continuamos nuestro rumbo hacia el norte a paso rápido, mirando en todas direcciones y atentos a cualquier aullido, sobre todo teniendo en cuenta que no llevamos las antorchas para no revelar nuestra posición.

—¿Cuánto creéis que falta? —pregunta Kilier varias horas después.

—Espero que poco, esta vez no nos hemos detenido apenas y llevamos un ritmo mucho más rápido.

Zaiguer se detiene tras sus palabras y nos paramos a su lado, me masajeo los músculos de las piernas, encontrándolos duros como rocas por culpa del estrés y el ejercicio constante.

—Descansemos unos minutos, comamos algo y sigamos—sugiere Zatriel—yo opino como Zaiguer, no puede faltar mucho para salir de aquí y está claro que en el caso de que esa gente nos estuviera buscando los hemos despistado. Propongo seguir sin descanso hasta salir de esta mierda de bosque, fuera podremos defendernos mucho mejor que aquí.

Ni siquiera nos sentamos, saco algunos frutos silvestres y comemos unos pocos para recuperar energía.

—¿Cómo supiste que estaban ahí? —le pregunto a Raizel aprovechando el descanso.

—Por el olor—sonríe incrédula—aunque suene increíble me vino un ligero olor a leña quemada, a hoguera, al principio pensé que obviamente era la nuestra, pero entonces me di cuenta de que el olor procedía del sur y nuestra hoguera estaba al norte. Así que me levanté y decidí ir a echar un vistazo.

—Te alejaste demasiado y estabas sola—la regaño.

—Lo sé, pero en ese momento no fui consciente de ello, y tampoco pensaba que estuviesen tan lejos, la verdad.

Zaiguer se acerca a ella y un susurrado: no vuelvas a hacerlo, sale de sus labios antes de besarla.

De nuevo nos ponemos en marcha y caminamos sin cesar, estoy tan agotada que a veces tengo la sensación de que mis pies se mueven solos, por pura inercia.

—Si seguimos así voy a necesitar dos días durmiendo para recuperarme—le comento a Zatriel que camina a mi paso desde hace rato.

—Aguanta un poco más, tenemos que estar muy cerca del otro lado, Eiver, estoy segura.

Sus palabras me alientan a continuar, me pego a ella un segundo y rozo su mano con la mía, Zatriel me observa un segundo y me guiña un ojo que hace que mi sangre vuelva a calentarse, hasta que oímos un aullido y se me congela de golpe.

—¡Corred! —grita Zaiguer.

Y como si no estuviésemos lo suficientemente cansados, comenzamos a correr agarrándonos a las pocas energías que nos quedan. Zatriel coge mi mano y no me suelta en ningún momento, y gracias a eso he evitado caerme de bruces en un par de ocasiones.

Comenzamos a escuchar el trote de uno de los lobos cada vez más cerca, hasta que Zatriel se detiene, apoya una rodilla en el suelo y después de apuntar con su arco; dispara. La flecha alcanza al animal en una de las patas delanteras haciéndolo volcar y dar varias volteretas por el suelo, momento que Zatriel aprovecha para cargar de nuevo y dispararle, esta vez en la cabeza.

Yo solo puedo mirar de forma rápida todo lo que sucede. A mi lado, Zaiguer ha disparado contra otro que ni siquiera he visto venir, y aprovechando todo ese desconcierto, Kilier y Raizel han encendido un par de antorchas.

—¡Agrupaos! —ordena Zatriel.

Los cinco nos juntamos, recogemos más ramas del suelo y las prendemos, dos lobos más aparecen acercándose lentamente, como hipnotizados por la llama que a su vez los mantiene a una distancia prudente.

—¿Qué hacemos? —pregunta Kilier.

—Seguid reculando—ordena Zaiguer sin dejar de apuntar a los lobos, igual que Zatriel.

Los ojos ambarinos de los animales nos estudian durante segundos, hasta que finalmente se dan la vuelta y desaparecen entre los árboles dejándonos a todos con el corazón a punto de saltarnos del pecho. No nos detenemos a preguntarnos porque han abandonado su cacería, simplemente nos damos la vuelta y comenzamos a correr de nuevo, hasta que unos pocos minutos después, de repente los árboles se dispersan y descubrimos un cielo negro y lleno de estrellas sobre nuestras cabezas. Hemos sobrevivido a Tenebris, otra vez.

Capítulo XXIV

Zatriel

Después de tres días caminando casi sin descanso y sin incidentes destacables, ayer por la noche llegamos a la cueva donde nos ocultamos cuando nos atacaron los caníbales. Esta vez ha sido una excepción y ninguno se ha quedado haciendo guardia, estábamos tan agotados que encendimos el fuego y nos tumbamos todos alrededor metidos dentro de nuestros sacos.

Hemos notado un cambio importante en la temperatura, al haber ascendido tanto, también ha vuelto el frío intenso del norte, algo que sin duda no había echado de menos cuando estábamos al otro lado de Tenebris.

Zaiguer y yo hemos salido a cazar la comida de un par de días y ahora estamos dividiendo las raciones entre todos, cuando salgamos de esta cueva, Eiver y yo nos dirigiremos a Karvos, Raizel y Kilier a Kran, y Zaiguer a Lotia.

—Recordad, el plan es avisar de lo que sucede y volver aquí para reunirnos todos— resume Zaiguer—pero, sobre todo, si hay cualquier complicación por el camino o veis que es demasiado arriesgado acercaros, simplemente daos la vuelta y volved aquí. Esta cueva es segura, será nuestro punto de encuentro.

—¿Y qué pasa si llegamos aquí y no hay nadie? —pregunta Kilier confuso.

—Esperas—respondo dirigiéndome a todos—está claro que no vamos a volver aquí todos a la vez, el que llegue primero que espere intentando pasar lo más desapercibido posible.

—¿Y si te matan y no vuelves?

Su pregunta me hiela la sangre, hasta ahora no he contemplado esa posibilidad.

—Si alguien no regresa, ¿cómo sabemos cuánto tiempo debemos esperar? —insiste.

—Tiene razón—añade Eiver—deberíamos tener un plan alternativo por si pasa lo peor, quien consiga llegar aquí no puede quedarse esperando a alguien que a lo mejor no regresa.

—Está bien, ¿qué os parece un margen de cinco días a contar desde el primero de nosotros que regrese aquí? Si pasado ese tiempo alguien no ha vuelto, los demás se irán.

—Me parece bien—secunda Zaiguer.

—¿Y a dónde iremos? No tenemos ningún sitio al que ir—pregunta Kilier aturdido.

—Tampoco lo tenemos ahora, será cuestión de seguir buscando.

Estamos entrando en una conversación que está desmoralizando al grupo, algo que ahora mismo no nos conviene, así que decido zanjarla.

—Dejad de darle vueltas a algo que no ha pasado, tenemos un objetivo que cumplir y cuanto antes nos marchemos antes volveremos.

Dicho eso todos nos despedimos, abandono la cueva junto a Eiver con un nudo en el pecho, nunca pensé que podría llegar a encariñarme de gente desconocida de la forma en la que lo he hecho.

Durante las primeras horas hemos caminado en silencio y descendido para dar un rodeo

como ya hicimos con Darío, algo que nos fue bastante bien hasta que nos acercamos a Troal. Miro a Eiver, sumida en un mutismo que comienza a desesperarme.

—No puedes pasarte todo el camino pensando en ellos, necesito que te centres.

—No puedo evitarlo—murmura.

La detengo cogiéndola por un brazo y la miro muy seria, ella me devuelve una mirada confusa y cansada.

—Pues vas a tener que hacerlo porque pensar en ellos es distraerse, y una distracción ahora nos puede costar la vida a las dos, necesito que estés atenta.

Eiver lanza un soplando cansado al aire y me mira con gesto contrariado, supongo que ahora es cuando me va a decir que soy una insensible o la mujer más fría del planeta, pero en lugar de eso y para mi sorpresa, acaricia mi cara con la mano y me besa profundamente.

Su lengua entra en mi boca provocándome un hormigueo en el pecho que me corta el aliento mientras su lengua me recorre y danza con la mía en un beso largo, profundo y necesitado que finalmente rompemos para recuperar el aliento.

—¿Y esto? —pregunto atontada unos segundos después.

—Me apetecía—asegura encogiéndose de hombros—. Y tienes razón, no puedo pasarme el día preocupada por ellos, debo estar centrada en lo que tenemos que hacer.

—Me alegra oír eso, porque llegadas aquí deberíamos comenzar a ascender y necesito que tengas los ojos muy abiertos, volvemos a entrar en terreno susceptible de que nos ataquen los moradores, y la verdad es que no me apetece que me capturen otra vez, ¿sabes? Por lo de correr y eso—bromeo.

Eiver sonrío y vuelve a besarme, como siga así la que será incapaz de centrarse seré yo.

—¿Cuánto falta? —pregunta cuándo de nuevo nos ponemos en marcha.

—Si seguimos a este ritmo calculo que mañana al atardecer llegaremos al territorio de Karvos, y lo mejor de todo es que esa es la mejor hora para cazar jabalíes, podré dar con Soro y pedirle que organice un encuentro con su hermana.

—¿Soro? ¿Así se llama el hermano de tu...?

—Sí, él se llama Soro y ella Evania—suelto a bocajarro.

—De acuerdo...

—Oye, Eiver—la detengo de nuevo—sé que esto no te hace mucha gracia, pero, aunque lo mío con Evania fuese solo sexo, no deja de ser alguien importante para mí, siempre se portó muy bien conmigo, me enseñó muchas cosas y lo más importante: estoy viva gracias a ella. Me gustaría que no hubiese malos rollos.

—¿Cómo de importante? —pregunta entornando los ojos.

—No es como tú, ¿de acuerdo? De ti estoy enamorada, ella simplemente es alguien especial en mi vida, como lo puede ser Zaiguer para ti. Confieso que al principio tuve muchos celos de él, pero tú y yo aclaramos las cosas y dejó de incomodarme su presencia porque confío en ti, y ahora también en él, me gustaría que tú hicieses lo mismo conmigo.

—Está bien—dice con gesto sincero—vayamos en busca de Soro.

Mis cálculos han sido bastante exactos, un día después estamos entrando en territorio de Karvos cuando falta poco para que anochezca. Todavía no me acabo de creer que no hayamos tropezado con nadie que quisiera matarnos en el tiempo que hemos tardado en recorrer el camino desde la cueva hasta aquí. Esta vez las cosas han ido mucho mejor y tan solo nos hemos cruzado con un par de grupos de errantes y algún caminante solitario a los

que no nos ha costado mucho ocultar nuestra presencia.

Cojo a Eiver de la mano y le pido que guarde silencio absoluto. Sé dónde encontrar a Soro, conozco todos los rincones por donde suelen colocarse los cazadores de Karvos y no me apetece que un ruido extraño los haga confundirnos con un animal y acabemos con una flecha en el corazón. Tardamos más de lo que imaginaba en llegar a la zona de caza de Soro, siempre se me olvida que el territorio de Karvos es jodidamente extenso.

Nos agachamos junto a unos matorrales y comienzo a buscar con la mirada a mi amigo, sé que estará apostando en absoluto silencio en algún rincón, esperando a que un jabalí se acerque. Lo localizo unos metros más adelante de donde estamos nosotras, le pido a Eiver que espere y me pongo en pie, comenzando a caminar despacio hacia él mientras le llamo en voz baja, no quiero que se asuste y me dispare.

—Soro...—murmuro.

Mi amigo se irgue y mueve la cabeza lentamente en busca de la procedencia del sonido de mi voz.

—Soro...—lo llamo de nuevo.

Ahora sí, se gira de golpe y sus ojos se abren enormemente al verme.

—¿Zatriel? —pregunta perplejo.

—Sí—sonríe contenta de verle.

Soro abandona su arco en el suelo y corre hacia mí con los brazos abiertos. Mi amigo me abraza con tanta efusividad que durante unos segundos me cuesta respirar, pero le devuelvo el abrazo emocionada por lo mucho que me alegro de verle.

—Joder, Zatriel, eres una puta superviviente—comenta eufórico.

Soro me suelta y dedica unos segundos a mirarme de arriba abajo con una sonrisa incrédula en la cara.

—Pensé que a estas alturas ya estarías muerta—dice más serio.

—Vaya, gracias por tu confianza—contesto en tono jocoso.

—Sí, olvidaba que eres la chica más dura que he conocido, ¿qué haces aquí? ¿dónde has estado todas estas semanas?

—Oye Soro, estoy aquí por algo urgente y necesito que me ayudes.

Le hago un gesto con la mano a Eiver, que sale de detrás de los matorrales y se acerca a nosotros mientras Soro la mira completamente atónito.

—¿Qué te ayude? ¿Quién es?

—Ella es Eiver, es de confianza no te preocupes. Necesito hablar con Evania, ¿puedes arreglar un encuentro sin que nadie se entere? —pregunto en voz baja.

Soro sonríe de una forma que no comprendo, después alza las cejas y me enfoca entornando los ojos.

—No necesitas que organice nada, solo hemos de ir hasta el campamento y podrás hablar con ella.

—Creo que te olvidas de algo Soro, te recuerdo que me desterraron de Karvos, si alguien más me ve estoy muerta.

—Las cosas han cambiado mucho aquí desde que te fuiste, Zatriel, tu orden de destierro fue anulada tres días después de que te marchases. Te estuve buscando durante días por petición de mi hermana, pero al no dar contigo pensamos que estarías muerta.

—¿Qué? —pregunto confusa—¿por qué se anuló mi destierro?

—Creo que es mejor que sea mi hermana quien te explique eso. Vamos, está

oscureciendo.

Eiver me coge por el brazo y me separa de Soro un par de metros.

—¿Te fías de él? —pregunta en voz baja—podría ser una trampa para capturarte.

La miro aturdida, estoy tan sorprendida por lo que acaba de contarme que no consigo pensar con claridad. Pero siempre he confiado en Soro, nos hemos salvado la vida mutuamente muchas veces como para que ahora me traicione.

—Soro es de fiar, Eiver, no nos pasará nada—le aseguro convencida.

Dicho eso nos ponemos en marcha y caminamos unos pasos por detrás de mi amigo hasta que llegamos a la entrada del campamento. Una inquietante sensación se apodera de mi cuerpo, por mucho que me fíe de él no dejo de tener cierta duda, en Karvos jamás se ha levantado una orden de destierro, no entiendo cómo ha podido conseguir Evania algo así.

Cuando llegamos a las puertas los guardias nos escanean con la mirada, Eiver se pega a mí y yo me pongo tensa, esperando que en cualquier momento nos salten encima y nos detengan, pero nada sucede, abren las puertas y nos permiten entrar junto a Soro.

—Relájate—me dice mi amigo con una sonrisa—te he dicho que estás a salvo aquí.

—Es que me cuesta asimilarlo...

—Ya, pues hazlo rápido, porque por tu culpa no he cazado nada y ahora todos los demás se burlarán de mí, me debes una cacería—dice contento—tú y yo, solos en el bosque contra esas bestias de colmillos enormes, como en los viejos tiempos.

Sonríó al pensar en ello, he pasado muy buenos ratos junto a Soro durante las cacerías y lo cierto es que echo de menos esos momentos.

—Cuando quieras—digo muy segura.

—Perfecto.

Se me hace muy extraño estar de nuevo en el poblado, me siento como si hiciese años que me fui de aquí cuando en realidad solo han pasado unos tres meses. Caminamos entre la gente, todos me miran con rostros indescifrables, algunos me saludan y otros se quedan con la boca abierta.

Llegamos a la cabaña del adalid e intento calmarme, Evania estará dentro y sé que ella le impedirá hacerme daño. El guardia de la puerta deja pasar a Soro, que se adelanta para anunciar nuestra llegada y unos segundos después sale de nuevo.

—Os recibirá ahora mismo, podéis pasar. Yo voy a mi cabaña para asearme, os veo luego.

—¿Y ya está? ¿Entramos sin más?

—Sí, ya está—sonríe, después se encoge de hombros y se marcha.

—Las armas aquí—ordena el guardia.

Eiver me mira con cierta desconfianza, no es que a mí me haga mucha gracia dejarlas, pero son las normas y negarnos solo nos traerá problemas.

—No pasará nada—le aseguro, intentando transmitirle una confianza que no siento.

Dejamos las mochilas y las armas junto a la entrada y el guardia se hace a un lado para dejarnos pasar. Seguida por Eiver, subimos el escalón que da acceso a la puerta.

En cuanto entramos el guardia cierra la puerta a nuestras espaldas. Siento los latidos acelerados de mi corazón martilleando mis sienes, jamás había entrado en la cabaña del adalid y reconozco que el lugar es muy acogedor. Decorado con una enorme alfombra delante del fuego, una mesa con un par de sillas, un sillón alto en el que imagino que debe sentarse el adalid cuando recibe visitas y varias velas encendidas por todos los rincones.

No hay nadie en la estancia principal, Eiver se queda en pie junto a la puerta y yo doy

unos pasos hacia adelante, hacia la única puerta que hay en esta cabaña asumiendo que ambos deben encontrarse ahí.

Evania sale de pronto y me mira emocionada como si estuviese viendo un fantasma, yo no puedo describir la alegría que siento al verla, está exactamente como la recordaba, con su lacia y larga melena oscura reposando sobre uno de sus hombros, su mirada penetrante y segura, y esa sonrisa ligeramente curvada que volvía locos a los hombres de medio campamento.

—Dios mío, Zatriel—susurra incrédula mientras avanza hacia mí con decisión.

Para cuando soy consciente de lo que va a pasar ya es demasiado tarde, sus labios acaban de atrapar los míos y Evania me besa con ansia. La acción me sorprende tanto que durante unos segundos me paralizó y soy incapaz de reaccionar, ¿es que se ha vuelto loca? El adalid nos matará a todas si la descubre engañándolo de nuevo, por no hablar de que le estoy haciendo a Eiver exactamente lo que ella me hizo a mí.

Por fin consigo que la sangre me llegue al cerebro y reacciono, coloco una mano en su pecho y la empujo lentamente hasta mantener cierta distancia entre las dos.

—Evania, ¿qué haces? —pregunto todavía sofocada por lo que acaba de pasar.

—Perdona, Zatriel, yo, no sé...—sonríe—no he debido hacerlo, pero me resultaba tan imposible que realmente fueses tú, que he sentido la necesidad de volver a probar el calor de tus labios para asegurarme.

—Pues soy yo—acierto a decir titubeante.

—Ya veo—sonríe—déjame abrazarte anda, prometo no besarte.

Sonríó y me abrazo a ella durante unos segundos que me reconfortan, por fin alguien que no quiere matarnos.

—Bueno—dice cuando nos separamos—¿quién es tu acompañante?

Miro a Eiver por primera vez desde que hemos entrado aquí, puedo ver la confusión en su mirada, así como la duda que le ha provocado lo que acaba de pasar.

—Acércate—le pide Evania.

Eiver camina hacia nosotras plantándose justo delante de Evania, mirándola con desconfianza.

—Ella es Eiver—le digo por fin—es mi...

Dudo unos segundos, pero no por Eiver, solo porque no sé cómo plantear esto, es todo muy raro.

—¿Tú qué, Zatriel? —pregunta Evania con ojos entornados.

—Estamos juntas, Eiver y yo somos, ya sabes...

—¿Pareja? —resuelve alzando las cejas con sorpresa.

—Sí, es mi novia.

Evania la escanea durante unos segundos que se me hacen interminables y después me enfoca a mí con mirada indescifrable. Joder, estoy a punto de que me dé un ataque cuando de pronto Evania me señala con el dedo.

—Siempre has sido un puto desastre con estas cosas, Zatriel—me regaña—que esta chica es tu novia es lo primero que me tendrías que haber dicho en cuanto has cruzado esta puerta.

La miro con los ojos muy abiertos mientras se gira hacia Eiver y le coge la mano entre las suyas estrechándosela con afecto. Un saludo típico de mi poblado.

—Bienvenida a Karvos, Eiver, lamento lo que ha pasado con el beso, si esta idiota me

hubiese avisado te habría ahorrado ese desagradable momento. Te prometo que no volverá a suceder.

—G-gracias—titubea Eiver, casi tan sorprendida como yo.

Evania asiente y con su característica elegancia se dirige hacia el sillón y se sienta. Eiver me mira interrogativa, pero estoy tan alucinada que no soy capaz de asimilar todo lo que está pasando desde que hemos llegado.

Capítulo XXV

Eiver

Tengo que reconocer que entiendo que Zatriel no se resistiera en su día a esta mujer, no solo es atractiva, también es enigmática y desprende una energía positiva que contagia. Lo último que esperaba era que alguien en su posición se disculpara por hacer algo a lo que al fin y al cabo tenía derecho, teniendo en cuenta que cuando Zatriel se fue de aquí estaban juntas. No puedo culparla por ese beso, y después de su disculpa me siento incapaz de guardarle rencor, pero lo que más me desconcierta es que acaba de sentarse en el sillón que debería ocupar el adalid.

—Bien, Soro me ha dicho que tenías algo urgente que contarme, ¿qué ocurre? — pregunta dirigiéndose a Zatriel, que la mira con los ojos muy abiertos.

—Espera, Evania, ¿ahí no debería estar el adalid? —pregunta confusa.

—Y lo está, Zatriel, ahora yo soy la adalid de Karvos. Sentaos por favor, han pasado muchas cosas desde aquel día, supongo que tendrás preguntas.

—Ya lo creo que las tengo—dice Zatriel a la vez que nos sentamos en unos troncos frente a ella—¿qué es eso de que eres el adalid? ¿Dónde está tu esposo?

—Murió dos días después de tu marcha, los sanadores dijeron que su corazón falló, no pudieron hacer nada por él. Como su esposa, el cargo pasó a mí de forma temporal hasta que hubiera votaciones, así que aproveché ese tiempo para cambiar algunas normas que a mi parecer son bastante absurdas y machistas, aunque mi primera acción como adalid en funciones fue anular tu orden de destierro. Hice que te buscaran, Zatriel...

—Lo sé, Soro me lo ha explicado.

—¿Dónde te metiste? Te di por muerta, joder—dice bajando el tono en las últimas palabras.

—Por ahí—se encoge de hombros—aunque no duré mucho, me raptaron los moradores y... Es largo Evania, ya te lo explicaré en otro momento. Acláranos, por favor, eso de que eres adalid, porque eso cambia las cosas, para bien, sin duda.

—Es sencillo, hice que por primera vez en Karvos se permitiese a las mujeres presentarse al cargo, aunque no te niego que me costó mucho convencer a los consejeros. Una vez se aprobó, me presenté al puesto con ideas bastante distintas a las que hay aquí, ya sabes que a mí eso de ser esclava de los hombres no me va—sonríe con una complicidad que Zatriel le devuelve—supongo que no es momento de entrar en detalles, la cuestión es que ahora soy yo quien manda en Karvos, dime que es eso tan importante.

Zatriel le narra de forma resumida pero concisa todo lo que descubrimos cuando llegamos al otro lado de Tenebris. Le habla del ejército, del oro, del paso entre las rocas que utilizarán para llegar a este lado y de la supuesta alianza entre cuatro de los asentamientos del norte con referencia al oro. Evania escucha cada palabra con suma atención, asintiendo y tomando nota mental de cada detalle, no deja de fascinarme la seguridad que desprende.

Cuando Zatriel termina de narrar toda la historia Evania aparta la mirada a un lado,

pensativa, coge su larga melena y la peina con sus dedos mientras asimila todo lo que ha escuchado durante unos minutos en los que nosotras guardamos silencio.

—Hay cosas que ya sabía—dice por fin, dejándonos con la boca abierta.

—¿Qué cosas? —pregunto.

—Es muy largo de explicar, en todo el tiempo que llevo en el puesto no solo he luchado por mejorar la situación de los habitantes de Karvos. Una de las promesas que hice fue la de intentar conseguir algo mejor para todos ahí fuera, me refiero a armonía y paz, a que podamos cruzar nuestros muros sin miedo a que los del asentamiento vecino nos ataquen. Pedí audiencia con los adalides de los ocho asentamientos restantes, me he reunido con ellos uno a uno, he hecho propuestas, les he intentado hacer ver que si nos unimos la vida mejorará para todos.

—¿Hablas de un único adalid? —pregunta Zatriel.

—No exactamente. De lo que hablo es de unas normas comunes, que seamos civilizados, joder, no creo que sea demasiado pedir que dejemos de matarnos entre nosotros, bastante tenemos ya con los caníbales—dice molesta, a veces tengo la sensación de que habla más para ella misma que para nosotras.

—Y los moradores...—añade Zatriel.

—No, ellos ya no son un problema, he negociado una tregua con el cazador.

Las dos nos miramos atónitas, se me hace impensable que nadie haya conseguido mantener una conversación que no incluya una flecha con ese salvaje.

—¿Has negociado una tregua con ese animal? —pregunta Zatriel con las cejas tan alzadas que casi le tocan el pelo.

Después le entra la risa, algo que me contagia porque me parece igual de surreal que a ella, pero la reacción de Evania es tan natural al encogerse de hombros como si le hubiese resultado soberanamente fácil, que finalmente asumimos que es cierto. Eso también explica porque no nos hemos cruzado con ninguno de ellos al venir aquí.

Durante varios minutos, Evania nos narra todo lo que ha conseguido en este tiempo, y no es poco, ha llegado a un acuerdo de paz con Troal, el poblado de Darío, también con Zilas y Socán, y se encuentra en plenas negociaciones con Kran, el poblado de Raizel, donde espero que ella y Kilier hayan conseguido llegar a salvo.

—¿Y los demás? —pregunto pensando en Lotia.

—Los demás son los cuatro asentamientos que se han aliado y extraen oro de las montañas. Lo descubrimos hace unas semanas, cuando una de las patrullas de Socán interceptó a unos mercaderes que cruzaban sus tierras para acortar tiempo, suponemos. Llevaban consigo un importante cargamento de oro, al principio se negaban a hablar, pero les ofrecí quedarse todo lo que llevaban encima a cambio de que nos contaran de donde procedía.

—Inteligente—murmura Zatriel, orgullosa de su examante.

Evania la mira directamente a los ojos y sonrío de medio lado, supongo que tendré que acostumbrarme a la complicidad que hay entre ellas si no quiero discutir con Zatriel mientras estamos aquí.

—Disculpad, seguro que tenéis hambre, haré que os traigan comida ahora mismo.

Evania se levanta del sillón sin esperar respuesta, abre la puerta de la cabaña y le dice algo al guardia, en pocos minutos estamos comiendo cómodamente sentadas alrededor de la mesa.

—¿No te gusta? Puedo hacer que te traigan otra cosa—comenta Evania con gesto preocupado, parece que llevo mirando el mismo trozo de pescado un buen rato.

—No, quiero decir, que sí, sí que me gusta, es solo que se me hace raro comer en una mesa, creo que me había acostumbrado a hacerlo sobre una piedra o en el suelo, junto a una hoguera—respondo, y miro a Zatriel, que me dedica una sonrisa que me arrebatara cualquier duda sobre lo que siento por mí.

—Imagino que las últimas semanas no han sido fáciles para vosotras—comenta alternando la mirada entre ambas.

—Digamos que han intentado matarnos más veces de las que puedo recordar—responde Zatriel, después se lleva una buena porción de pescado a la boca y sigue comiendo.

Evania vuelve a la conversación que nos ocupa y nos explica que los mercaderes afirmaron que cada pocos días, hacían viajes al otro lado de Tenebris a través de un paso entre las rocas por orden del adalid de Lotia, que al parecer es el máximo artífice de toda la historia.

—¿Entonces sabes lo del túnel entre las rocas? —pregunto con sorpresa.

—No solo eso, no sabes lo que la gente es capaz de hacer con tal de conseguir oro. Esos mercaderes nos llevaron hasta la misma boca de la cueva, así que además de su existencia, también conozco la ubicación.

—Joder—murmura Zatriel con asombro.

De nuevo se sumerge en la historia, explicándonos que para cuando descubrieron lo del oro, los adalides de esos asentamientos ya habían declinado cualquier oferta de alianza con el resto, lo cual tiene su lógica si no quieren compartir ganancias. Les pidieron reunirse de nuevo, pero simplemente no obtuvieron respuesta.

—¿Y ya está? —pregunto molesta—¿lo habéis dejado pasar sin más?

—Eiver...—me intenta calmar Zatriel.

—No, puede que mi hermano esté allí, sacando oro de esa montaña para esos desgraciados...

—También puede estar en la zanja, Eiver—me corta dejándome con la boca abierta.

—Calmaos las dos—ordena Evania.

—¿Qué pasa con tu hermano, Eiver?

Sorprendida por su interés se lo relato todo desde el principio, desde los supuestos problemas de agua en Lotia, hasta lo que encontramos en la zanja y lo que nos contó el padre de Zaiguer, su respuesta me congela la sangre.

—Desde que sabemos lo del oro no hemos dejado de investigar, no porque queramos hacernos con él, sino porque sabemos que solo nos traerá problemas, y lo que me habéis contado es la prueba de ello. Esos cuatro idiotas han cometido el error de comerciar con un desconocido absoluto, alguien del otro lado que ahora los ha traicionado y por lo que todos acabaremos pagando las consecuencias. No sé nada de tu hermano, Eiver, pero sí sé dos cosas con seguridad, algo que hemos descubierto durante las investigaciones.

—¿Qué cosas?

—Esas zanjas...

—¿Zanjas? —la interrumpe Zatriel—¿cuántas hay?

—Cuatro, una en cada uno de los poblados del oro, así es como los llamamos ahora. Lo que te contó el padre de tu amigo es mentira, Eiver, cuando os sacan de vuestros poblados con esas excusas absurdas os dan caza más bien rápido. En cuanto la gente se ha alejado lo

suficiente de los muros, los capturan y los llevan a trabajar a la montaña, es un trabajo realmente duro y peligroso, la gente acaba muriendo, algunos caen enfermos, otros por accidente, otros por suicidio... Y es entonces cuando los llevan a la zanja, la única verdad que os contó ese hombre es que los cuerpos se dejan allí como aviso para los foráneos que se planteen entrar en su territorio.

—No puede ser—digo aturdida—¿por qué iba el padre de Zaiguer a mentirme? ¿Y por qué llegamos nosotros tan lejos?

—El motivo de que le mintiera lo ignoro, y en cuanto a lo segundo, imagino que fue él quien se ocupó de despejaros el camino el máximo de tiempo posible. Era su hijo, es normal que quisiera sacarlo de allí.

Zatriel coge mi mano y la acaricia con cariño, yo soy incapaz de levantar la mirada de la comida, si lo hago comenzaré a llorar.

—¿En todos los poblados pasa lo mismo?

—Eso me temo, no llevo tanto tiempo en el cargo como para haber conseguido desarrollar un plan para detener esa barbarie. Pero quiero hacerlo porque no es algo que salpique solo a la gente de esos poblados, es algo que acabará traspasando sus muros.

—¿A qué te refieres?

—Miradlo de esta forma, ¿qué pasará cuando no tengan gente suficiente para excavar el oro?

—La buscarán fuera...—susurro lacónica.

—Exacto. Es algo que debemos resolver, pero ahora parece que tenemos un problema mayor. Hay que detener a ese ejército.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Zatriel—nuestros amigos están...

Enmudece y yo la miro con espanto cuando ambas recordamos que Zaiguer está en un poblado enemigo avisando a su padre, ¿y si eso es un problema? ¿y si el padre de Zaiguer tiene algo que ver con lo que pasa? Se lo contamos a Evania con prisas y de forma atropellada.

—Dudo mucho que el padre de vuestro amigo le cuente nada a nadie, tendría que delatar a su hijo para eso, y si se ha tomado tantas molestias para evitar que acabase cavando oro no creo que lo haga. De todos modos, tendremos que reunirnos de nuevo con los adalides de Lotia, Neros, Setir y Talios, esta guerra nos concierne a todos, a ellos más que a nadie, ese ejército viene para hacerse con el oro y arrasarán a todo aquel que se interponga. Tengo que pensar—dice de pronto—sigues conservando tu cabaña Zatriel, id a descansar, hablaremos por la mañana.

Obedecemos, el guardia nos devuelve nuestras cosas al salir y camino junta a Zatriel por el campamento hasta llegar a su cabaña. Cuando entramos, dejamos nuestras cosas en la entrada y enciende algunas velas para iluminar la estancia.

Zaiguer

Hace casi dos días que llegué a la zanja de Lotia, durante la noche me he mantenido oculto en la repisa y durante el día vago por las inmediaciones a la espera de que aparezca mi padre. Ya está anocheciendo de nuevo, me dispongo a volver a la repisa cuando escucho un ruido y me agazapo tras unos matorrales, apartándome de la zona transitable mientras espero con prudencia para asegurarme de que la persona que se aproxima es mi padre.

El corazón me late enfurecido cuando por fin diviso algo acercándose, son dos hombres

que caminan a paso lento, arrastrando algo pesado que no logro ver bien hasta que alcanzan mi altura y pasan por delante, uno de ellos es mi padre. Los dos tiran con pesadez de una cuerda atada a dos extremos diferentes de una plataforma hecha con ramas, contengo la respiración cuando descubro tres cuerpos sin vida reposando sobre ella, colocados uno al lado del otro con la mirada perdida en un cielo cada vez más oscuro.

Sin entender nada, los sigo a una distancia prudente hasta que llegan a la zanja, mi padre coge al primero de los pies, su compañero lo coge de las manos y entre los dos lo lanzan dentro de la zanja como si fuese un tronco recién talado. Repiten la misma operación con el segundo y después con el tercero. El compañero de mi padre utiliza la misma plataforma donde hace unos segundos descansaban los cuerpos para tumbarse a echar una cabezada como si nada hubiese pasado.

—Necesito descansar un rato—anuncia, con una naturalidad que me hace sentir ganas de matarlo con mis propias manos.

Mi padre asiente, se aleja un poco de la zanja y se sienta a los pies de un árbol, después cierra los ojos. Enfurecido, me muevo sigilosamente hasta llegar a la parte trasera del árbol y en un gesto rápido, le tapo la boca con la mano a mi padre, conteniendo mis fuerzas para no apretar como desearía.

—Te espero en la repisa—le susurro, después me levanto y me alejo rápidamente.

Unos minutos después llega mi padre, al que en cuanto sale del agujero y se pone en pie, lo cojo por el cuello y lo empotro contra la pared.

—¿Qué acaba de pasar ahí arriba? —pregunto lleno de ira.

—Ya lo sabes, son cuerpos de gente escogida por la urna, escogieron el camino equivocado.

—Y una mierda, las urnas eligen a dos personas cada vez, ahí había tres, por no hablar de que según mis cálculos hoy no toca elegir a nadie.

Mi padre me mira confuso y enrojecido por la presión que ejerzo sobre su cuello, sus ojos se bañan en lágrimas y lo suelto de golpe, contrariado.

—Cuéntame la verdad, ¿qué es lo que está pasando aquí? Y no me digas que no lo sabes —lo amenazo.

—Primero dime donde está tu hermano.

—A salvo.

Finalmente, asiente y se deja caer arrastrando su espalda por la roca hasta sentarse en el suelo, me mira con ojos llenos de vergüenza.

—Hay una cueva en la montaña...

—La del oro—afirmo, él me mira completamente sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—Eso no importa, sigue.

—El adalid tiene engañado a todo el poblado, toda la gente que sale lo hace para ser enviada a excavar oro, nosotros no matamos a la gente de la zanja, lo hace el esfuerzo, la enfermedad, accidentes... Solo nos limitamos a traer los cuerpos y tirarlos aquí, nada más.

Durante varios minutos mi padre me cuenta una historia que me hiela la sangre, la información que nosotros teníamos era de que algunos adalides se habían unido para comerciar con oro al otro lado de Tenebris, él simplemente me lo confirma.

—¿Por qué no me dijiste nada la primera vez? El hermano de Eiver, papá...—murmuro furioso.

—No podía, si le hubiese dicho a esa chica que su hermano tal vez estaba allí, hubiese ido a buscarlo, y tú con ella. No podía permitir que te acercaras a aquel lugar, hijo, hice lo que tenía que hacer para protegerte.

Siento ganas de golpearlo hasta cansarme, pero me contengo, porque todavía tengo hermanos en Lotia y quiero que sigan a salvo. Le cuento a mi padre lo del ejército del estandarte negro y le hago prometerme que cogerá al resto de mis hermanos y que huirán de aquí, después me marcho sin despedirme.

Capítulo XXVI

Zatriel

Obviamente mi cabaña no es como la de Evania, tan solo tiene una estancia, pero es acogedora y suficiente para Eiver y para mí. Todo está como lo recordaba, nadie ha tocado nada y es algo más que debo agradecerle a Evania.

Mi chica lo observa todo con curiosidad, realmente no hay gran cosa para ver, pero supongo que quiere hacerse una idea sobre cómo vivía antes de conocerla a ella. Después de dar un par de vueltas en silencio, finalmente, se descalza y se sienta sobre lo que aquí podría considerarse una cama, aunque el colchón sea una tela rellena de serrín.

—¿Te gusta?

—Sí, es mucho más de lo que tenemos en Lotia, allí las cabañas son mucho más pequeñas, mi hermano, mi padre y yo vivíamos en una que era la mitad que esto.

—Pues esta es nuestra, Eiver, tuya y mía.

Sus ojos se abren como dos balones ante mi afirmación.

—¿Quieres que nos quedemos aquí? —pregunta muy seria.

—No digo que nos quedemos, solo digo que lo tengamos en cuenta como una posibilidad, Karvos ahora es un lugar seguro para nosotras.

—Yo no soy de Karvos...

—Tampoco eres de ningún sitio, en Lotia te enviaron a morir. Yo tampoco era de ningún sitio hasta esta noche, pero ahora puedo volver y tú puedes hacerlo conmigo.

—¿Y qué hay de Zaiguer, Kilier y Raizel? ¿Los abandonamos a su suerte? —dice frustrada.

—Claro que no, si hablo con Evania les permitiría vivir aquí y lo sabes, podrían quedarse en esta cabaña con nosotras hasta que se les asignase una.

Eiver me mira contrariada y pensativa, creo que valora los pros y los contras en este momento, y estoy segura de que contras solo tiene uno: Evania.

—Oye—digo poniéndome en cuclillas frente a ella a la vez que cojo sus manos—siento lo que ha pasado antes, lo de ese beso, te juro que era lo último que esperaba que hiciera...

—No pasa nada—me corta—yo te hice lo mismo, así que estamos en paz.

Entorno los ojos y la miro con cierta duda, pero Eiver me sorprende con un tierno beso.

—Hablo en serio—añade después—no estoy enfadada, pero necesito oír de tus labios que lo tuyo con ella está acabado del todo, porque creo que para ella esa parte no está muy clara.

—Está acabado, ya te lo dije y te lo repito de nuevo, Evania siempre será alguien especial para mí, pero te quiero a ti. Y por ella no has de preocuparte, puede ser muchas cosas, pero tiene palabra, y si te ha dicho que no se interpondrá, debes creerla.

—Es que te mira de una forma...

—Me mira como a la mitad de las chicas del poblado, las mujeres son su debilidad, Eiver, no puede evitarlo, y ahora que es libre te aseguro que su cama debe echar humo por las noches.

—Está bien—dice convencida—y tienes razón, este es un lugar seguro, lo que llevamos semanas buscando, creo que merecemos poder dormir por las noches sin esperar a ser atacadas.

—Decidido entonces, mañana hablaré con ella y después iremos a la cueva a buscar a nuestros amigos.

—En ese caso deberíamos aprovechar este momento de intimidad, ¿no crees?

Sonríó ante su proposición y comienzo a desnudarme con ansia, Eiver me observa sonriente desde la cama y sus ojos recorren mi cuerpo desnudo con agrado mientras se tumba con la respiración agitada. Será la primera vez que disponemos de toda la noche para nosotras sin miedo a que nadie nos interrumpa, me mareo con solo pensarlo.

Como me solía ocurrir cuando vivía aquí, me despierto con las primeras luces que se cuelan por mi extraña ventana, un agujero en la madera tapado por un trozo de plástico. Abro los ojos con pesadez, me siento agotada, los últimos días han sido muy intensos; caminando a paso rápido, comiendo lo justo para mantenernos en pie y descansando poco y mal. Me estiro y mis huesos crujen, Eiver se remueve entre las sábanas escondiéndose bajo ellas como un caracol. Perezosa.

Me tapo la cabeza con la sábana y la busco en la cama. Le aparto el pelo, rozando sus hombros con los dedos de forma superficial en una caricia que la estremece. Beso su cuello, Eiver lanza un gemido al aire que me eriza la piel y se gira hacia mí y me besa de forma lenta y profunda. El resto del mundo desaparece hasta que alguien llama a la puerta un par de veces y a la tercera entra, es Soro.

—Que oportuno—me quejo tapada hasta el cuello con la sábana.

—Lo sé—sonríe jocosamente—mi hermana quiere veros. Desayunaréis con ella en su cabaña, no tardéis—anuncia antes de salir.

Nos vestimos rápido, aunque nos hemos permitido disfrutar de una noche sin preocuparnos de nada que no seamos nosotras, sabemos que el día será diferente. Hay un problema serio que amenaza a todos los asentamientos del norte y para el que no se me ocurre ninguna solución que no implique cientos de muertes. Salimos sin armas, cuando llegamos el guardia asiente haciéndose a un lado para dejarnos pasar.

Encontramos a Evania sentada a la mesa con un succulento desayuno que me hace salivar.

—Sentaos—nos invita haciendo un gesto con la mano.

Me permito mirarla unos segundos, lleva las mismas ropas que ayer, lo cual no es raro teniendo en cuenta que aquí eso es algo que escasea. Pero también lleva el mismo peinado y eso en ella es impensable salvo que no haya dormido en toda la noche.

—¿No has descansado?

—No es algo que me pueda permitir ahora. No sabemos de cuánto tiempo disponemos antes de que ese ejército cruce la montaña por las cuevas, hemos de actuar rápido.

—¿Cuál es el plan? Porque imagino que ya tienes uno.

—Para empezar, he enviado emisarios a todos nuestros aliados para organizar una reunión de urgencia, incluyendo al adalid de Kran, que espero que se una a nosotros definitivamente cuando sepa lo que ocurre. La reunión se llevará a cabo esta tarde en Socán, es el más cercano a todos. Yo partiré en una hora, pero antes de ir allí haré una parada en la morada del cazador.

—¿Te has vuelto loca? —pregunto nerviosa—es un puto psicópata, Evania, no puedes ir allí.

—Ya sé lo que es, traté con él no hace mucho para llegar a una tregua, ¿recuerdas? Y ahora los necesitamos, a él y a todos esos animales que viven bajo su mando.

—Tiene razón, Zatriel, a estas alturas cualquier ayuda será bien recibida. El ejército del estandarte es demasiado grande—interviene Eiver.

Evania le agradece el apoyo con un movimiento de cabeza antes de seguir hablando.

—También he enviado una decena de guardias hacia la cueva por la que llegarán a este lado, tienen órdenes de vigilar todo el perímetro y buscar accesos por cualquier rincón, por pequeños que sean me sirven. Además, dos de ellos se adentrarán en el interior y seguirán la línea de sangre hasta dar con el ejército. Eso nos permitirá calcular el tiempo que nos queda hasta que lleguen.

—¿De cuánto crees que disponemos?

Evania alza las cejas pensativa mientras termina de masticar unas bayas antes de contestarle a Eiver.

—Un ejército de esas magnitudes tardará mucho en desplazarse, por no hablar de que lo harán en subida y que además, cruzar esa cueva les ralentizará de forma exagerada al no poder entrar todos a la vez. Calculo que tendremos dos semanas, tal vez tres.

Suspiro con alivio, pensaba que sería menos, pero es cierto que la boca de la cueva reducirá su número.

—¿Crees que los demás adalides te seguirán? —pregunto preocupada.

—No lo sé, Zatriel, pero cuento con que así sea. Por separado no tenemos ninguna oportunidad y ellos lo saben, aun así, como adalid de Karvos me debo primero a mi pueblo y de momento voy a actuar como si esta guerra fuese solo contra nosotros. Necesito pedirlos algo, quiero que me acompañéis a la reunión, vosotras seréis la prueba de lo que cuento.

Eiver y yo nos miramos un segundo, suspiro con pesadez.

—¿Qué pasa? —pregunta Evania con gesto contrariado.

—Nada, es solo que ir a la morada del cazador no es algo que nos haga mucha gracia, además, queríamos pedirte permiso para que nuestros amigos se queden aquí en Karvos, con nosotras, y después ir a buscarlos.

Evania me coge la mano y me mira directamente a los ojos, recordándome el día que me confesó lo que sentía por mí, algo que no fue recíproco por mi parte pero que no le importó a la hora de seguir acostándose conmigo.

—Te dije anoche que lo que me pidas te será concedido, sabes muy bien cuanto te aprecio, Zatriel. Evitaré por todos los medios ponerte en peligro siempre que pueda, eso te incluye a ti, Eiver—añade ante la mirada de sorpresa de mi chica—vuestrs amigos pueden quedarse en Karvos si así lo desean, decidme donde podemos encontrarlos y mandaré hombres para que los traigan aquí sanos y salvos, os lo prometo. En cuanto a la morada del cazador, no tenéis que entrar, os quedaréis fuera con parte de mis hombres.

Eiver y yo asentimos conformes, y después de desayunar cogemos nuestras armas y nos dirigimos hacia la salida, donde hemos quedado con Evania y sus hombres para partir hacia Socán, haciendo una inquietante parada primero en la morada del cazador.

El ritmo del grupo es alto, aun así, es más lento que el paso que nosotras hemos llevado los últimos días, por lo que no nos cuesta nada seguirlos. Evania ha cumplido su palabra y

ha enviado un grupo de tres hombres liderados por Soro, primero a Kran, donde creemos que todavía pueden estar Kilier y Raizel, y después a la cueva, donde debería estar Zaiguer o quizá los tres.

Llegamos a la morada del cazador mucho antes de lo que imaginaba, es la ventaja de no tener que andar dando rodeos por miedo a que te maten. Gracias a las treguas y alianzas que ha conseguido Evania en estas semanas, las distancias serán mucho más cortas y si todo va bien, estaremos de vuelta en Karvos por la mañana.

Las lonas que hacen de muro en la morada nos recuerdan al día que logramos escapar con la ayuda de Darío, se me hace un nudo en el pecho al recordarlo y mis ojos se inundan sin que pueda evitarlo. Agacho la cabeza en un intento desesperado para que Eiver no se dé cuenta, pero imagino que a estas alturas debe conocerme mejor de lo que imaginaba.

—Yo también lo echo de menos—susurra en mi cuello, después de abrazarme y besarme el pelo.

Pocos minutos después, Evania y parte de sus hombres salen de la morada. Nos mira y yo vuelvo a bajar la cabeza, pero me lo impide colocando en dedo en mi mentón.

—¿Qué pasa? —pregunta con gesto serio.

—Perdimos a un amigo que nos ayudó a escapar de aquí—contesta Eiver.

—Lo siento.

—¿Cómo ha ido? —pregunto zanjando el tema.

—Nos ayudarán, pero no bajo mis órdenes, lo harán por su cuenta. La verdad es que me da igual como lo hagan siempre que podamos contar con ellos—sentencia, después da una simple orden con un gesto de cabeza y todos se ponen en marcha.

Es ahora cuando comienzo a ser consciente del verdadero poder que tiene Evania sin saberlo. Siempre ha tenido alma de líder y ahora todos la siguen porque la respetan, no porque los obligue. Sonríe para mí, orgullosa de ella y animada por todo lo que creo que puede conseguir si la apoyamos.

Atravesamos las puertas de Socán un par de horas después y Evania es recibida por el adalid, quien parece encantado por su presencia. Los seguimos en silencio hasta el interior de una enorme cabaña circular donde los demás adalides esperan.

Todos la saludan con amabilidad, salvo uno de ellos que la mira como si supusiera una amenaza.

—¿Quién son? —nos señala.

—Ahora lo sabrás—contesta ella con autoridad.

Eiver y yo nos sentamos a su lado y durante varios minutos Evania narra todo lo que le hemos contado sin obviar ningún detalle. Todos la miran entre asombrados y absortos, sobre todo cuando les explica las medidas que ya ha tomado y como pretende hacer frente al ejército.

—Pero para eso necesitamos unirnos, nuestros hombres deben luchar juntos o la gente del estandarte negro nos aplastará como a moscas uno por uno.

—¿Cómo sabemos que no mientes? —pregunta el desconfiado, que ahora sabemos que es el adalid de Zilas.

—No lo hace—interviene de pronto el de Kran, que se muestra dispuesto a unirse a la alianza—una de las chicas que volvió del otro lado de Tenebris era de mi poblado, me ha contado exactamente la misma historia que cuentan las muchachas. No creo que haya nada más que discutir aquí, debemos unirnos a la causa de Evania y luchar todos juntos.

Eiver y yo nos miramos eufóricas al saber que Kilier y Raizel llegaron a Kran y están a salvo.

—¿Insinúas que debemos dejarnos liderar por una mujer? —pregunta atónito.

Evania da una fuerte palmada en la mesa que me hace saltar de la silla del susto, después se pone en pie, mirándolos a todos enfurecida.

—¡Yo no he pedido liderar a nadie! Lo único que intento es que nos pongamos de acuerdo para resolver un problema común, algo que nos matará a todos si no hacemos nada.

—No lo has pedido—interviene de nuevo el adalid de Kran—pero esto no funcionará nunca si no dejamos de discutir entre nosotros. Alguien tiene que tomar las decisiones y hasta ahora la única que ha hecho algo para unir a nuestros pueblos has sido tú, yo voto por nombrar a Evania líder única de todos los pueblos del norte—dice dirigiéndose a todos—cada uno de nosotros seguirá gobernando su propio poblado como hasta ahora, pero creo que ha llegado el momento de establecer unas normas de conducta comunes a todos los asentamientos...

—Y quién decide esas normas, ¿ella? —pregunta iracundo el adalid de Zilas.

—No—le corta ella—serían normas que consensuaríamos entre todos. Agradezco al adalid de Kran su confianza en mí, y estaré dispuesta a liderar los pueblos del norte si así lo votáis, pero ahora...

—Votemos ahora—la corta el adalid de Socán—gracias a Evania nuestra gente puede caminar tranquila por las tierras de cinco de nuestros poblados, por no hablar de lo que ha conseguido con los moradores, algo que ninguno de los aquí presentes se ha molestado nunca en hacer. Todos hemos actuado con egoísmo, pensando solo en el beneficio propio. Ya es hora de que nos gobierne alguien que busque el bien de todos. Yo voto que sí.

Ante la mirada atónita de Evania y nuestra, todos los adalides votan que sí sin pensarlo mucho, incluido el de Zilas después de meditar durante unos segundos.

—De acuerdo, iba a decir que eso no era nuestra prioridad ahora y lo mantengo. Así que, como nueva líder de los poblados del norte, lo primero que propongo es que pospongamos esa reunión donde decidiremos las nuevas normas para después de la guerra, primero debemos resolver esto.

—¿Qué hay del resto de poblados? Su ayuda nos iría muy bien y al fin y al cabo son los culpables de todo lo que ha sucedido—pregunta el adalid de Socán.

Evania suspira pensativa durante varios segundos antes de responder.

—No podemos ser débiles con esto, la vida de todos depende de ello. Convocaremos una reunión con todos los adalides y se les dará la oportunidad de elegir entre unirse a nosotros o ser apresados y apartados del cargo.

Capítulo XXVII

Eiver

Durante los siguientes días todo sucede muy deprisa, Evania está demostrando ser una excelente e implacable líder. Se reunió con todos los adalides uno por uno, consiguiendo no solo que dos de ellos se unieran a ella sin necesidad de tomar medios más drásticos, sino que también le revelaron la ubicación de la mina de oro.

Todos los presos fueron liberados por orden suya de inmediato. El adalid de Lotia y el de Neros fueron los únicos que se negaron a unirse a la causa que ellos mismos habían provocado. Tras una consulta con el resto de los líderes se decidió desterrarlos por traición. Hubo mucho debate con esa decisión, ya que algunos consideraban que el castigo debía de ser la muerte, pero Evania se negó, alegando que no podía construir los cimientos de la nueva alianza sobre la muerte de los traidores. A todos sus seguidores se les ofreció el perdón por sus actos a cambio de mostrar lealtad hacia la nueva alianza, y como consecuencia a Evania.

Tal y como había prometido Evania; Soro y sus hombres trajeron sanos y salvos a Zaiguer, Kilier y Raizel, que ahora se alojan en una cabaña cercana a la nuestra. No hay ni rastro de mi hermano, toda la gente de la mina fue trasladada a Lotia, que era el poblado más cercano, donde se les atendió para recuperarse de sus heridas. Estuve allí un par de días ayudando a mi amigo Brano con las curas y manteniendo la esperanza de que mi hermano Kirian apareciera entre los heridos, pero no fue así. Y ahora vuelvo a estar en Karvos junto a Zatriel, esperando órdenes de nuestra nueva comandante.

Durante estos días también se ha ocupado de preparar el ataque. Gracias a los hombres que envió a las cuevas, sabemos que el ejército llegará aquí dentro de dos días. Evania nombró varios generales entre los hombres del norte, cada uno al mando de grupos con finalidades diferentes.

Se han preparado cientos de trampas en los alrededores de la cueva y también en los límites del bosque de Tenebris por si han optado por dividirse e intentar sorprendernos por allí. Esta última decisión fue tomada cuando le explicamos que al volver había un grupo que podía estar siguiendo nuestro rastro por el bosque.

Hay decenas de personas en todos los poblados fabricando armas sin descanso, sobre todo arcos, flechas, ballestas y lanzas. Todo lo que nos sirva para evitar el combate cuerpo a cuerpo tiene prioridad.

Zaiguer, Zatriel y yo entramos en la cabaña de Evania, que acaba de llegar de la última reunión antes del combate. Kilier y Raizel están fabricando lanzas.

—Hoy partiremos hacia la cueva—dice mirándonos con cansancio—gran parte de nuestro ejército ya está allí desde ayer, apostados en sus puestos. Tenemos la cueva completamente rodeada, la estrechez de la salida nos da una ventaja clara al reducir su número. Además, les tengo preparada una sorpresa—dice mordaz—si mi plan sale bien, tal vez nos ahorremos la guerra.

—¿Qué plan? —pregunta Zatriel alzando una ceja.

—Ya lo verás—dice con una sonrisa maliciosa, a la vez que le guiña un ojo.

Ya me he acostumbrado a los gestos de Evania hacia Zatriel. La primera es una conquistadora nata que siempre sentirá debilidad por mi chica, pero sé que no pasa de ahí, son gestos inconscientes que hace por costumbre, que le hacía a Zatriel cuando estaban juntas y que ahora forman parte de su forma de expresarse con ella, pero nada más allá de eso. De hecho, Zatriel tenía razón, no hay día que no veamos a Evania acompañada discretamente por alguna chica. Nunca entenderé que hacía esta mujer con el anterior adalid de Karvos.

—¿Nosotros qué hacemos? —pregunta Zaiguer.

—No os voy a negar que tengo mucha confianza en mi plan, pero si sale mal, cualquier ayuda será bien recibida y vosotros dos sois excelentes arqueros—dice refiriéndose a él y a Zatriel—así que os quiero en la copa de un árbol disparando a todo el que salga de esa cueva, no podemos permitir bajo ningún concepto que logren agruparse y avanzar hacia nosotros, he dado órdenes muy concretas, quiero muerto a todo el que asome la cabeza por esa cueva.

—De acuerdo—contestan ambos al unísono.

—¿Yo qué hago?

—Te quiero en la retaguardia, Eiver, tus conocimientos serán muy útiles para los heridos.

Durante las siguientes horas varias carretas tiradas por hombres abandonan Karvos cargadas de armas junto a los últimos soldados destinados al combate, nuestra comandante y nosotros tres. En determinado momento del camino comenzamos a encontrar a más soldados procedentes del resto de asentamientos que avanzan hacia la zona con determinación.

Llegamos a lugar de la batalla al anochecer y Evania se reúne con todos sus generales. Da órdenes a cada uno de ellos y después se pasea por el lugar cerciorándose de que todo está como ella desea.

La llegada del primer grueso del ejército del estandarte negro está prevista después del amanecer, así que se nos ordena descansar unas horas, pero antes de hacerlo nos acercamos a la hoguera junto a la que permanece nuestra comandante después de que nos haya hecho llamar.

—No podrás ocupar tu puesto hasta que el ejército haya llegado, Zatriel—dice de pronto.

—¿A qué te refieres? —pregunta confusa.

—Necesitaré que hagas algo, y solo puede hacerse cuando el primero de ellos asome la cabeza por la salida.

—¿Tiene que ver con tu sorpresa?

—Tiene.

—De acuerdo.

No miento si digo que no hemos dormido nada en toda la noche, antes de que aparecieran las primeras luces del día, todo el mundo estaba en pie y en sus puestos, preparados para el ataque. Yo me encuentro en última línea, junto a otras personas que dominan los primeros auxilios y otras tantas con camillas improvisadas, listas para trasladar

heridos más graves a los campamentos, donde gente más especializada como Brano podrá atenderlos. Tengo el corazón a punto de saltarme del pecho.

Zatriel

El ambiente es tenso, diría que la mitad de nuestro ejército apenas respira a la espera de que lleguen los primeros soldados. Miro la boca de la cueva situada en un lateral donde muere Tenebris contra una montaña de piedra. La cueva se sitúa en la parte inferior, a pie de suelo como un tubo gigante, rocoso y deforme que alguien ha colocado al pie de la montaña y que se pierde dónde empieza el bosque.

Noto la inquietud de Evania a mi lado pese a que intenta mostrarse tranquila. Su busto sube y baja de forma demasiado rápida. Me pongo delante de ella y coloco una mano en el centro de su pecho provocando que me mire fijamente.

—Para—le pido con seguridad—has hecho un gran trabajo Evania. Tenemos la cueva rodeada, hay dos líneas de arqueros en los árboles y en la explanada y otras dos en las orillas de Tenebris. Tienes un enorme ejército apostado en el bosque esperando por si alguno escapa a nuestras flechas, es imposible que salgan de aquí con vida y lo sabes.

Evania lanza un profundo soplo al aire y sonrío agradecida por mis palabras. Quito la mano de su pecho satisfecha por haber logrado relajarla un poco y me coloco justo a su lado, como hemos estado en las últimas dos horas.

—Dos días—piensa en voz alta.

—¿Qué?

—Dos días, Zatriel, si el adalid hubiese muerto dos días antes, ahora tú estarías conmigo, durmiendo a mi lado cada noche—dice sin mirarme.

—Evania...

—No pasa nada. No lo lamento, las cosas son como son por algún motivo y lo acepto, solo quiero que sepas que si alguna vez, tú y Eiver, no sé, si no acaba bien, mi puerta siempre estará abierta para ti.

Me giro hacia ella de nuevo, enmudecida porque no sé qué decirle, pero parece que Evania solo me estaba informando y no quiere ninguna respuesta. Se pega a mi espalda, apoya la barbilla en mi hombro y señala una posición sobre la cueva.

—¿Ves la X marcada con troncos? —pregunta en un susurro.

Entorno los ojos y enfoco hacia donde señala, divisando los troncos de los que habla en un punto determinado del techo de cueva.

—Sí, la veo.

—¿Alcanzarías con una de tus flechas esa posición exacta?

—Sí—digo muy segura.

—Lo sabía, sabía que eras mi chica—susurra feliz.

Evania da una orden con un simple gesto de cabeza a uno de los soldados que hay junto a nosotras, este a su vez, da otra orden al resto de hombres y varios arqueros aparecen entre los árboles y un soldado se coloca a cada lado de uno de ellos y enciende una antorcha.

Miro a Evania con confusión, preguntándole que ocurre con la mirada cuando un soldado le entrega una antorcha a ella.

—Cuando el primero de ellos aparezca todos dispararéis a un punto concreto una flecha en llamas, hice localizar todos los posibles accesos a la cueva por pequeños que fuesen.

—¿Vas a quemarlos vivos?

—Más bien a intoxicarlos. Vuestras flechas encenderán varias fogatas colocadas en puntos estratégicos y pensadas para que gran parte del humo entre directamente a la cueva desde varios lugares. Los que no mueran intoxicados tendrán que darse la vuelta y huirán como ratas, Zatriel. Se aplastarán entre ellos y serán muy pocos los que logren salir.

La miro con una mezcla de asombro y admiración, Evania tiene razón, si su plan funciona nos ahorrará una guerra y un montón de muertes innecesarias en nuestro bando.

—Es brillante—susurro.

—Solo si funciona.

—Lo hará—sentencio segura.

—Después de disparar tu flecha volverás a tu posición en el árbol para seguir disparando a los que logren salir.

—Dalo por hecho, pero primero me aseguraré de llevarte a una zona segura.

—Las guerras no se ganan en la retaguardia, Zatriel, no puedo esperar que todos luchéis bajo mis órdenes mientras yo me escondo. Me quedaré aquí con mis cuchillos, ya sabes que yo soy más del cuerpo a cuerpo—dice en tono jocosos, después me guiña un ojo.

Me giro hacia ella enfadada, dispuesta a regañarla cuando suena el cuerno que nos avisa de que alguien está a punto de salir de la cueva. Cargo mi arco al igual que todos mis compañeros, Evania prende la punta de la flecha con la antorcha y apunto hacia mi objetivo, esperando la orden de mi comandante para disparar.

—¡Ahora! —grita a mi lado con la voz desgarrada. Disparo mi flecha sin dudarlo y esta vuela por el cielo junto a decenas de ellas disparadas a la vez, múltiples líneas de fuego se dibujan en el cielo hasta que todas comienzan a caer. Varias llamaradas se levantan del suelo del techo de la cueva, además de otra mucho mayor justo en la entrada.

Obedeciendo órdenes, dejo a Evania y trepo por un árbol hasta colocarme en posición. Allí me espera un guarda flechas con decenas de ellas listas para que las dispare. Miro hacia la cueva, todo es muy confuso al principio, sobre todo por la gran cantidad de humo y por los gritos desesperados de algunos hombres que comienzan a atravesar las llamas huyendo de una muerte segura en el interior.

Me mantengo apostada en posición y con el arco cargado apuntando hacia la entrada, pero no necesito disparar, los soldados del estandarte van saliendo en pequeños grupos de cuatro a cinco al principio que son abatidos sin problemas por otros arqueros. Sigo esperando, con el pulso acelerado y el corazón martilleándome el pecho. Los grupos comienzan a ser más grandes y menos espaciados en el tiempo, por lo que comienzo a disparar. Decenas de flechas caen sin cesar en la boca de la cueva durante varios minutos, formando poco a poco una pequeña montaña de cadáveres cuando comienzo a escuchar gritos procedentes del inicio de Tenebris.

Cuando miro hacia allí siento que me mareo, decenas de soldados salen de golpe de las profundidades del bosque sin que nuestras trampas puedan detenerles, lo peor es que tienen armas de fuego que disparan sin control contra todo el que se les pone por delante. Todo se vuelve un caos absoluto. Los soldados rasos se dirigen hacia la cueva para detener a todos los que salen de ella mientras nosotros nos ocupamos de disparar contra todos los que vienen por el bosque.

Me centro en apuntar bien para no desperdiciar flechas y busco principalmente a los que tienen armas de fuego, que no son muchos, pero cada vez que elimino a uno, otro recoge su

arma del suelo y sigue disparando. Es frustrante y desesperante, miro un segundo hacia la cueva y soy capaz de distinguir a Evania peleando cuerpo a cuerpo contra cualquier soldado que se encuentra con una elegancia difícil de describir. Pienso en Eiver mientras vuelvo a disparar, me preocupa que consigan avanzar y lleguen hasta ella, así que sigo arremetiendo contra todos los que tienen armas de fuego mientras una chica joven trepa por mi árbol y deja más flechas a mi lado.

Durante unos minutos que se me hacen los más largos de mi vida, veo ráfagas de fuego abatiendo a mis compañeros uno tras otro, pero de igual manera, nosotros también les abatimos a ellos. Me empiezo a dar cuenta de que cada vez son menos los que salen del bosque, quizá porque ya lo han hecho todos o simplemente porque hayan decidido dar la vuelta.

Los gritos me aturden y me desesperan, quiero que esto acabe de una vez, si seguimos así, creo que pronto conseguiremos eliminar toda la amenaza del bosque de Tenebris y podremos ayudar a nuestros compañeros en la cueva. De repente escucho un grito que capta toda mi atención, un mensaje alto y claro pronunciado por una voz ronca que hace que me entre un escalofrío.

—¡Disparad a los árboles! —ordena uno de ellos.

De pronto, varias ráfagas comienzan a colarse entre los árboles y veo como algunos cuerpos van cayendo a plomo desde las copas hasta el suelo. Intento no pensar y evitar que el miedo me domine, son muy pocos los que todavía conservan armas de fuego y si los eliminamos habremos ganado. Intentando cubrirme al máximo, localizo a uno que dispara hacia mi izquierda y le clavo una flecha en el cuello, la ráfaga desaparece con él y suspiro aliviada mientras busco al siguiente.

Entre tanto, oigo unos gritos desgarradores que provienen de mis espaldas, no son gritos de miedo, son gritos de salvajes que disfrutan con las carnicerías y comienzo a reconocer a los hombres de la morada del cazador, que corren veloces arrasando con sus mazas a todo el que encuentran a su paso. Nunca pensé que me alegraría de verlos, por fin hacen algo útil en esta vida.

Los disparos, aunque cada vez menos, siguen. Busco a otro de ellos con la mirada y cuando lo encuentro lo enfoco, cargo mi arco y busco el ángulo que me permita hacer lo mismo que acabo de hacerle a su compañero cuando me descubre. Los dos nos miramos directamente a los ojos, solo son unos segundos, un momento en el que todo se vuelve silencio a mi alrededor salvo por los salvajes latidos de mi corazón rezumbando en mis oídos. Disparo mi arco. Él dispara su arma.

Capítulo XXVIII

Eiver

Todo es un caos. Los gritos no cesan y los disparos tampoco. Tengo la cabeza embotada, odio las putas guerras. No dejan de llegar heridos hasta nosotros, traídos por otros soldados que están aquí solo para eso. Algunos tienen heridas leves, echas por cuchillos y lanzas, otros tienen auténticos desgarros, miembros amputados o agujeros de bala. Los últimos son llevados directamente hacia el campamento que hemos acondicionado para ello, yo solo me ocupo de los leves intentando mantener la mente distraída para no morirme de preocupación por Zatriel cuando alguien trae a Zaiguer.

Me tiro al suelo arrodillada a su lado, tiene una flecha clavada en la pierna, otra vez, y un corte bastante feo y profundo en el pecho. Zaiguer me mira unos instantes y puedo ver el miedo en sus ojos, así que lo último que necesita es que yo le transmita el mío.

—Te pondrás bien, no es grave—digo acariciando su rostro.

Zaiguer sonrío con esfuerzo mientras limpio y tapo la herida de su pecho para contener la hemorragia.

—¡Llévadle al campamento! —le ordeno a dos soldados.

—Ven conmigo, Eiver, no te quedes aquí—me pide cogiendo mi mano.

—No puedo, Zaiguer, mi obligación está aquí, y Zatriel sigue allí—señalo hacia el frente—¿la has visto?

Mi amigo niega con la cabeza mientras los soldados levantan la camilla y se lo llevan. Sé que estará a salvo porque Brano se ocupará de él.

Evania

Tengo su manaza en la garganta y su rodilla en el pecho. Siento que comienzo a marearme, que las fuerzas me abandonan. Intento apartar sus manos de mi cuello, pero es mucho más fuerte que yo y me es imposible. Comienzo a perder la visión y siento que la vida se me escapa cuando mi instinto de supervivencia me lleva a un último acto desesperado, pongo las manos en su cara y clavo mis pulgares en sus ojos lo más fuerte que puedo.

El soldado grita, pero no me suelta pese a que sus ojos comienzan a sangrar. Clavo los dedos más fuerte sabiendo que si esta vez no lo consigo estoy perdida. De pronto me siento liberada y la tos se mezcla con intensas bocanadas de aire para llenar mis pulmones. El hombre se retuerce a mi lado a la vez que veo un cuchillo en el suelo, lo cojo sin dudar y me impulso, clavándoselo primero en la pierna y después cortándole el cuello.

Miro a mi alrededor confusa, todavía sigo mareada y me cuesta levantarme. Oigo un sonido procedente de un cuerno, pero no lo reconozco, no es nuestro. Intento levantarme otra vez, pero es imposible, no tengo fuerza y vuelvo a caer al suelo esperando a que alguien venga y me dé un golpe mortal.

—Comandante...

Alguien me llama, miro hacia un lado confusa y todavía tosiendo.

—Comandante, se marchan.

Intento procesar lo que he oído lo más rápido que me funciona el cerebro teniendo en cuenta que hasta hace unos segundos apenas me llegaba el oxígeno. Me pongo en pie lentamente, haciendo un gran esfuerzo para mantener el equilibrio, pero alguien me sujeta por la cintura justo cuando voy a caerme. Es mi hermano, Soro. Me apoyo en él y cierro los ojos con alivio mientras me explica que el ejército enemigo se está retirando. Vuelvo a toser y todo se vuelve oscuro.

Capítulo XXIX

Zatriel

Abro los ojos con pesadez, me siento mareada y muy cansada. Levanto el brazo para llevarme la mano a la cara y frotarme los ojos, pero un dolor punzante me detiene y me hace gritar.

—¡Joder! — me quejo con frustración.

—Eh, bella durmiente, no debes moverte...

Giro la cabeza hacia la derecha en busca de la procedencia de la voz y me encuentro con Kilier, mirándome sonriente de pie junto a mi cama. Esbozo una sonrisa que me cuesta otro jodido pinchazo de dolor, esta vez en las costillas.

Dedico unos segundos a centrarme, observándolo todo hasta ser consciente por fin de que estoy en mi cabaña, y que en efecto Kilier es el único que se encuentra conmigo ahora. Su presencia me recuerda al día que nos conocimos, cuando me observaba con curiosidad desde un lado de la cueva.

—¿Dónde está Eiver? —pregunto inquieta.

—Ha salido a estirar un poco las piernas, me ha dejado de niñera contigo.

—¿Y qué vas a hacer ahora? ¿Mirarme los pechos como la otra vez? —pregunto alzando una ceja.

—Si quieres...—se burla.

—No, no quiero. ¿Qué ha pasado, Kilier? —pregunto preocupada—dime que todos están bien, por favor.

—Lo están, solo tú y Zaiguer resultasteis heridos, aunque él salió mejor parado que tú—dice haciendo una mueca.

—¿Y por qué estás aquí y no con él? —pregunto confusa.

—Está en buenas manos, créeme. Raizel no lo deja solo ni un segundo.

La puerta de la cabaña se abre y Eiver se queda paralizada en la puerta, observándome sin pestañear de forma incrédula.

—Bueno, creo que aquí sobro—anuncia mi joven amigo. Después se acerca a mí, se agacha y me besa la cabeza—gracias por no morirte—susurra. Yo le guiño un ojo y se marcha sonriente.

Eiver camina hacia mí con los ojos brillantes y yo intento levantarme porque debo ser masoca o algo. De nuevo ese pinchazo agudo me atraviesa el cuerpo me hace caer en la cama.

—Umm, joder, como duele—me quejo.

Eiver se sienta a mi lado, me aparta un par de trenzas de la cara y sin decir nada me besa de forma intensa. Mi pulso se acelera, lo cual no es bueno porque de forma instintiva levanto los brazos para rodear su cuerpo y vuelvo a retorcerme de dolor.

—No sabes el susto que me diste—susurra dejando escapar unas lágrimas.

—¿Te di?

La verdad es que estoy bastante confusa desde que he despertado, ni siquiera sé por qué estoy en la cama y me duele todo. Lo último que recuerdo es a Evania prendiendo fuego a mi flecha, a partir de ahí todo son vagos recuerdos, imágenes que pasean por mi mente sin que sea capaz de saber si son reales o no.

—Eiver, creo que no recuerdo gran cosa...—digo asustada.

—No pasa nada, es normal, te diste un golpe muy fuerte en la cabeza cuando caíste del árbol. Has estado inconsciente tres días. Despertaste un par de veces, pero apenas estuviste consciente unos segundos, supongo que tampoco lo recuerdas.

—No. ¿Qué pasó?

—Te dispararon, milagrosamente falló y la bala pasó rozando tu cuello, pero te hizo perder el equilibrio y caíste, golpeándote primero con unas cuantas ramas antes de caer contra el suelo. Te rompiste una pierna, pero no te preocupes, Brano dice que es una rotura que soldará sola, tienes la pierna inmovilizada. También tienes un fuerte golpe en la espalda, además del de la cabeza y múltiples magulladuras por todo el cuerpo, pero te pondrás bien, solo necesitas descansar.

—Eso explica porque no hay nada que no me duela.

—Sí—sonríe, y me besa con cuidado.

La puerta se abre de nuevo.

—¿Se puede? —pregunta Evania, también con una sonrisa al verme despierta.

—Sí, os dejo solas, aprovecharé para visitar a Zaiguer y enseguida vuelvo.

Cuando Eiver se marcha, Evania toma su relevo y se sienta a mi lado mirándome con preocupación.

—Vuelve a darme un susto así y te desterraré de forma definitiva.

Sonríe y Evania me acaricia la mejilla con cariño.

—¿Qué pasó? ¿Hemos ganado? —pregunto intrigada.

Evania se frota los ojos con cansancio y tuerce el gesto.

—Más bien diría que hemos ganado el primer asalto. Se retiraron, Zatriel, finalmente, retrocedieron. Su única ventaja eran los hombres que salieron de Tenebris con las armas, pero cuando acabasteis con ellos no les quedó más remedio que recular. En la cueva perdieron a muchos hombres, cuando entramos a comprobar si estaba vacía encontramos decenas de cadáveres a lo largo de más de cien metros.

—¿Por qué dices que solo ganamos un asalto? —pregunto confusa—se retiraron, Evania, es lo mismo que una victoria. ¿No?

—Ojalá—dice con gesto dulce—ojalá tengas razón, Zatriel, pero nada nos garantiza que no reúnan un ejército mayor y mejor armado y que vuelvan dentro de unos meses para atacarnos.

—Joder, estoy convaleciente, Evania, se supone que deberías animarme—me quejo con sorna.

—Tienes razón—sonríe de nuevo—descansa y recupérate pronto, por favor.

Tras eso, besa mi frente y sale de la cabaña.

Durante los minutos que tarda en volver Eiver me quedo en estado taciturno. A pesar de que me duele todo estoy tranquila por primera vez en mucho tiempo, han pasado muchas cosas en los últimos meses, la mayoría horribles, pero juntos las hemos superado y estoy segura de que si nos mantenemos unidos podremos enfrentarnos a cualquier cosa.

Eiver aparece por fin, me hace beber unos brebajes asquerosos y comer un poco,

después se desnuda y se mete en la cama conmigo, apoya la cabeza en su mano y me mira de esa forma que tanto me gusta.

—No vuelvas a dejarme sola otra vez, Zatriel, es una orden.

—Ya te dije que no me iba bien morirme—bromeo, y Eiver me besa.

FINAL

LA AUTORA

Si estás leyendo esto es porque gracias a Amazon, he tenido la oportunidad de poder autopublicar mis novelas. Es una gran ventaja porque me permite mostrar mi obra al público, pero también tiene un inconveniente, y es que soy yo misma la que también se encarga de la edición y maquetación, así que desde aquí quiero pedirte disculpas si has encontrado algún error, ya que, aunque me esfuerzo al máximo, al conocer de memoria el contenido de la novela, me resulta muy difícil detectar algunos fallos.

Aprovecho también para pedirte desde aquí, que dejes tu opinión en Amazon para ayudarme a darle visibilidad al libro, ese es el mayor de los regalos que puedes hacerle a un autor@.

Espero sinceramente que hayas disfrutado con esta historia.